NIORK

STEFAN WUL



Niork

Stefan Wul

Edición ilustrada por Víctor de la Fuente

Portada de Enki Bilal

Ediciones Altea, 1983

Colección Altea Junior: Aventuras/Clásicos Nº 13

Ediciones originales: Editions Denoël, 1970, y Editions Gallimard, 1981 (edición ilustrada)

Título original: *Niourk*

Traducción de: Ana Bermejo/Alberto Martín Baró

Cubierta de Enki Bilal

Ilustraciones interiores de Víctor de la Fuente

Edición digital de urijenny

Índice:

Presentación:

Se trata de una novela de ciencia ficción que se desarrolla en un futuro post-apocalíptico y que relata las aventuras de un niño en ese entorno mientras va re-descubriendo la ciencia-magia remanente de la civilización tecnológica colapsada. La historia es muy dinámica, se lee el libro de corrido, y en una breve extensión se relata una historia interesante y entretenida. Esto es muy de destacar, dadas las tendencias de la narrativa actual de estirar insufriblemente las narraciones a miles de páginas de aburrimiento...

El libro, publicado en colecciones de literatura juvenil, cuenta con arte de portada de Enki Bilal, y con ilustraciones interiores de Víctor de La Fuente, ambos artistas de gran renombre en el Mundo de la historieta.

Un día, en la tribu de Thoz, el Viejo decide matar al niño negro. Simplemente porque éste le molesta, porque es diferente de los demás.

Entonces el niño negro huye. En su camino sobre una Tierra asolada por un cataclismo, el niño negro hace alianza con un oso y combate contra monstruosos pulpos mutantes. Gracias a ellos adquiere una inteligencia fabulosa y poderes multiplicados. Cuando vuelve a su tribu, el niño negro se ha hecho semejante a un dios.

Y guía a su tribu hacia Niork, la ciudad de los dioses, la antigua ciudad de New York, en la que sólo subsisten ruinas y extraños mecanismos.

Stefan Wul es el seudónimo de Pierre Pairault. Nacido en París el 27 de marzo de 1922, comienza a escribir desde la infancia. Obligado a emprender «estudios serios», se orienta a los dieciocho años hacia la cirugía dental.

En 1956 se establece a ochenta kilómetros de París. El virus de la literatura se apodera de él y, escribiendo por las mañanas y ejerciendo su profesión de dentista por las tardes, nos ofrece en menos de cuatro años once novelas, que firma como Stefan Wul. **“Niork”** es la segunda de esas novelas. Otra: **“Oms en serie”**, sirvió de base para el guión de un gran film de dibujos animados: **“El planeta salvaje”**, realizado por René Laloux con arte de Roland Topor.

Primera Parte

I

La tribu había elegido como lugar donde establecerse la vasta depresión situada entre la cordillera de Cuba al Norte, los montes de Hait al Este y las lejanas estribaciones del macizo Jamaic. En ese sitio la hierba siempre estaba verde y abundaba la caza.

Los hombres se reunían en grupos para acosar a las jaurías errantes, empujarlas hacia los terrenos pantanosos y allí acribillarlas con esquirlas de coral. Después, los cazadores despedazaban los perros salvajes y volvían cargados de carne.

Al atardecer divisaban el poblado de tiendas de campaña... Arrojaban la caza en medio de la hoguera que las mujeres habían preparado y la carne chisporroteaba entre las llamas.

Luego Thoz pinchaba los trozos de carne con la punta de su lanza de jefe y distribuía la ración. Los cazadores masticaban lentamente su parte de carne mal asada y llena de cenizas crujientes.

Cuando los hombres habían comido bastante, se retiraban y, sentados a la puerta de sus tiendas, se reían groseramente del espectáculo de las mujeres y de los niños que se precipitaban sobre los restos para chupar los huesos o lamer la sangre derramada en el suelo, y se quemaban los dedos buscando trozos de carne olvidados entre las brasas. Los hombres trataban a las mujeres y a los niños como comedores de hierbas, pues la carne estaba en principio reservada a los cazadores.

Thoz era grande y fuerte, el más fuerte de todos los hombres de la tribu. Vigorosos músculos se destacaban debajo de su piel morena, surcada de cicatrices. La barba rubia le llegaba hasta el poderoso pecho, contra el que en cierta ocasión había ahogado a un jaguar. Y, sin embargo, Thoz inclinaba la frente ante «El que todo lo sabe», al que también llamaban el Viejo. Siempre le llevaba la primera porción de carne a su tienda, en la que se amontonaban extraños objetos, regalo de los dioses, de los que el Viejo era amigo.

El Viejo había visto nacer a todos los miembros de la tribu. Nadie se acordaba de haberle conocido joven. Además, para aquellos espíritus bárbaros, el pasado se tornaba brumoso más allá de unas cuantas estaciones.

El Viejo llevaba enrollado alrededor de su delgado torso un largo collar de vértebras que le daba varias vueltas. Cada una de esas vértebras había pertenecido a un jefe o a un cazador famoso. Así, el Viejo añadía a su propio prestigio el prestigio de antepasados desaparecidos.

II

Aquella tarde, el Viejo salió de su tienda y permaneció inmóvil en el umbral, con el rostro como esculpido por las llamas que danzaban en la hoguera, esperando a que las risas fueran apagándose unas tras otras. Uno a uno los hombres volvieron la vista hacia él. Los comedores de hierbas se apartaron del gran fuego.

El Viejo avanzó lentamente hacia el centro del poblado y habló:

–Mañana iré a ver a los dioses –dijo.



Un murmullo recorrió la tribu. Después Thoz acercó al Viejo una silla, un simple tarugo de madera que se echó con una mano al hombro antes de dejarla caer detrás de «El que todo lo sabe». El Viejo se sentó.

–Mañana –dijo– subiré a las montañas de Cuba hasta Santiag, la ciudad de los dioses.

–¡Ra! –gritaron las voces profundas de los cazadores.

Los hombres hicieron girar sus hondas a toda velocidad y en el claro resonó un silbido salvaje. Las mujeres danzaron alrededor del fuego, chillando destempladamente.

–Irá a ver a los dioses.

–¡Ra! –gritaron los cazadores.

–Les preguntará lo que debemos hacer.

–¡Ra!

–Él es el único que puede hacerlo.

–¡Ra!

–Él es el único que puede subir a la nieve.

–¡Ra!

Las hondas seguían dando vueltas. El sudor corría por los torsos de los cazadores, pero los brazos musculosos se movían infatigablemente al ritmo de las muñecas. Al cabo de un largo rato, las letanías cesaron. Entonces los cazadores se volvieron y el último giro de las hondas

fue detenido por un fuerte choque contra las sonoras tiendas, hechas de pieles sobre esqueletos de ballenas.

(Ballenas varadas entre las islas de Cuba, Haití, y Jamaica hacía quinientos años, cuando la Tierra se había desecado bruscamente; cuando los continentes, transformados en montañas, dominaron la inmensa Depresión Atlántica, reducida a algunos lagos salobres poblados de monstruos; cuando vastas praderas de hierbas malsanas, cortadas unas veces por desiertos, otras por ciénagas, unieron las alturas nevadas de América con el Bloque EuroAfricano.)

Entre danza y danza, Thoz depositó a los pies del Viejo un pesado paquete de pieles. Pieza a pieza, las mujeres vistieron al anciano.

Él les tendió sus pies sucios y córneos, mientras ellas le ponían unos borceguís de piel de oso, a los que sujetaron mediante correas unas gruesas suelas de cuero.

–... para que el frío de las montañas no muerda sus pies –cantaron las mujeres.

–¡Ra! –corearon los hombres.

Thoz saltaba por encima de las llamas haciendo molinetes con su lanza.

Luego le cosieron al Viejo largos trozos de piel alrededor de los muslos y alrededor del torso. Sus flacos brazos hallaron asilo en una triple envoltura de piel de perro y un gorro cubrió sus cabellos grises.

Cuando estuvo equipado para la expedición, el alba apuntaba por detrás de las primeras colinas de Hait. La ceremonia había durado toda la noche. Los cazadores y las mujeres mostraban en sus rostros la fatiga. Los niños, vencidos por el sueño, yacían desperdigados en el claro, con sus pobres cuerpecillos estremeciéndose en el frío de la mañana.

El Viejo se levantó y dijo:

–Cuando yo vuelva, dentro de cuatro días, el niño negro morirá.

Al oír estas palabras, el niño negro, que dormitaba con la cabeza reclinada entre las piernas, se sobresaltó y miró a su alrededor con ojos de bestia acorralada. Las miradas de toda la tribu se clavaron en él. Las mujeres chasquearon la lengua con satisfacción. Los cazadores se golpearon el pecho con gestos torpes. Un niño arrojó una piedra al niño negro, cuya espalda empezó a sangrar.

El niño negro bajó la cabeza metiéndola de nuevo entre las piernas y fingió que dormía para que le dejaran en paz. Acostumbrado a las vejaciones, sabía que el mejor medio de estar tranquilo era procurar que los demás se olvidaran de él.

Nunca había entendido por qué era considerado como un enemigo por su propia tribu ni por qué había nacido negro. Ignoraba que la sangre vigorosa de una raza desaparecida resurgía en él después de permanecer latente durante generaciones. Parecía tener once o doce años. El Viejo siempre le había odiado sin saber por qué: una antipatía confusa se había generado en el cerebro de aquel bruto medio loco. Y la tribu adoptaba el odio del Viejo todopoderoso.

Sin embargo, el niño negro tenía la mirada menos obtusa que la mayoría de los miembros de la tribu. Su aislamiento moral le había obligado a distraerse él solo, a formar pensamientos rudimentarios. Apartado de los demás, de sus ocupaciones, de sus fiestas, de sus comidas,

interminables ocios forzados habían desarrollado en él una cierta capacidad de observación. Se alimentaba de detritus y de pequeños roedores que atrapaba con sus manos y que devoraba crudos.

¿Por qué el Viejo había aplazado siempre la ejecución del niño negro? ¿Por temor a una desgracia, a un maleficio? El hecho de tener un niño negro en la tribu era extraordinario, misterioso y, por ello mismo, sospechoso. Pero, ¿qué consecuencias podía acarrear su muerte, por otra parte tan ardientemente deseada? Al fin aquel día el Viejo se había decidido a acabar con el niño negro. La cosa no ofrecía dudas, el Viejo había hablado claramente ante todo el Mundo y ya no podía desdecirse. Pero había hecho mal en esperar tanto tiempo. El niño negro no creía en el poder del Viejo, era el único de la tribu que no creía en su poder. Un instinto certero le decía que el Viejo no sería nada, nada en absoluto, sin su rosario de vértebras. Con él usurpaba el poder de los muertos. El rosario sí, el rosario era algo que había que tomar en serio. El niño negro creía en él firmemente.

En cuanto a los dioses, a los que el niño no había visto jamás, unas veces le asustaban y otras se imaginaba que eran sus amigos. Veía en su propia debilidad un complemento natural del poder de los dioses. Sentía obscuramente que podía conseguir su protección.

Así pensaba el niño negro, con la cabeza entre las manos. Cuando se apercibió de que los cazadores habían dejado de interesarse en él, echó una mirada temerosa entre los dedos y vio que el Viejo se había puesto en marcha hacia el Oeste, seguido a respetuosa distancia por toda la tribu.

El niño se puso en pie y anduvo vagando por el pueblo desierto. Su soledad le espantó. Corrió hacia la comitiva y la siguió, escondiéndose de matorral en matorral.

Siempre le ocurría lo mismo. Temía a los demás hombres, sabía que un día u otro sería sacrificado y, a pesar de todo, tenía necesidad de ellos. Varias veces había escapado, pero los peligros de la selva le hacían volver siempre hacia el gran fuego resplandeciente alrededor del cual reinaba una cierta seguridad. Prefería morir a manos de los hombres a verse perseguido por las jaurías de perros salvajes o correr el riesgo de ser triturado por los dientes de un saurio.

Delante de él, a lo lejos, el Viejo parecía disfrazado de oso. Renqueaba torpemente al subir por una pendiente cubierta de grava. Se oían los alaridos de las mujeres, que resonaban en ecos siniestros contra los desnudos acantilados.

Se veían las siluetas macizas de los hombres que, de vez en cuando, hacían girar sus hondas antes de golpear con ellas el suelo o los troncos de los árboles. En ocasiones aporreaban todos a la vez y los valles retumbaban con un trueno lejano que inquietaba a los monstruos en el fondo de sus guaridas.

Después de varias horas de marcha, el Viejo extendió sus brazos. Había alcanzado el nivel de los corales. Más arriba estaba la nieve, el hielo, el aire enrarecido en el que sólo podían vivir los dioses o seres como el Viejo, dotados de poderes sobrenaturales. Al menos, eso era lo que creía la tribu.

El Viejo continuó solo, tropezando en los corales cubiertos de escarcha. Su aliento formaba nubes de vaho delante de él. De cuando en cuando se subía con un golpe de hombros el tosco saco que contenía raíces comestibles y carne seca.

III

Mientras sintió que la tribu le veía, el Viejo caminó con dignidad, sin volver la cabeza. Pero cuando dejó de oír los alaridos de las mujeres, echó una rápida mirada hacia atrás y se detuvo. Contempló los valles y después levantó la cabeza encapuchada hacia las alturas, descubriendo su dentadura negra en una ávida sonrisa. Escupió ensuciando la nieve con un esputo verdoso. Se afianzó el saco con un golpe de riñones y, resoplando, reanudó la subida. El aire cortante le quemaba la garganta, por lo que encogía el mentón para respirar a través de la barba, manchada con restos de comida. Bajo la acción del frío orinó sin interrumpir la marcha y sintió que un líquido tibio y picante le corría por las piernas, impregnaba las pieles y le quemaba un poco más las llagas de sus eczemas.

A pesar de su avanzada edad y de lo fatigoso de la ascensión, se imponía esfuerzos inauditos. Algo le atraía allí arriba, algo maravilloso: el licor de los dioses.

Escaló rocas en torno a las cuales habían retozado en otro tiempo innumerables tiburones, atravesó los corales que antaño rodeaban las orillas del mar, pero que hoy formaban un muro cubierto de nieve y de raros líquenes.

Por fin divisó la ciudad de los dioses. Encaramado a dos mil metros de altura, el dique del puerto presentaba un aspecto insólito, avanzando como un promontorio sobre el vacío. Detrás del dique se distinguían montones de ruinas, relativamente respetadas por los derrumbamientos.

El Viejo trepó hasta el puerto, subió los escalones que conducían al dique y corrió hacia la ciudad muerta. Las suelas de su rudimentario calzado golpeaban contra el agrietado cemento. Los faldones de sus pesadas ropas volaban con el cierzo glacial que silbaba entre las ruinas una canción desesperada.

El Viejo se precipitó hacia un gran edificio sin ventanas y sin techo. Sobre la fachada se podía distinguir una vieja inscripción, medio borrada por los siglos. Estaba compuesta por signos extraños, solamente comprensibles a los dioses:

CUBAN RUM, S. A.

El Viejo descendió al sótano y se abalanzó sobre unos montones de objetos raros, cilíndricos, con un extremo más fino, increíblemente pulidos y de una tonalidad parda. El Viejo rompió con una piedra la punta de uno de esos objetos, se sentó en el suelo y, con la cara levantada hacia el cielo, hizo fluir en su garganta un líquido dorado, de sabor ardiente. Su nuez se movió dos o tres veces, a cada deglución. Después se atragantó y tosió, salpicándose la cara de ron pegajoso.

Cuando recobró el aliento, dio un profundo suspiro. Sus ojos revelaban satisfacción y de los labios le rezumaba una espesa baba. Lanzó un eructo ruidoso y, luego, bebió unos tragos más. Por último se puso de pie y danzó penosamente dando vueltas sobre sí mismo. Soltó la botella, que se rompió contra el suelo. El Viejo se quedó un momento mirándola fijamente, luego se echó a reír y agarró otra.

–¡Soy un dios! –gritó al eco de la montaña.

Salió vacilante del almacén y vagó por las calles cubiertas de ruinas. Divisó un viejo cartel de plástico que representaba el rostro risueño de un hombre imberbe, con el cabello liso como un casco y los dientes relucientes. Para acercarse a él, el Viejo tuvo que rodear un montón de piedras.

Mediante un fenómeno de refracciones sucesivas querido por los hombres desaparecidos desde hacía siglos, los labios del hombre imberbe se movieron pronunciando en silencio unas palabras sin significado actual:

EASY SHAVE

–¡Soy un dios! –dijo el Viejo al anuncio.

La mitad inferior del rectángulo de plástico, que estaba despegada, tembló un poco con el viento. El Viejo lo miró con ojos turbios.

–Sí –dijo–. ¡Has dicho sí!

El viejo cartel desgastado se levantó todavía un poco, agitando signos mágicos que presentaban este aspecto insólito:

EASY SHAVE

AFEITADO CON ULTRASONIDOS

–Soy un dios, como tú. Como vosotros –dijo aún el Viejo dándose la vuelta para buscar la aprobación de otras grandes imágenes más o menos deterioradas que tapizaban las paredes.

Su movimiento le hizo caer de rodillas. La botella rodó unos metros por el suelo y se rompió. El Viejo se arrastró hacia ella, hacia el licor que salía a borbotones por la abertura rota. Después, el Viejo se durmió en el suelo, con la cabeza recostada sobre la nieve manchada de ron y salpicada de trozos de vidrio.

En la calle desierta, los dioses planos, pegados a las paredes, conservaban su sonrisa indiferente y trágica. El viento se desgarraba en los ángulos cortantes de las ruinas, maullaba a través de los huecos de las ventanas, desequilibraba de vez en cuando una pella de nieve, que se estrellaba en el suelo junto al Viejo con un ruido sordo.

Animados por las corrientes de aire, los dioses se hablaban de una pared a otra, entrecruzando por encima del borracho dormido las mudas palabras de su lenguaje misterioso:

EASY SHAVE - COCA-COLA

VISIT MARS...

IV

Al final del cuarto día, Thoz, seguido por los cazadores, partió al encuentro del Viejo. Al llegar al pie de los primeros acantilados se detuvieron y aguardaron la aparición de la silueta renqueante y velluda.



Cayó la noche. Thoz ordenó hacer fuego. Un cazador sacó de unas alforjas una pequeña provisión de leña y de musgo y frotó dos piedras de sílex. Una llama minúscula se elevó, creció y logró la fuerza suficiente para devorar la madera húmeda, despidiendo un humo acre que hizo toser a los hombres.

Esperaron toda la noche. Al alba, Thoz se aproximó a los acantilados y aulló como un lobo, mostrando los dientes:

–¡Viejo!

Pero su voz se perdió entre las nubes que corrían a toda velocidad deshilachándose en la cima de los corales.

–¡Viejo! –gritó el coro de cazadores.

Sólo el viento respondió. Thoz entró por un desfiladero que serpenteaba entre dos acantilados. Temblándole las rodillas con un terror sagrado, avanzó un centenar de metros y se paró. A lo lejos, delante de él, una rama de abeto cubierta de nieve se sacudió bruscamente su carga trazando un rápido semicírculo en el aire. Thoz, con los ojos empañados, creyó descubrir en ese movimiento un gesto amenazador. Bajó la cuesta a toda velocidad y, jadeando, se reunió con los cazadores. Con los músculos tensos, preparados para una huida precipitada, los hombres aguardaban a que Thoz hablase.

–He visto a un dios –dijo Thoz con voz ronca–. Me ha dicho con señas que esperemos. Aguardaremos aquí hasta mediodía.

V

Cuando las mujeres, que se habían quedado en el poblado, vieron la pequeña caravana de los cazadores que salía de la selva, se pusieron a dar saltos y gritos de alegría. Porque el regreso del Viejo significaba a menudo la llegada de regalos sorprendentes que los dioses enviaban a la tribu: trozos de espejos rotos para colgarse de las orejas, agujas para coser las pieles o viejos botes de conservas para sacar agua del pantano.

Las mujeres siguieron pataleando contra el suelo. Una de ellas giró a toda velocidad sobre sus piernas delgadas y varicosas, con los brazos extendidos, haciendo flotar alrededor sus largos cabellos rojos y sus mamas lisas.

Pero, a medida que los cazadores se acercaban, las mujeres se fueron callando una tras otra, intrigadas. La danzante loca se detuvo y abrió una boca babosa y estupefacta. El Viejo no volvía con ellos. En silencio, las mujeres rodearon a los cazadores. De mal humor, Thoz empujó violentamente con el mango de su lanza el vientre de una mujer que se interpuso en su camino. Fue hasta el centro del poblado.

Se sonó los mocos con los dedos, que se limpió en la rubia barba. Después hizo señas a los cazadores para que echaran sobre las llamas el cerdo salvaje que habían matado en el camino de vuelta.

VI

El niño negro había permanecido agazapado detrás de una tienda, con el corazón latiéndole fuertemente, mientras las mujeres gritaban. Cuando se hizo el silencio, el niño se arriesgó a echar una mirada al claro. Entonces oyó a Thoz anunciar la ausencia del Viejo.

¿Eso era bueno o malo para él? No habría sabido decirlo. Ideas fugitivas y mal encadenadas se formaban en su cerebro inculto. Pero las débiles imágenes que surgían y luego estallaban como burbujas en su cabeza se polarizaron poco a poco en torno a un tema central. Una elección, debida a misteriosas e imponderables luchas de influencia entre pensamientos rudimentarios y rivales, eliminó definitivamente a algunos y agrupó a otros en serie, en número suficiente para que sus fuerzas sumadas diesen un impulso motor a los músculos del niño.

El niño negro se levantó y rodeó el poblado escondiéndose detrás de las tiendas. Llegó a la del Viejo. Tuvo que cortar uno por uno los gruesos hilos con que estaban cosidas las pieles entre sí y se deslizó a cuatro patas en el interior.

Le asaltó un sofocante olor a ron, el olor mismo del Viejo. El niño negro se quedó un buen rato inmóvil y temblando de miedo, esperando a que sus ojos se acostumbrasen a la penumbra que reinaba bajo el esqueleto de ballena cuyas costillas redondas se curvaban en el techo.

Pronto distinguió los detalles de aquel refugio. Un batiburrillo inverosímil le rodeaba: montones desordenados de pieles, botellas rotas, objetos raros que habían pertenecido a los dioses. Reconoció la colección de cacerolas herrumbrosas, colocadas por orden de tamaños sobre un leño, que el Viejo sacaba los días de fiesta grande y que golpeaba con sus manos para marcar el ritmo a los cantos de las mujeres.

Cuando el niño comprobó que su sacrilegio no le ocasionaba ninguna consecuencia inmediata, eligió unas cuantas pieles a su conveniencia y las adaptó a su pequeña talla, desgarrando con los dientes los trozos demasiado largos y cosiéndolos toscamente como había visto hacer a las mujeres. Se ciñó varias bandas alrededor de la cintura para sujetar el conjunto y se envolvió los pies con tiras de piel de perro. Metió en un saco una provisión de carne seca y asomó prudentemente la cabeza por la abertura que había practicado en la parte trasera de la tienda.

Caía la noche. Sonoros ronquidos salían de los rudimentarios refugios. Dos cazadores dormitaban junto al fuego, con la honda entre las piernas. El niño negro se deslizó a rastras fuera del poblado y, dirigiéndose hacia el Oeste, alcanzó la selva. Los simples engranajes de su espíritu estaban bloqueados por una idea tenaz a la que no debilitaba ningún otro razonamiento: encontrar al Viejo.

Se internó entre las altas hierbas, de las que emergía por instantes la masa sombría de matorrales erizados de espinas, y tomó el sendero que llevaba a la ciudad de los dioses.

Entorpecido por el peso inhabitual de su ropa, caminó durante largo tiempo sin prestar atención a los chorros de sudor que inundaban el interior de las pieles.

Varias veces debió pararse para volver, a atar las tiras que le protegían los pies. Una nube de mosquitos le acompañaba en su marcha. Pronto el terreno empezó a ascender gradualmente: estaba abandonando el valle. Con alivio dejó atrás las altas hierbas, de donde en cualquier momento podía surgir una fiera, y escaló las primeras pendientes de hierba rasa. La noche obscura le impedía distinguir su ruta: de vez en cuando se echaba al suelo y, pegando la nariz a la tierra, reconocía la pista por las emanaciones que había dejado el paso de los hombres. El olor del Viejo dominaba todos los demás.

Finalmente llegó a los acantilados y dudó un momento en franquearlos. Detrás de ellos comenzaba el dominio de los dioses.

–¡Viejo! –gritó el niño, sin atreverse a avanzar.

Temblaba a la vez de miedo y de frío bajo las pieles.

–¡Dioses! –gritó de nuevo–. ¿Dónde está el Viejo?

Escuchó los murmullos del viento.

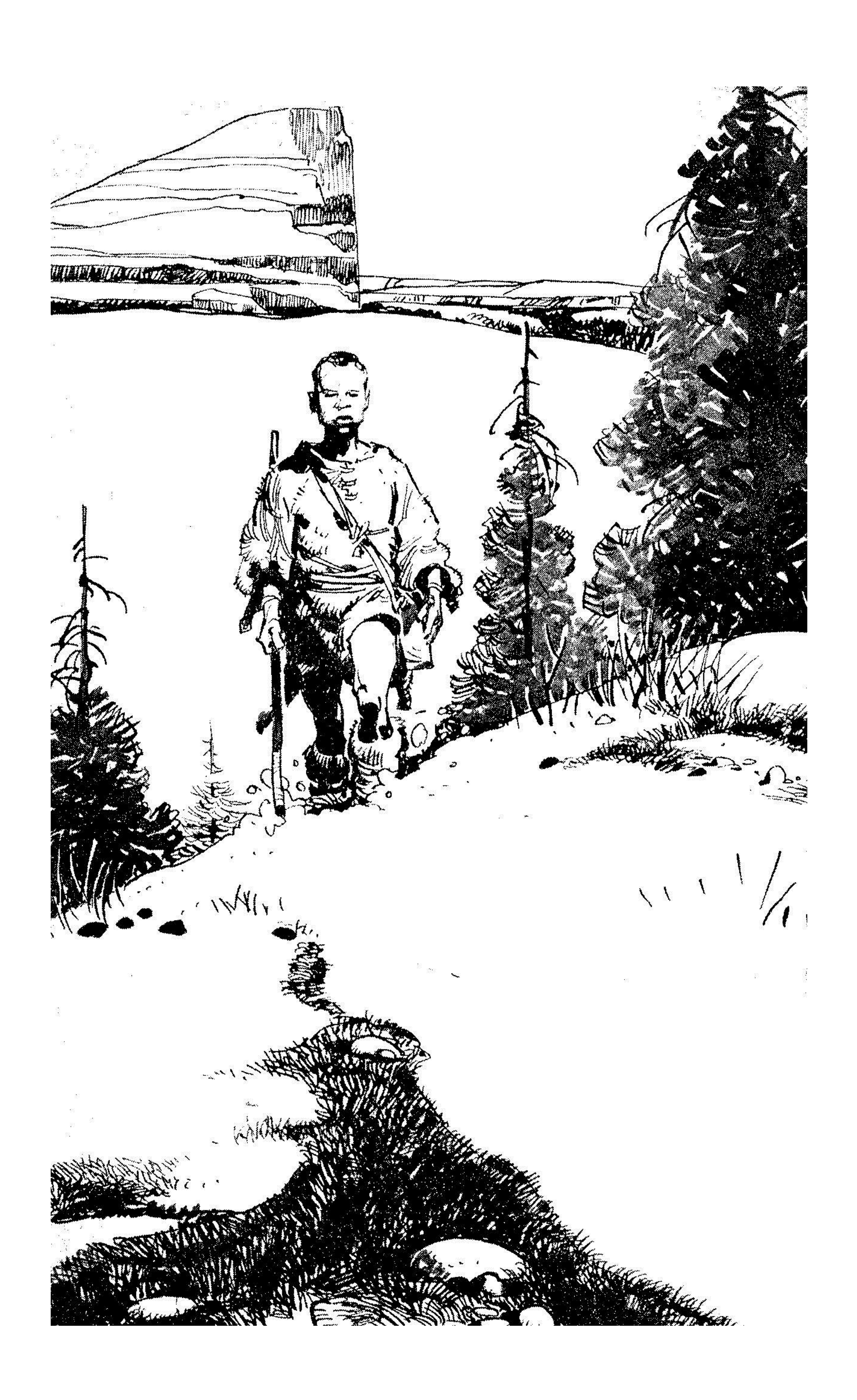
–El niño negro va a subir a la ciudad de los dioses para buscar al Viejo. ¡El niño negro es un amigo!

«¡Amigo, amigo!», respondió el eco rebotando de acantilado en acantilado.

El niño creyó discernir en ese fenómeno la aprobación de los dioses. Echó a andar lentamente por el desfiladero que conducía a la ciudad muerta. De cuando en cuando repetía a voz en cuello:

–¡El niño negro es un amigo! ¡Viene a buscar al Viejo, que no ha regresado!

A pesar del banco de niebla que atravesaba, seguía con facilidad las huellas del Viejo en la nieve. Con la cabeza inclinada hacia el suelo, caminaba penosamente y resbalaba en las cuestas heladas, estorbado por su vestimenta.



Por fin salió de la niebla y alzó los ojos. Lo que vio le hizo ponerse de rodillas y extender los brazos en una actitud de plegaria y de súplica.

Encima de él, el negro dique del puerto se perfilaba contra el cielo tachonado de estrellas. Detrás del dique, altas fachadas de edificios blancos a la luz de la Luna miraban al niño negro a través de sus centenares de ventanas ciegas. Y el niño pensó que esos gigantes de piedra con innumerables ojos eran dioses, dioses de largo rostro severo, cubiertos por un flequillo de cabellos de nieve.

Avanzando unas veces sobre las rodillas y otras a cuatro patas, atravesó el puerto. De cuando en cuando se postraba murmurando con voz angustiada y precipitada:

–El niño negro es un amigo. Sólo viene a buscar al Viejo. Viene a buscar al Viejo, que no ha regresado.

Cuando alcanzó el muelle, permaneció largo tiempo tumbado en el suelo, aguardando un gesto o una palabra de los dioses, aguardando quizá un castigo terrible y brutal. Después, como no sucedía nada, se puso de pie y subió paso a paso los escalones de piedra, con las entrañas atenazadas por el miedo.

Humilde sombra solitaria que se recortaba sobre la nieve, se acercó a las casas. Siguió las huellas del Viejo hasta la entrada del almacén; dudó un buen rato antes de franquear la puerta y al fin se decidió a dar unos pasos temerosos, esperando a cada momento ser fulminado.

Volvió a salir reculando y se encaminó por una calle en la que las huellas de la persona que buscaba se interrumpían, ocultas por montones de nieve pulverizada. Dejó errar la mirada a su alrededor y, con los ojos desorbitados, cayó otra vez de rodillas. Rostros jóvenes y rosados le rodeaban.

–*Visit Mars* –decían los labios rojos de una azafata del espacio. (Decía la misma frase inútil, en una sonrisa anquilosada, desde hacía quinientos años.)

–*¡El mejor!* –articulaba en silencio una figura mofletuda que blandía un bote de condimentos.

Sobrecogido, el niño negro se tendió hacia adelante. Sus manos se hundieron en la nieve y sintió bajo los dedos el contacto de un cuerpo rígido acolchado de pieles.

¡Los dioses! ¡Aquellos eran los dioses! Tenían un aire acogedor. El niño negro repitió:

–He venido a buscar al Viejo.

Después se atrevió a mirar lo que tocaba bajo la nieve. Apartó lentamente el polvo amontonado sobre el cadáver: indudablemente era el Viejo.

El niño negro le sacudió gritando:

–¡Viejo!

Estaba haciendo algo que no hubiera osado siquiera imaginar unas horas antes. Estaba tocando al Viejo, le estaba hablando, él, paria que nunca se había aproximado a «El que todo lo sabe» sin recibir en pleno rostro una pedrada, tan grande era el odio que le tenía el Viejo.

Pero ahora el Viejo no se movía. Su rostro azul a causa del frío se agitaba al sacudirlo el niño. Conservaba en la muerte una beatífica sonrisa de borracho. Tenía la barba salpicada de nieve y una pequeña estalactita de hielo pendía de la comisura de sus labios negros.

–El Viejo duerme –susurró el niño–. Cuando el Viejo deje de dormir, el niño negro le dirá que la tribu espera al Viejo.

Buscó con la mirada la aprobación de los dioses.

–*Easy shave* –decía un joven dios imberbe.

–¡El niño negro es el amigo de los dioses! –se atrevió a proclamar el niño.

Se acercó respetuosamente a un anuncio y lo tocó. Luego, enardecido, fue tocando uno tras otro todos los demás. Ninguno se disgustó. El niño negro dedujo de ello que los dioses estaban con él. Con el corazón desbordante de una alegría nueva, se perdió en el laberinto de las desiertas calles, riendo a todas las imágenes que encontraba y haciendo volar a su alrededor, con grandes patadas, el maravilloso polvo blanco y frío que tocaba por primera vez en su vida.

VII

Cuando apuntó el alba detrás de las colinas, el grito de un bebé hambriento despertó a Thoz. Abrió los ojos y miró con aire estúpido el pálido resplandor que se filtraba por una rendija de la tienda encima de él. Después se incorporó, empujando bruscamente a sus mujeres. Debajo de su duro cráneo acababa de insinuarse un pensamiento: «¡El Viejo no ha regresado!».

Salió al claro. Su piel curtida se tornó como carne de gallina con el aire helado del exterior. Igual que un sonámbulo se acercó al fuego y contempló con gesto vago a los dos vigilantes dormidos. Después dejó escapar un quejido de lo más hondo de su pecho.

Uno tras otro, los cazadores fueron saliendo de las tiendas y se mantuvieron de pie, con la honda enrollada alrededor de la cintura, a respetuosa distancia del jefe. Despertados con sobresalto, los dos vigilantes se alejaron de Thoz, que parecía estar de un humor pésimo.

Thoz permaneció un buen rato contemplando las brasas de la hoguera. Luego alzó lentamente la cabeza y paseó sobre sus hombres una mirada ausente. Abrió la boca y dijo:

–Thoz irá a los acantilados a esperar al Viejo.

Señaló a un hombre.

–Bagh conducirá a los cazadores. Los conducirá en persecución de los perros salvajes. Esta tarde, Bagh y los cazadores traerán la carne de los perros salvajes. Y Thoz traerá al Viejo cuando el Viejo se haya despedido de los dioses. Traerá al Viejo cuando el Viejo haya descendido de los acantilados.

Thoz cerró la boca. El trueno rápidamente articulado de su voz se extinguió detrás de su barba dorada. Se armó con una honda, empuñó su lanza y salió del pueblo a paso enérgico. Sólo se oyó el susurro de las altas hierbas entre las que había desaparecido. Después, este mismo ruido disminuyó y cesó por completo.

Entonces Bagh hizo girar su honda por encima de la cabeza y dijo:

–¡Que los cazadores sigan a Bagh!

Los hombres se marcharon con él. En el poblado sólo quedaron las mujeres de colgantes cabellos y los delgados niños de vientre hinchado que tosían lastimosamente y se rascaban nerviosos las picaduras que les habían hecho las chinches durante la noche.

VIII

El niño negro visitó las ruinas. Sorteó los derrumbamientos, cruzó patios desiertos, penetró en los sótanos de un edificio, se perdió y vagó largo tiempo en las entrañas subterráneas de la ciudad, en el laberinto de túneles y de corredores del metro.

Por fin distinguió un resplandor lejano y pensó que se estaba haciendo de día. Se dirigió hacia lo que creía ser una salida y llegó a una sala cubierta de publicidad, en la que la luz era mucho más bella y más cálida que la del Sol. El niño negro ignoraba que una pila de silicio, intacta por milagro, iluminaba y calentaba esa sala desde hacía siglos.

Se creyó en el santuario mismo de los dioses.

Después de haber admirado y hablado familiarmente a los dioses que le rodeaban, se tumbó en el suelo, comió una parte de sus provisiones y se durmió tranquilamente, una vez que se hubo quitado las pieles, que le daban demasiado calor. Una nueva idea acunó su primer sueño: «El niño negro dirá al Viejo que la tribu le espera. El niño se lo dirá cuando el Viejo se despierte. Pero el niño negro no seguirá al Viejo, se quedará con los doses. El niño negro es el amigo de los dioses».

IX

Cuando el niño negro se despertó, trató de escapar de los subterráneos y se dio cuenta de que había dormido al lado de una salida. Subió por las escaleras y se encontró en el exterior.

El frío le obligó a descender de nuevo para cubrirse con la ropa que había abandonado.

Una vez equipado, vagó por la ciudad hasta que, al fin, encontró la calle en la que yacía el cadáver del borracho.

Al acercarse el niño, tres buitres echaron a volar. «El que todo lo sabe» tenía el rostro atrozmente acribillado por los picotazos de aquellas aves de presa. Las órbitas mostraban dos agujeros negros sobre la sonrisa macabra de los dientes, descubiertos al faltar una mejilla.

–El Viejo está muerto –comprendió el niño negro.

Esta revelación le sumió en una estupefacción sin límites. Nunca había imaginado que el Viejo pudiera morir algún día.

Entonces, con grandes esfuerzos, tiró del muerto, lo hizo deslizarse sobre la nieve, lo arrastró hacia la entrada del metro. Esto le llevó varias horas. Fue mucho más fácil hacer rodar al cadáver escaleras abajo.

Cuando la rigidez de la carne desapareció por la acción de la tibia temperatura ambiente, el niño negro llevó a cabo los ritos que había visto efectuar a la tribu. Había tenido la oportunidad única de encontrar muerto al Viejo. Por lo tanto, a él le correspondía realizar los ritos. Ningún cazador podía pretender haber visto primero al cadáver.

Partió el cráneo y devoró crudo el cerebro, apropiándose así de toda la fuerza y de toda la ciencia del Viejo. Después trabajó durante el día entero para desnudar al cadáver, para rajarle las carnes, para extirparle una vértebra, que añadió al rosario fúnebre del que el Viejo extraía la mayor parte de su prestigio.

El niño negro se enrolló el rosario alrededor de la cintura y de los hombros.

–El niño negro es el Viejo. El Viejo es el niño negro –murmuró satisfecho–. El Viejo ya no está muerto. El Viejo vive en el cuerpo del niño negro.

Salió del subterráneo y se dirigió hacia el puerto. Después se detuvo. Deseó ver por última vez algo que le había intrigado el día anterior. Volvió sobre sus pasos y buscó el lugar. Era un gran edificio de aspecto severo. Sobre la puerta se veían unos signos mágicos:

POLICE

El niño negro evitó la puerta herméticamente cerrada y entró por una ventana.

Su pequeño tamaño le permitió pasar entre los barrotes de una reja. Atravesó un despacho que tenía el suelo sembrado de papeles y llegó a una gran sala, en una de cuyas paredes había colgado un soporte con tubos brillantes. El niño se apoderó de uno de aquellos objetos y le dio vueltas en todos los sentidos con perplejidad. Miró por el orificio del tubo, pero no vio nada.

–Es un hueso –pensó–. Y los dioses se han comido el tuétano.

Sopló dentro del tubo imitando lo que hacía Thoz con su silbato de guerra, pero no salió ningún sonido. Entonces se dio cuenta de que el otro extremo del tubo era más grueso y se podía agarrar bien con una mano, pues sus estrías se adaptaban exactamente a los dedos cerrados sobre ellas.

Este contacto perfecto, esta sensación de agarre sólido en el hueco de la mano le agradó. Así que se llevó aquel objeto brillante sin saber nada de su uso.

Cruzó el puerto, franqueó el espigón y descendió en dirección hacia el poblado. Ya no tenía necesidad de la protección de los dioses para enfrentarse a la tribu.

X

Cuando Thoz llegó al pie de los acantilados, llamó al Viejo en todos los tonos durante horas. Gritó hasta quedar extenuado y, una vez anochecido, emprendió el camino de regreso al poblado, con la voz quebrada y la muerte en el alma.



Mientras corría entre las altas hierbas le pareció oír algo. Se detuvo y aguzó el oído. Después se pegó al suelo y percibió una vibración, un galope lejano y múltiple. Se empinó sobre las puntas de los pies, alzó las narices y olfateó los olores de la noche.

–Los perros salvajes persiguen a Thoz –se dijo–, porque Thoz está solo.

Como una fiera dejó escapar un gruñido desde el fondo de la garganta y echó a correr con mayor rapidez. Al cabo de varios miles de metros hizo alto de nuevo. Oyó ladridos espaciados: la jauría estaba sobre su pista y se encontraba cada vez más cerca.

Entonces Thoz retrocedió describiendo un amplio círculo; después, al volver a descubrir su propio rastro, se apoyó sobre la lanza y de un salto prodigioso salvó una decena de metros de altas hierbas cruzando una ligera pendiente.

Los perros se hallaban muy próximos. Thoz permaneció acurrucado entre la hierba, con la boca abierta del todo para atenuar el silbido de su respiración agitada, reprimiendo el menor gesto y aguantándose las ganas de frotarse el tobillo que se le había lastimado con una piedra.

Oyó pasar a la jauría sobre sus huellas aún frescas por delante de donde él estaba. Oyó el trote paciente, incansable, de los perros, entrecortado por breves ladridos y jadeos.

Cuando el ruido se alejó, Thoz se enderezó en silencio y huyó en el sentido de la brisa para que su olor no llegara a las narices de los perros. De vez en cuando saltaba con ayuda de la lanza para cortar su rastro. Cuando se sintió un poco más seguro, volvió a tomar la dirección del poblado.

A medida que se acercaba al poblado, iba apoderándose de él un sentimiento de inquietud. Al principio creyó que estaba empezando a amanecer detrás de las colinas, pues un resplandor rojizo coloreaba el horizonte. Luego se acordó de que hacía poco que había comenzado la noche. Por último observó que la luz procedía de un punto preciso del paisaje, justamente delante de él.

–¡El poblado! –murmuró Thoz.



Corrió aún más deprisa. El sudor le corría por todo el cuerpo y la brisa le llevaba un olor a cenizas. Una jauría de perros pasó a su lado, casi entre sus piernas, escapando del incendio. Después vio que el suelo parecía ondular y deslizarse en dirección contraria a la suya. Miró mejor: una multitud de conejos, de pequeños roedores y de serpientes huían en tropel. Dos jaguares aparecieron y desaparecieron en seguida de tres o cuatro brincos rápidos. Luego pasó un oso rugiendo, sin dirigir siquiera una mirada a Thoz.

Al doblar un matorral, Thoz percibió bruscamente una amplia franja de llamas que corrían hacia él a través de la sabana. El aire se hacía irrespirable por momentos. Un árbol solitario, negro espectro con los brazos retorcidos hacia el cielo, empezó a echar humo y, al punto, se incendió.

Thoz distinguió a lo lejos los esqueletos ennegrecidos de las tiendas del poblado.

–¿Dónde están los cazadores? ¿Dónde están las mujeres? –gritó Thoz en medio del crepitar de las llamas.

–¡Que los cazadores respondan a Thoz! –añadió.

La irradiación de las llamas le abrasaba la piel del rostro. Tuvo que retroceder y escapar corriendo cada vez más velozmente. La sabana entera ardía tras él.

XI

El jaguar tenía hambre. Su cuerpo ocelado ondulaba entre restos calcinados y troncos de árboles tiznados por el fuego. Su cola azotaba los músculos resecos que resaltaban en los estrechos flancos. La selva se había quedado sin caza.

En algunos sitios el suelo aún humeaba a pesar de la tromba de agua que había caído la noche anterior. De vez en cuando el jaguar se quemaba las patas y gruñía.

Alzó el hocico y olfateó la brisa, pero hasta donde podía alcanzar no percibió más que el olor de cenizas mojadas. Reemprendió su marcha. Bajo su bello pelaje se adivinaba una fuerza tensa.

Pronto estuvo cerca de las colinas. Salvadas por un capricho del viento que impulsaba las llamas, las colinas permanecían aún verdes, apenas chamuscadas en su base. El jaguar saltó ágilmente un charco lleno de fango y cenizas y empezó a escalar las colinas recalentadas por el Sol. Después de recorrer unos cien metros, se tendió en el suelo debajo de un árbol. De cuando en cuando sus costados se agitaban con un breve estremecimiento provocado por la picadura de algún insecto. Con la cola espantaba nerviosamente las moscas.

El jaguar bostezó de hambre y las ventanillas de sus narices palpitaron. Se levantó sobre sus patas reprimiendo un aullido ronco. Efluvios de hombre llegaban hasta él. Alzó la nariz para captar en la brisa las corrientes debilitadas y fugitivas del olor. Después trepó a la cima de un montículo, dudó un momento y se deslizó entre las hierbas de la ladera opuesta.

Avanzó más deprisa, husmeando de vez en cuando para asegurarse de que iba en la dirección correcta; luego reemprendía su trote sigiloso. Se disponía a atravesar una prominencia del terreno cuando vio al niño negro.

El niño negro estaba parado despojándose de sus pieles. Cuando estuvo desnudo empezó a secarse el sudor que le bañaba la piel. A sus pies yacía sobre la hierba un tubo brillante.

El jaguar estaba aún demasiado lejos de su presa para lanzarse sobre ella. Subió a lo alto del montículo y aguardó. El niño negro se colgó del torso endeble el rosario de vértebras y se sentó sobre la hierba a descansar.



Impaciente, el jaguar reculó y descendió lentamente para rodear el montículo y acercarse al niño por la izquierda.

El niño negro masticaba una raíz acuosa para apagar su sed. Con los dedos acariciaba pensativo el objeto brillante que había traído de la ciudad de los dioses. De vez en cuando se daba un manotazo sobre los hombros o los costados devorados por las moscas. Alrededor de él zumbaban millares de mosquitos y este inmenso zumbido se asemejaba al silencio en su uniformidad apenas interrumpida por el arrullo lejano de una paloma torcaz.

Se miró los pies hinchados por la marcha y, de repente, dio un salto. Había visto una delgada serpiente que se deslizaba hacia él. Prudentemente alargó el brazo para apoderarse del objeto brillante, que no quería abandonar. Lo empuñó y dio un salto hacia atrás.

En ese instante un gran cuerpo amarillo planeó un segundo sobre las hierbas y fue a caer, con las garras extendidas, en el lugar donde el niño acababa de estar. Aterrado, el niño negro se quedó inmóvil mirando fijamente al gran gato de babeante hocico. Buscó un refugio a su alrededor, pero no había cerca ningún árbol al que pudiera llegar sin ser alcanzado por la fiera. Entonces apuntó hacia adelante el tubo de los dioses esperando un nuevo ataque.

–El niño negro es amigo de los dioses –dijo al jaguar con voz presurosa–. Si el jaguar mata al niño negro, los dioses matarán al jaguar. El niño negro tiene el collar de los muertos. El niño negro es a la vez el Viejo. Que el jaguar se aleje y deje en paz al niño negro. El niño negro ha comido el cerebro del Viejo.

Pero la bestia avanzaba lentamente. De repente dio tres pasos veloces y se abalanzó sobre el niño. Este, con los ojos cerrados, empujó al jaguar con el tubo de los dioses y cayó de espaldas bajo el choque de la fiera. Una sacudida le dislocó el brazo y le hizo soltar el arma. Se tapó la cara con las manos, aguardando ser desgarrado por las uñas de la fiera cuyo peso velludo sentía sobre él. Pero el jaguar no se movió. El niño negro sintió que un líquido pegajoso y tibio le corría por el rostro. Abrió los ojos.

La bestia estaba muerta y atrozmente mutilada. Un golpe de hacha misterioso la había cortado en diagonal, separando la cabeza mofletuda, una parte del pecho y la pata delantera izquierda del resto del cuerpo inerte. La sangre del jaguar inundaba al niño negro, que se libró como pudo de la fiera y se incorporó sobre sus temblorosas piernas. Después prorrumpió en una risa nerviosa.

–Los dioses han matado al jaguar –dijo.

Empezaba a creer en su propio poder.

–Los dioses y los antepasados del collar han matado al jaguar –repitió–. Los dioses lo han matado con el palo brillante.

Recogió el arma y la apuntó sobre el cadáver. El objeto retembló contra la carne muerta; una lengua de fuego salió silbando de él y abrió una brecha en la espina dorsal de la fiera. El culatazo hizo dar un traspiés al niño.

–El niño negro es más fuerte que el jaguar. El niño negro es más fuerte que Thoz –dijo.

En su entusiasmo, y para reforzar su afirmación, dejó bruscamente sobre el suelo la culata del arma. Esta vibró y lanzó al cielo un chorro resplandeciente. Asombrado, el niño repitió la

acción y obtuvo el mismo resultado. Entonces comprendió que bastaba apretar la empuñadura del arma para hacer fuego, que no era necesario tocar al adversario para matarlo.

Se acercó a unos cuantos metros de un árbol colosal y oprimió la empuñadura. El tronco del árbol fue cercenado en sus tres cuartas partes por el fuego de los dioses. La madera humeó un poco por los labios de la herida leñosa. El gigante vegetal se resquebrajó, osciló, basculó lentamente y se derrumbó con un retumbar sordo, levantando una nube de polvo que se elevó como incienso en homenaje al vencedor, a la frágil silueta inmóvil del niño negro, que no cabía en sí de orgullo.

XII

Thoz había corrido durante mucho tiempo delante del fuego. A punto de ser vencido, sin aliento, se había arrojado de bruces sobre una ciénaga. Tumbado boca abajo en el agua nauseabunda, dejó pasar el calor terrorífico por encima de él. Pavesas inflamadas se apagaban al caer silbando en el agua. Algunas le quemaron el rostro. El aire se volvía irrespirable. De vez en cuando, Thoz tenía que sumergir la cabeza bajo el agua porque sentía que se le chamuscaba el pelo. Pero hasta el agua empezaba a quemar y Thoz temió morir. Finalmente, las llamas se alejaron y la crepitante cabellera de fuego corrió lejos, rayendo las hierbas secas de la sabana y dejando tras sí un terreno desolado y ennegrecido.

Thoz debió permanecer aún largo tiempo en la ciénaga porque el suelo le quemaba las plantas de los pies descalzos. El hambre le crispaba las entrañas. Comió sapos cocidos en las brasas de las orillas, experimentando una humillación profunda, pues aquél era un alimento indigno de un cazador. Las sanguijuelas le chupaban la sangre de las piernas. Se las arrancaba a puñados, cambiaba de lugar, volvía a empezar...



Por último, una tormenta se anunció en la lejanía. Breves resplandores de relámpagos iluminaban un paisaje arrasado: negras siluetas se recortaban sobre un campo de cenizas grises que se extendía hasta el infinito. El agua empezó a caer en gruesas gotas espaciadas, que después se convirtieron en un diluvio. La superficie de la ciénaga subía poco a poco. El

suelo se enfrió. Thoz pudo salir de la ciénaga y caminó solo y desnudo en medio de la tromba helada, sin rumbo fijo y sin reconocer nada de la sabana.

Cuando las nubes se disiparon, cuando un último trueno retumbó sobre los montes grises huyendo hacia el horizonte, amaneció. Thoz se dirigió hacia el Este en busca de su tribu. Se apoyaba en la lanza y sus piernas heridas se hinchaban a ojos vistas. Se sentía más débil y más vulnerable que una gacela. Las sanguijuelas de la ciénaga le habían chupado las tres cuartas partes de su fuerza.

XIII

Los miembros de la tribu, con la mirada hosca y las fuerzas agotadas por las fatigas de la noche, yacían sobre la hierba de las primeras alturas de Hait. Algunos hombres roncaban.

De pie en medio de los cuerpos caídos, Bagh contemplaba tristemente la extensión quemada. Trataba de encontrar el punto del valle donde se habían alzado las tiendas confortables y protectoras del poblado, pero no reconocía nada.

Una profunda confusión le invadía el alma. Cuando el Viejo desapareció, él había confiado en que Thoz le encontraría. Pero el mismo Thoz estaba quizá muerto y Bagh sentía el peso de las decisiones que debería tomar. Delante de él se habían derrumbado dos murallas de fuerza y de seguridad: primero el Viejo, después Thoz. Y ahora todas las miradas convergían en Bagh. Pero Bagh se sentía desnudo y solo ante las amenazas de la Naturaleza. Él era la última muralla de la tribu.

Esta había quedado reducida a un centenar de individuos, pues el incendio había sido mortífero. Numerosos niños habían muerto. El niño negro había desaparecido, pero eso no importaba, tal vez hasta era bueno. Bagh lamentaba sobre todo la muerte de diez fuertes cazadores entre los más valientes, entre los que se habían enfrentado a las llamas para salvar a sus hijos varones.

Así pensaba Bagh, dirigiendo una mirada velada sobre los valles grises, ayer vestidos de hierbas sedosas y poblados de caza. Habría que esperar semanas para que la tierra reverdeciera, los arbustos florecieran y las jaurías de perros salvajes corrieran en busca de conejos.

Y durante esas semanas la tribu necesitaría comer. Pero, ¿comer qué? Las manadas de animales que habían huido en desorden con los hombres se habían ido mucho más lejos. Las colinas estaban desiertas de casi toda vida animal.

De pronto Bagh se estremeció: algo se movía a lo lejos en el desierto de cenizas. Un punto minúsculo se dirigía hacia las colinas de Hait, hacia la tribu. Bagh se puso la mano sobre los ojos y miró atentamente. Después tocó con el pie el pecho de Soum, que permanecía tendido cerca de él. Soum se sentó gruñendo. Bagh le señaló aquel punto lejano, pues Soum tenía una vista de águila.

–¡Es un hombre! –exclamó Soum.

Bagh y Soum permanecieron en pié juntos durante un largo cuarto de hora sin decir palabra. AI cabo de ese tiempo, Soum anunció:

–¡Es Thoz!

–¡Thoz vuelve! –gritó Bagh.

Y como los miembros de la tribu se iban despertando con el ruido de las voces, Bagh repitió:

–Soum ha mirado hacia el valle. Soum ha visto a Thoz. Thoz regresa.

Una mujer rió de alegría. Un cazador hizo girar su honda prorrumpiendo en una risa ahogada. Aunque Bagh también estaba contento, su alivio se mezclaba con una amargura confusa pues, desde la aparición de Thoz, ya nadie miraba a Bagh ni esperaba de él una orden o un consejo: Bagh ya no era el jefe.

–Hay que salir al encuentro de Thoz –dijo.

En seguida la ladera de la colina se cubrió de cazadores que descendían al valle.

XIV

Thoz marchaba despacio, con la cabeza inclinada hacia el suelo. Cada paso le repercutía dolorosamente en el cráneo. Sus piernas heridas habían bebido el agua salada de la ciénaga y estaban rojas e hinchadas. Se apoyó sobre la lanza y se detuvo, resistiendo a la tentación de dejarse caer en la ceniza, de la que no se habría vuelto a levantar jamás. Dirigió una mirada vacía hacia el verdor de las colinas y sintió que su corazón se inundaba de esperanza: había visto a los cazadores que bajaban a su encuentro; incluso oyó, amortiguados por la distancia, sus gritos de bienvenida. Después, agarrado al mango de su lanza clavada en tierra, dejó caer de nuevo su cabeza hacia adelante. Un hilo de baba que salía de su boca agotada llegaba hasta el suelo. En esta postura esperó a los suyos.

Pronto fue rodeado, sostenido y transportado por los fuertes brazos de los cazadores. Le tendieron sobre la hierba fresca y las mujeres le envolvieron en grandes hojas húmedas.

XV

Al cabo de una semana, Thoz se sintió lo bastante fuerte para caminar solo. Se levantó y contempló en silencio el miserable vivaque hecho de raras pieles de perros extendidas sobre palos y cuyas paredes se sujetaban al suelo por medio de montones de tierra y piedras. Los cazadores volverían de un momento a otro y el fuego brillaba con más claridad en aquella hora del crepúsculo. Algunas mujeres estaban postradas junto al fuego. Los huesos les sobresalían de la piel, pues los hombres no les dejaban la menor partícula de carne y ellas se alimentaban exclusivamente de raíces, de gusanos, y de insectos. Habituado a sus griteríos y a sus parloteos, Thoz sufría con el silencio de las mujeres exhaustas. Ayer mismo Bagh no había traído más que dos conejos, una paloma y tres perros, lo que era a todas luces insuficiente para alimentar a la tribu. Era hora de que Thoz en persona dirigiera a los cazadores.

Su pecho se hinchó de orgullo.

–Mañana –pensó– Thoz traerá la caza y la tribu podrá comer en abundancia. Con las pieles podrá construir grandes tiendas.

En seguida llegaron los cazadores.

Con la cara larga, Bagh hizo depositar a los pies del jefe la carne de un perro.

–¿Bagh no ha matado nada más? –preguntó Thoz.

–Las colinas están vacías –contestó Bagh–. La caza ha huido.

Thoz indicó con señas que echaran la carne en la hoguera. Al cabo de un rato distribuyó pequeñas porciones entre los cazadores. Las mujeres y los niños, con los ojos muy abiertos, les miraban comer. Un niño se puso a llorar mordiéndose un puño.

Thoz esperó a que los cazadores hubieran comido la escasa ración y después habló.

–Thoz ha recobrado sus fuerzas –dijo–. Mañana él conducirá a los cazadores. Más tarde abandonaremos las colinas. Los valles y la sabana están quemados.

Señaló el Este con la punta de su lanza.

–Por allí el terreno asciende continuamente: son las montañas de Hait, en las que sólo viven los dioses.

–Por allá están los grandes pantanos donde la tribu sería devorada por los cocodrilos.

Apuntó hacia el Oeste.

–Allí los dioses han retenido al Viejo. Los dioses están enfadados y el Viejo no ha vuelto porque la tribu no ha cantado lo bastante fuerte y no ha danzado suficientemente para honrar la partida del Viejo. El Viejo no ha vuelto a bajar de la cordillera de Cuba. Y los dioses han enviado el fuego.

La lanza giró hacia el Norte, señalando el antiguo estrecho entre Cuba y Haití.

–La tribu seguirá a Thoz. Thoz la hará atravesar el puerto del viento. En el país de los monstruos encontraremos caza.

Thoz percibió el estremecimiento de pánico que recorrió los espíritus simples de sus compañeros. Se puso en pie todo lo alto que era y abombó el torso: las llamas destacaron los poderosos músculos de su cuerpo. Se golpeó el pecho con el puño y blandió su lanza.

–Thoz es fuerte –dijo–. Y astuto. Con Thoz la tribu podrá vencer a los monstruos, podrá comerse a los monstruos.

El miedo de los cazadores se impregnó poco a poco de orgullo agresivo. Los cazadores bebían las palabras reconfortantes del jefe. Necesitaban a alguien más fuerte que ellos para que les guiara, para que les levantara la moral debilitada por las pruebas.

–¡Thoz matará a los monstruos! –gritó un hombre.

–¡La tribu podrá comer! –aulló otro.

Y en medio de las aclamaciones que estallaban por todas partes, en medio de los gritos histéricos de las mujeres, Thoz rompió a reír confiadamente, enseñando los dientes y apuntando con su barba rubia hacia las estrellas. Del mismo modo que la tribu le necesitaba a él, él necesitaba a la tribu; necesitaba su admiración para acrecentar la conciencia de su propio poder.

XVI

El niño negro había pasado varios días en las colinas, complaciéndose en reinar sobre ellas como dueño y señor, sin temer los ataques de las fieras, ebrio de libertad y de poder. Después se acordó de la tribu y saltó de alegría ante la idea de volver a verla.

Ya se veía a sí mismo llegando al poblado y lanzando el fuego de los dioses hacia el negro cielo en presencia de los cazadores pasmados.

Imaginaba a Thoz doblando la rodilla ante él, el niño negro que había comido el cerebro del Viejo, ante el amigo de los dioses.

Su desconcierto fue total cuando dejó las colinas. El espectáculo que se ofrecía a sus ojos era de una absoluta desolación. La brisa hacía volar nubes de ceniza alrededor de los negros esqueletos de los árboles aislados. El niño descendió lentamente hacia el lugar donde antes se encontraba el poblado. Se sentía solo. ¿De qué le servía su poder si no podía mostrarlo a nadie? ¿De qué le servía su altivez si no podía contemplar sus efectos en el espejo de cientos de ojos fijos en él?

Erró por la negra sabana, orientándose dificultosamente por los raros indicios deformados, cuya imagen había guardado viva en su memoria.

Allí estaba el gran matorral florido desde el que había que girar a la izquierda. Sólo quedaban de él algunas ramas espinosas. Allá, el gran árbol centenario no era más que un grueso tronco ennegrecido. Pasó a unos mil metros del poblado sin reconocerlo, lo dejó atrás y llegó a la ciénaga que no era sino una cloaca grisácea en la que yacían con el vientre al aire algunos cocodrilos despedazados por los buitres.

Mató a una de esas aves rapaces con el arma de los dioses y, no encontrando nada con lo que hacer fuego, devoró cruda la carne correosa.

Hacia el atardecer halló los esqueletos de ballena y reconoció las ruinas del poblado, pero no pudo descubrir el menor indicio sobre la dirección que había seguido la tribu en su huida. La brisa había borrado las huellas dejadas en la ceniza ligera y el olor del hombre se mezclaba con el del fuego. El niño negro se durmió pesadamente sobre el suelo.

Al día siguiente dio media vuelta en aquel desierto recalentado por el Sol. Después de caminar en solitario durante horas, su corazón latió más deprisa. Acababa de descubrir en el suelo, más firme en ese lugar, la huella de un pie descalzo al que faltaba un dedo.

–Es Thoz –pensó el niño negro.

Siguió buscando y descubrió una segunda huella unos cincuenta metros más lejos. El niño negro miró en dirección Este.

–Thoz ha partido hacia las colinas de Hait –se dijo a media voz.

Marchó animosamente hacia Hait. Tardó largas horas en llegar a las primeras pendientes, donde encontró con alborozo las emanaciones humanas que impregnaban las hierbas y vio los vestigios del vivaque de la tribu. Pero la tribu había emigrado hacia el Norte.

Segunda Parte

I

Una enorme serpiente de metal descendía desde las alturas de USA y, en línea recta, atravesaba miles de kilómetros de selvas malsanas o de desiertos helados para ir a perderse en el gran lago de los monstruos.

Este tubo tenía una sección de cinco metros. En algunos sitios desaparecía enteramente bajo las arenas. Más lejos, unía como un puente las anchas cimas de dos colinas.

En los lejanos tiempos en los que el océano cubría la mayor parte de la Tierra, en los que sólo emergían los elevados macizos de USA, de Cuba, de Hait y de Euráfrica, ese tubo había sido construido por los hombres. No era más que una extraordinaria conducción de basuras. Desechos peligrosamente radiactivos eran encerrados en esferas de hormigón precintadas que, arrojadas por presión, rodaban dentro del tubo hasta llegar a los fondos marinos de seis mil metros, en medio de los monstruos de las grandes profundidades, donde reinaba una fría noche estriada de peces luminiscentes.

Desde hacía milenios las esferas se acumulaban en el fondo del mar y se recubrían poco a poco de concreciones calcáreas.

Lenta, muy lentamente, al cabo de generaciones, se produjeron cambios singulares en el aspecto del paisaje submarino circundante. Las bolas de hormigón se volvieron luminosas y la noche de los abismos dejó de existir.

Algas desconocidas, de formas extrañas, hicieron su aparición. Algunas especies animales desaparecieron de modo definitivo, ya sea aniquiladas por las radiaciones, ya sea por haberse vuelto progresivamente estériles. Sin embargo, otras especies nacieron.

II

Los seres que más se beneficiaron del nuevo ambiente fueron los pulpos negros de ojos amarillos. Sus huevos luminosos dieron origen a una progenie mutante, de una talla superior y de una inteligencia menos rudimentaria. Entre sus tentáculos se formaron cartílagos, y después numerosos huesos dieron a sus miembros una dureza y una solidez nuevas sin quitarles su anterior flexibilidad.

Más tarde, los pulpos aprendieron a agruparse y a entenderse. Pudieron comunicarse entre ellos mediante gestos complicados que expresaban aún más matices que el lenguaje sonoro de los hombres.

Cada vez con mayor frecuencia subieron a la superficie; al principio por simple curiosidad animal y afán de exploración, luego por necesidad al haberse vuelto la raza anfibia.

Cuando la Tierra se secó, un gran número de pulpos murieron. Pero los supervivientes se adaptaron a la salinidad acrecentada del gran lago, reliquia del antiguo océano Atlántico. Pudieron salir del agua y galopar por las playas con la ayuda de sus miembros flexibles de

extremidades acabadas en garras córneas casi sólidas. Se arrastraban detrás de los arbustos, se volvían casi invisibles cambiando el color de su piel según la naturaleza del terreno. Formaban grupos para cazar mamíferos, se lanzaban sobre ellos, los ahogaban con sus brazos poderosos y los despedazaban con sus picos rapaces.

Sin embargo, dos necesidades fisiológicas frenaban su ascensión en la escala de los seres: la necesidad de calor y la necesidad de agua. No podían subsistir en tiempo frío por debajo de cero grados y tenían que invernar en las profundidades del gran lago cuando se helaba su superficie. La falta de humedad les hacía sufrir aún más que a los hombres, y no podían dejar de bañarse cada tres o cuatro días si no querían perecer.

III

Desde hacía mucho tiempo, los hombres evitaban aventurarse en los parajes del gran lago salado. Circulaban entre sus espíritus nebulosos historias terribles, y sin duda deformadas por la leyenda, sobre el país de los monstruos.

Para los hombres de la tribu de Thoz el problema era sencillo. Bastaba con no franquear jamás el puerto del viento para vivir tranquilos, porque los monstruos no podían seguir a los hombres sobre las pendientes nevadas.

No obstante, los pulpos habían evolucionado aún más. El padre del padre del Viejo había tenido un día la audacia de subir hasta el puerto del viento y afirmaba que había visto a algunos monstruos galopando sobre la escarcha. Decía también que había visto innumerables fuegos encendidos por ellos y que por la noche el gran lago se iluminaba por debajo. Esta era toda la información que la tribu tenía sobre los monstruos, pues ni siquiera el Viejo, aunque dijera lo contrario, había investigado por su cuenta ni sabía más de lo que había revelado el padre de su padre.

IV

Era de noche. Los miembros de la tribu, apretados unos contra otros, dormitaban sentados en el suelo. Tiritaban de frío, pues el puerto del viento estaba cerca. Thoz andaba de un lado para otro y de vez en cuando daba pequeños saltos para calentarse.

«Los cazadores son fuertes –pensaba–. Ayer Thoz les ha guiado hasta la caza. Thoz es astuto y ha traído mucha carne. La tribu ha comido mucho. Mañana mataremos a los monstruos.»

Cuando las estrellas palidecieron, Thoz tocó con la mano el hombro de Bagh. Este se despertó.

–Que Bagh se lleve con él a dos cazadores y comience a atravesar el puerto –dijo el jefe–. Cuando haya recorrido mil pasos, Bagh imitará tres veces el balido de la gamuza y la tribu subirá tras él. Si Bagh ve a los monstruos, sólo lanzará dos veces el grito de la gamuza y esperará a Thoz.

Sin decir una palabra, Bagh cogió su honda y despertó a dos hombres. Tres sombras silenciosas se fundieron en la noche hacia el Norte. Thoz aguardó.

Al cabo de un rato, tres débiles balidos llegaron a sus oídos. Hizo levantarse a los miembros de la tribu y los separó en tres grupos. Delante colocó al grueso de los cazadores, un poco detrás a la horda de los comedores de hierbas y al fondo una pequeña retaguardia compuesta por diez hombres.

El mismo Thoz se puso en cabeza del pequeño ejército, y empezaron a ascender las primeras pendientes.

V

En fila india, la tribu avanzaba lentamente entre enormes bloques de granito rojo con las primeras luces de la mañana. Caminaba desde hacía varias horas. Los cazadores llevaban la honda en la mano y la maza colgada a la cintura.

Thoz escalaba ayudándose con su lanza en los pasos difíciles. Sujeta a la cintura por una tosca cuerda, una maza de dios balanceaba contra su cadera. El Viejo se la había dado hacía tiempo: era una enorme llave inglesa. Thoz estaba muy orgulloso de ella y no la sacaba más que en las grandes ocasiones. Su brazo musculoso, prolongado con esa extraña arma, podía partir de un golpe una caña tan gruesa como su muslo.

Con su mirada de águila inspeccionaba las alturas. Encima de él, a lo lejos, percibía de vez en cuando la silueta de los tres exploradores, tan pronto visibles sobre las pendientes cubiertas de grava, como ocultos por bosquecillos de pinos desmedrados.

Penetraron en una garganta en la que se amontonaban rocas ciclópeas. A la derecha, en la lejanía, montes cubiertos de nieve se teñían de rosa con el Sol naciente: era Hait. Un viento impetuoso silbaba una canción de muerte sobre las crestas de granito, desmelenaba a las mujeres y hacía gemir a los niños, cuyos pies sangraban. Los hombres, encorvados hacia adelante, se esforzaban por resistir a la violencia del vendaval procedente del país de los monstruos. Los árboles, de formas atormentadas, tenían las ramas vencidas hacia el mismo lado.

A la izquierda se divisaba, muy alta en medio de las nieves, una pequeña ciudad de los dioses. Por un efecto óptico debido a las nubes, parecía flotar en pleno cielo por encima del puerto. Mientras fue visible, las mujeres volvieron la cabeza hacia el otro lado o se taparon el rostro. El mismo Thoz, impresionado, sólo le dirigió un par de miradas de reojo y ordenó a la tribu que acelerara el paso.

Atravesaron después un torrente cuyas rápidas aguas presionaban las piernas de los más débiles, amenazando con arrastrarlos. Una mujer cargada con un niño se resbaló, fue llevada por la corriente un trecho, se agarró a una roca y se subió a ella, empapada, levantando los brazos al cielo y lanzando desgarradores aullidos de loba. Señalaba algo corriente abajo: el niño se le había escapado de los brazos. Varios cazadores se precipitaron de roca en roca en su busca y se detuvieron al borde de una cascada vertiginosa. Allí vieron cómo el pequeño cuerpo rebotaba varias veces para, por último, desaparecer.

Hicieron gestos de impotencia y volvieron lentamente para reunirse con la columna. La mujer continuó en cuclillas sobre la roca, desgarrándose el rostro y aullando a voz en cuello, dejando que el resto de la tribu se distanciara. Después, medio loca, se aferró al brazo de un hombre de

la retaguardia y tiró de él diciendo algo que el cazador no entendió a causa del estruendo de las aguas.

El cazador la empujó brutalmente hacia adelante, indicándole por señas que siguieran a la tribu. La mujer avanzó dando traspiés, calada por el agua del torrente y por las lágrimas, y sacudida por los sollozos que no cesaban de salir de su garganta.



VI

Por fin dominaron un vasto circo rodeado de altos acantilados rojos. Allí la tribu se reunió con los exploradores. Para descender hasta el circo tuvieron que formar dos cuerdas sólidas atando sus hondas una a continuación de otra. Agarrándose a ellas se deslizaron de terraza en terraza y llegaron abajo después de dos largas horas de esfuerzos.

El viento soplaba por encima de la hondonada, sin penetrar en ella, y Thoz tuvo una sensación de silenciosa calma después de una mañana de estrépito continuó. Apretaba el calor conforme el Sol se acercaba a su cénit. Thoz contempló a la tribu, vio en los rostros la fatiga, el agotamiento de los hombres, las ojeras moradas de las mujeres y de los niños. Dio la señal de hacer alto y clavó su lanza en el suelo.

Cerca de ellos se extendía una gran charca de agua tibia. Los miembros de la tribu se abalanzaron sobre sus orillas para lavarse el sudor y aliviar su cansancio. Se oyó un grito de júbilo.

De pie dentro de la charca, con el agua hasta la cintura, un hombre habló, brillándole la mirada de sorpresa y satisfacción.

–La charca está llena de peces. Gam los siente rozándole las piernas.

La tribu en tropel saltó al agua y la charca se desbordó. Los brazos se hundían tratando de capturar las resbaladizas presas. Peces asustados daban saltos sobre el suelo antes de ser devorados vivos. Las espinas crujían al ser trituradas por dientes ávidos. Un cazador repleto depositó a los pies de Thoz una carpa enorme. Estallaron risas de alegría. Los miembros descansados por las caricias húmedas de la charca y los estómagos saciados comunicaban a los espíritus una sensación de confianza y la tribu se sintió invencible.

–¡Thoz matará a los monstruos! –dijo un cazador.

Aclamado por la multitud, Thoz esgrimió su lanza y amenazó con ella al horizonte. Olvidada toda prudencia, las consignas de silencio y de discreción fueron barridas por un torrente de entusiasmo. Los hombres ya no tenían hambre ni frío. Se sentían numerosos. Les reconfortaba la vista de las anchas espaldas del jefe, que sobresalían por encima de las de los demás cazadores. Una danza de guerra surgió espontánea en el fondo del circo y las hondas giraron en el aire. El eco de los cantos resonaba entre las rocas de las montañas.

VII

Una cueva sombría horadaba el acantilado a poca altura. En el fondo de su guarida el oso gruñó, irritado por el alboroto que venía a turbar su sosiego. Sus negras narices se estremecieron. Pesadamente se acercó a la salida de su refugio y sacó la cabeza, se enderezó sobre sus patas traseras y tendió la nariz al viento. Luego rodeó el arbusto espinoso que le ocultaba el fondo del circo. En él vio a los hombres, vio una multitud de siluetas gesticulantes que lanzaban gritos desagradables.

El oso gruñó por segunda vez. Después se estiró y se afiló las garras en el tronco inclinado de un pino. Se sentó en el suelo y contempló con aire reflexivo a los ruidosos invasores. De mal humor sacudió su gran cabeza peluda. Los chillidos agudos de las mujeres le taladraban los tímpanos.

Pero como los hombres eran numerosos, el oso refrenó su deseo de atacar. Se dio media vuelta, descendió por una rampa de piedra y se alejó con un trote pesado.

Fue entonces cuando Thoz lo descubrió. Con un gesto autoritario hizo cesar la danza y señaló al animal que huía indolente.

–¡El oso! –gritó.

Rápidamente ordenó a los cazadores que cortaran la retirada a la fiera y, con un movimiento expresivo de la mano, apuntó al otro extremo del circo.

Disciplinada por la rápida decisión y la autoridad del jefe, la pasión de la caza impulsó a la mitad de los hombres a avanzar. Mientras una veintena de cazadores corrían para adelantar a la bestia por la derecha y cerrarle el paso, los otros formaron esparcidos en línea a la vez que cargaban febrilmente sus hondas.

Thoz, por su parte, se fue derecho hacia el oso. Este llegó en seguida delante de los ojeadores y se detuvo. Los cazadores gesticulaban, lanzaban gritos, daban patadas en el suelo, arrojando nubes de polvo a la bestia.

Indeciso, el oso se irguió sobre sus patas traseras y observó a los hombres que le cortaban el paso. A pesar de su excitación, los cazadores retrocedieron. La talla del animal era asombrosa.

Pero Thoz llegó. Al ruido sordo del galope de los pies descalzos sobre el suelo, el oso volvió la cabeza y vio a su atacante. Thoz se paró con la lanza en ristre a unos pasos del oso. En ese mismo instante, un pesado guijarro lanzado desde un lado por un cazador nervioso alcanzó al animal detrás de una oreja. El oso dejó escapar un aullido pavoroso, se puso a cuatro patas y sacudió su enorme cabeza. Después, sus ojillos rencorosos se clavaron en la figura del jefe inmóvil. Creyó que Thoz era el autor de aquel ataque pérfido y doloroso, y cargó contra él.

Thoz apoyó una rodilla en tierra y apuntó su arma. De tres zancadas el oso estuvo junto a él y se alzó, pero su impulsó se vio frenado por un dolor atroz en pleno vientre. La punta de coral de la lanza de Thoz había penetrado crujiendo en las entrañas de la bestia. Con un zarpazo el oso partió en dos el arma y Thoz rodó por el suelo. El hombre se levantó en seguida, mientras el animal, enloquecido por el dolor, giraba sobre sí mismo aullando. Hipnotizados por el espectáculo, los cazadores no se decidían a intervenir.

La honda de Thoz zumbó. La dura piedra acertó al oso en plena frente. De un salto, Thoz se echó sobre la bestia y con la maza asestó un golpe terrible en el mismo sitio.

El hombre había golpeado con todas sus fuerzas. Empinado y con el brazo en alto, había abatido la pesada arma entre los dos ojos de la fiera. Era tentar a la suerte, pues el animal todavía era peligroso y, esquivando el golpe, hubiera tenido tiempo de encarnizarse con Thoz antes de morir. Pero la imponente llave inglesa le había quebrado el hueso frontal haciendo saltar el cerebro. El oso tembló sobre sus patas y se desplomó pesadamente mordiendo el polvo a los pies del vencedor.

Inmóvil y jadeante, con la maza en la mano, Thoz parecía casi asombrado de su victoria. El silencio pesó durante algunos instantes sobre la arena. Después estalló un enorme clamor de alegría. Toda la tribu rodeó al jefe y a la bestia monstruosa. Unos cazadores acabaron de romper la caja craneana de la fiera y, de rodillas ante Thoz, le ofrecieron el cerebro caliente.

–¡Thoz ha vencido al oso!

–¡Lo ha vencido él solo!

–¡Thoz es más fuerte que el oso!

Los hombres explicaban con muchos gestos cómo Thoz había matado al oso, remedaban el combate, sacaban el pecho para representar a Thoz y aullaban para imitar a la bestia. Un niño, con los ojos agrandados por la admiración, se despegó de las piernas de su madre, tocó con un dedo la gruesa piel inerte y retrocedió en seguida como asustado por la audacia de su gesto.

Thoz, con las narices palpitándole de orgullo y las manos sangrando, terminó de comer el cerebro del oso. Tranquilo en medio de las aclamaciones de la tribu, se agachó sobre el gran cuerpo derrumbado, al que los cazadores ya comenzaban a descuartizar, y recogió la punta de su lanza. La lamió y se la tendió a Bagh, que sabía elegir bien el árbol y trabajar la madera.

–Que Bagh fabrique otra lanza para Thoz –ordenó.

VIII

Un extraño animal erraba por la montaña. A pesar de su enorme tamaño, brincaba con agilidad sirviéndose de siete miembros largos y flexibles. Un octavo miembro parecía nacer entre sus dos ojos amarillos, grandes como platos.

Unas veces el animal se asemejaba vagamente a un elefante, otras veces a una gigantesca araña, que se movía blandamente. El tinte de su piel variaba según los colores del decorado y se confundía con el follaje o con la grava. Si permanecía inmóvil, era difícil distinguir su presencia a un centenar de metros.

De repente, la bestia se dejó caer de espaldas.

Sus ojos se fijaron en un punto del tronco de un árbol. Lentamente, el tentáculo situado entre los ojos escogió un venablo de acero del raro carcaj que el monstruo llevaba debajo del vientre. La fina extremidad se enrolló en espiral alrededor del arma ligera, la blandió y se distendió como un látigo. Con brusquedad, la jabalina, animada de un movimiento de rotación que acentuaba su fuerza de penetración, enfiló hacia el árbol y con un ruido sordo clavó cruelmente contra el tronco rugoso a la pequeña ardilla roja apetecida por el monstruo.

El pulpo dejó escapar con satisfacción una nubecilla de vapor por el húmedo orificio que se abría en su costado. Después salvó de un par de saltos la cincuentena de metros que le separaban de su presa.

Recuperó el arma y se llevó el cadáver al horrible pico situado bajo el tentáculo central en forma de trompa.

Se aprestaba a continuar su caza en solitario cuando su piel se cubrió de verrugas. Esta era su manera de manifestar irritación o inquietud. Había percibido un ruido insólito en la montaña. Podía decirse que lo oía aunque fuera sordo. Las menores vibraciones anormales del suelo se transmitían a su carne fofa y atenta, que suplía así al sentido del oído. Se empinó cuan alto era sobre las puntas de sus ocho miembros. Sus ojos amarillos sobrepasaron las copas de los árboles. Como un fantasma, observó la llanura.

Después se contrajo y atravesó una prominencia del terreno a una velocidad increíble, galopando o saltando. Llegó al borde de un acantilado y vio abajo extrañas criaturas agitándose alrededor de un cadáver de oso. Se le erizó la carne. Instintivamente buscó una jabalina, dudó y renunció a atacar. Había reconocido a los hombres, esa caza selecta que le habían descrito los viejos pulpos.

Reculó despacio. Procurando no delatar su presencia, se deslizó con agilidad de roca en roca y, cada vez más deprisa, se dirigió hacia el gran lago salado, que se encontraba a varias horas de allí.

IX

Tan pronto inclinado hacia adelante como a cuatro patas, Bagh escalaba una pendiente resbaladiza; dos hombres le seguían de cerca. Detrás de ellos, las irregularidades del relieve dejaban distinguir momentáneamente a lo lejos la larga fila de la tribu guiada por Thoz. El calor era muy intenso.

Al llegar a la cumbre, Bagh se limpió con el dorso de la mano el sudor que le cegaba. Sus labios temblaron. En una depresión visible entre dos montes, centelleaba una vasta superficie: el lago de los monstruos.

Si no hubieran estado presentes sus dos compañeros, Bagh habría vuelto sobre sus pasos y habría bajado de nuevo la pendiente a todo correr. Un resto de altivez le inmovilizó. Ordenó a uno de los dos exploradores que fuera a dar cuenta a Thoz de que el lago estaba a la vista y, tranquilizando con su aparente flema al otro cazador, permaneció a la espera. ¡Tantas leyendas espantosas envolvían al lago en el halo del misterio!

Al cabo de media hora de espera, el explorador retornó portando la orden del jefe: continuar. Entonces Bagh inició raudamente la marcha arrastrando a sus dos compañeros con una fogosidad acrecentada por el temor.

Se internaron bajo la bóveda sombría de un bosque, cruzaron una meseta por la que corrían algunos conejos, siguieron descendiendo, marcharon durante horas y comenzaron a chapotear en terrenos pantanosos y malolientes.

Los árboles que crecían en medio del agua tenían formas extrañas e inquietantes. A cada paso, Bagh creía ver tentáculos en las raíces retorcidas y se le helaba la sangre. Finalmente, desembocaron en una lengua de tierra blanca que se extendía en medio de una laguna poco profunda.

Agotados, se lavaron en la laguna quitándose el barro pútrido que les cubría hasta la cabeza y se tumbaron al Sol. El más mínimo susurro del follaje de la orilla les sobresaltaba.

Un poco más tarde la tribu se reunió con ellos. Thoz contempló con preocupación la fatiga de su gente. Hincando la lanza en la arena, dio la señal de alto.

–Los cazadores necesitan descansar –dijo–. La tribu acampará aquí. El Sol está todavía muy alto, pero la tribu va a reposar sobre la arena. El gran lago de los monstruos no está lejos. Mañana los cazadores tendrán fuerzas para matar a los monstruos.

Se apostaron centinelas en las orillas de la laguna. El resto de la tribu se instaló en la península. Cada cual se hizo un lecho en la arena caliente. Unos dormían con la cabeza cubierta por una piel para protegerse del Sol abrasador. Muchos masticaban jirones de carne del oso. Se imponía tomar rígidas medidas de prudencia. Estaban en pleno país de los monstruos y Thoz prohibió hacer fuego o hablar fuerte.

Poco a poco, la luz del Sol decreció, la sombra de los árboles se alargó sobre las tranquilas aguas, teñidas por un cielo de púrpura y oro. Las aves nocturnas iniciaron sus idas y venidas agitando sus alas de terciopelo. De vez en cuando, una mano golpeaba un hombro devorado por los mosquitos. El canto de los sapos formaba a veces un estrépito atronador.

Creció la obscuridad. Inmóvil e incansable, la elevada figura de Thoz velaba sobre el sueño de la tribu. Con ojo agudo vigilaba los puntos de las orillas donde estaban apostados los centinelas, esperando un grito o una señal de alerta. De cuando en cuando recorría con pasos lentos la península, verificaba la vigilancia de los hombres que cerraban el istmo y contemplaba con recelo las sombras insólitas provocadas por el suave viento entre las ramas.

X

Bien abrigado en el lecho de arena hecho a su medida, Bagh dormía profundamente cuando el jefe le tocó en el hombro con la mano. Bagh se sobresaltó, hizo un gesto de defensa y reconoció la silueta de Thoz inclinada sobre él.

–¿Bagh ha descansado? –susurró Thoz.

El cazador salió de su agujero y se estiró haciendo crujir sus articulaciones.

–Bagh tiene un poco de frío, pero se siente fuerte –respondió.

–Está bien –dijo Thoz–. Que Bagh despierte a diez hombres y vaya a reemplazar a los cazadores que velan en la orilla.

Uno tras otro, Bagh sacó del sueño a diez cazadores. Estos siguieron a Bagh como sonámbulos, atravesaron la laguna con el agua hasta el pecho o hasta los hombros según su altura. Se perdieron entre la vegetación. Pronto Thoz vio regresar a los centinelas cuya guardia había terminado.

Bagh situó a sus hombres y él mismo se arrastró debajo de un matorral, empuñando la lanza y escudriñando la obscuridad de la noche. Al cabo de algunos minutos, sintió en su cuerpo medio desnudo una multitud de contactos desagradables. Diminutos insectos, larvas, gusanos y sapos le corrían por el torso y por las piernas. Se esforzó por moverse lo menos posible, contentándose con espantar de vez en cuando de un manotazo algún bichejo que le hacía cosquillas en la frente o en las mejillas. Un contacto más nítido y más frío sobre el muslo le produjo un intenso deseo de saltar fuera del matorral. Una delgada serpiente buscaba el calor del hombre.

Lentamente, Bagh retrocedió. Su carne huía con repulsión de la carne del reptil. Ignoraba si la serpiente era peligrosa, por lo que tomaba precauciones para no irritarla.

A fuerza de paciencia logró separarse unos centímetros del animal. Entonces se precipitó fuera del matorral hiriéndose con sus espinas. Después divisó en las proximidades un árbol

nudoso y trepó fácilmente por su tronco. Subió lo más alto que pudo, lejos de todo lo que hormiguea, repta, o se desliza, lejos de las bestias húmedas o viscosas. Se instaló a horcajadas sobre una rama y volvió a montar la guardia.

Desde su observatorio tenía una amplia vista; el azar le había llevado delante de una zona más clara, de menor densidad de arbolado. Distinguía a la perfección una red de lagunas que brillaba bajo las estrellas. Más lejos, la vegetación cedía terreno progresivamente a los pantanos. Una ligera bruma difuminaba los contornos inquietantes de los troncos retorcidos y de las raíces sobresalientes, fundiendo poco a poco el conjunto en la misma tonalidad azulada.

Bagh imaginó tembloroso que veía el gran lago muy cerca. Trepó un poco más arriba para ampliar su campo de observación. Lo que vio reforzó su impresión. El bosque se acababa a unos mil codos. Más allá sólo había densas brumas que ocultaban probablemente inmensas salinas y agua, agua hasta el infinito. Era el gran lago.

Clavó su mirada en un punto en que la bruma parecía más espesa. Tenía la impresión de que cambiaba de color, de que se tornaba cada vez más obscura. Después creyó distinguir una masa enorme. Volvió con lentitud la cabeza, cerró los ojos y esperó algunos segundos.

Cuando miró de nuevo, ya no le cabía ninguna duda. Algo se acercaba. Algo que le inmovilizó contra el tronco del árbol e hizo que le latieran las sienes. Su mirada se veló. Como en sueños veía ahora dos, tres masas semejantes, que avanzaban lentamente hacia el bosque. Luego distinguió dos grandes ojos amarillos y luminiscentes. Un movimiento rápido a la derecha le hizo girar la cabeza: una fila de monstruos galopaba en silencio para rodear el campamento.

A la izquierda, otras siluetas emergían de la bruma. Bagh quiso gritar, pero un nudo en la garganta le impidió emitir ningún sonido. Bajó del árbol lo más rápidamente que pudo y, arrojándose al agua, fue al encuentro de Thoz.

–¡Los monstruos! –murmuró con esfuerzo–. Los monstruos llegan por todas partes, por allí, por allí y por allí.

Con el dedo apuntó sucesivamente al Norte, al Este y al Sur.

–¿Son grandes los monstruos? –preguntó Thoz.

Bagh hizo un gesto expresivo. Su mano describió una amplia curva en el aire. Thoz se llevó los dedos a la boca y lanzó un silbido suave y modulado. En seguida los centinelas se replegaron hacia la península. Sus cabezas parecían puntitos negros salpicando el agua espejeante.

Despertados en silencio por la mano del jefe, todos los cazadores se colocaron en círculo sobre el contorno de la lengua de tierra, con la honda en la mano. De repente, una mujer se dio la vuelta en medio del sueño: una piedra situada debajo de ella le había lastimado la cadera. Abrió los ojos y percibió la formación defensiva de los hombres. Se sentó, escrutó la orilla, levantó lentamente la vista hacia los árboles y abrió una boca enorme. Un grito atroz se escapó de su garganta. Acababa de divisar una cabeza gigantesca que sobresalía por encima de las copas de los árboles, una cúpula obscura perforada por dos ojos alucinantes.

El grito desgarró los nervios de todos. Las mujeres se apiñaron unas contra otras en el centro de la península, con la chiquillería chillando. Thoz hizo girar su honda, pero la piedra lanzada sólo encontró el vacío. La terrorífica aparición se había eclipsado.

De pronto, un ruido de ramas rotas y de árboles derribados resonó en todo el bosque, mezclado con resoplidos roncos y sordos chapoteos. Los gritos de las mujeres alteraron la sangre fría de los cazadores. Thoz las mandó callar con un gesto amenazador.

–Que las mujeres se escondan lo más posible en la arena –ordenó– y que mantengan el rostro vuelto hacia el suelo; que nos dejen combatir.

Sus palabras restablecieron la calma. Un árbol osciló y se derrumbó en la laguna levantando chorros de agua. Un monstruo apareció en la orilla. La noche difuminaba sus contornos macizos y enmascaraba su aspecto. Sólo los ojos eran claramente visibles.

Thoz hizo zumbar su honda. Se oyó un ruido seco y blando: un ojo del monstruo desapareció. El monstruo lanzó un resuello tan sonoro que pareció un alarido. Otras piedras le alcanzaron por todas parles y rebotaron en su carne.

Movida por el instinto de conservación más que por el deseo de atacar, la bestia saltó al agua de la laguna. Una fuerte ola se propagó hasta el istmo e inundó a los cazadores. Pero la profundidad del agua no era suficiente para ocultar a la bestia de la vista de sus enemigos. Esta dio marcha atrás y salió de la laguna haciendo un horroroso ruido de succión bajo una granizada de piedras.

Otros pulpos gigantes hicieron su aparición. Uno de ellos agitó en el aire un tentáculo: un cazador cayó al suelo con la garganta atravesada por un delgado venablo metálico.

–Apuntad a los ojos –aulló Thoz en medio del tumulto.

Los hombres redoblaron su ardor. Un pulpo avanzaba por el agua y se encontraba a media distancia de la península. Pero su avance se veía obstaculizado por el cieno del fondo en el que su peso le hacía hundirse. No podía nadar en tan poca cantidad de agua ni podía correr sobre el fondo demasiado viscoso. Blandió una jabalina al tiempo que la lanza de Thoz silbaba y fue a clavarse en un ojo del monstruo. Este se irguió exhalando un humo negro que se extendió en unos instantes por toda la laguna, provocando en los hombres una tos violenta.

Entre accesos de tos, Thoz ametrallaba las orillas nal azar, pues no se veía nada. Cada uno se sentía solo en medio de una noche total, ignorando si los otros continuaban combatiendo.

Después de un ataque de tos dolorosa, Thoz comenzó a distinguir alrededor de él las sombras de sus hombres. La nube opaca se fue disipando poco a poco. Thoz arrojó aún algunas piedras hacia el bosque. Pero los monstruos se habían retirado.



El agua desierta golpeaba blandamente las orillas. Ya sólo se oían algunas toses espaciadas. Dos hombres habían muerto y otro estaba herido en el hombro. El cielo se empalidecía con las primeras luces de un alba trágica.

XI

Thoz ordenó enterrar a los muertos. Los cazadores, con gestos cansados, obedecieron. Thoz sintió el derrumbamiento de la moral de la tribu. Había llegado el momento de pronunciar palabras de ánimo.

–Hemos vencido a los monstruos –dijo Thoz–. Los monstruos han huido. Los cazadores han combatido muy bien. Los monstruos nos han atacado en medio de la noche. No sabíamos que iban a hacerlo; si no, habríamos hecho fuego para combatir viendo con claridad. Pero los mataremos. No podrán lanzarnos puntas de muerte porque vamos a plantar en la arena estacas de madera para protegernos.

Encargó a unos cuantos hombres que talaran árboles. Los hombres atravesaron la laguna y se perdieron en el bosque. Al cabo de un instante, un gran grito llegó a oídos de los que se habían quedado en la península, seguido de un concierto de exclamaciones. Un cazador apareció en la orilla e hizo grandes gestos. Haciendo bocina con las manos alrededor de la boca gritó:

–¡Thoz ha matado a un monstruo! El monstruo está ahí, muerto, en medio del bosque.

Thoz se echó al agua y nadando alcanzó rápidamente la orilla, acompañado de otros hombres. Se internó en la arboleda, guiado por el cazador que había anunciado la noticia. A unos centenares de metros, rodeada de hombres entusiasmados, una masa enorme yacía en el suelo esponjoso, con los tentáculos en desorden a su alrededor.

A la llegada del jefe, todos se apartaron. Thoz se acercó al cadáver, empujó con un pie la masa pesada y blanda y vio la lanza que creía perdida clavada hasta el mango en un ojo de la bestia muerta. Se subió sobre el cadáver resbaladizo y tuvo que afianzarse para retirar su arma de la herida. Luego la esgrimió.

–Mirad –dijo–. Thoz ha matado al monstruo. Y matará a más monstruos si los cazadores le siguen y le obedecen.

Señaló los tentáculos.

–Que los cazadores corten las patas del monstruo para dar de comer a la tribu.

XII

El niño negro se detuvo delante del esqueleto del oso. Con la punta de su arma removió los restos de huesos rotos.

«La tribu se ha comido al oso –pensó–. Los cazadores han chupado la médula de los huesos.»

Dio vueltas durante algún tiempo hasta que finalmente encontró un lugar donde las huellas de pies descalzos se reunían todas en la misma dirección. El niño negro se internó por un desfiladero que ascendía en suave pendiente entre rocas enormes.

Llegó a la cima de una colina y recorrió con la mirada el panorama. Alrededor de él no había más que valles encajonados por los que corrían torrentes, laderas rocosas, pinos encaramados sobre collados rojizos, bosques que escalaban montañas.

El niño negro sintió dentro de él algo qué no sabía definir: una especie de dilatación moral de todo su ser. Él estaba allí, solo bajo el cielo, empuñando el arma invencible, el arma de los dioses. Él reinaba sobre el Mundo, no temía a los peligros ni al hambre. Y él seguía a la tribu. Pronto se encontraría romo triunfador en medio de los suyos. Thoz doblaría la rodilla ante él. Los demás niños le mirarían con miedo y con envidia. Nadie se atrevería nunca más a tirarle piedras. Él era el niño negro y era al mismo tiempo el Viejo, porque había comido su cerebro. Era también todos los grandes cazadores desaparecidos cuyas vértebras llevaba en el collar.

El niño negro había cambiado en aquellos pocos días. Su cuerpo bien alimentado mostraba unos hermosos hombros redondeados y unas formas llenas y flexibles. El niño negro parecía una bella estatua de ébano, con la mirada intrépida y la risa clara. Una bella estatua de ébano negro y pulido que se estiró al Sol sobre la cumbre de la colina que dominaba los valles. En señal de alegría, el niño negro descargó su arma brillante hacia el cielo.

Luego saltó con viveza de su pedestal y descendió por la ladera opuesta lanzando exclamaciones moduladas que parecían un canto rudimentario.

–¡El niño negro es fuerte! –gritaba.

Y se divertía oyendo al eco repetir: «... es fuerte, ... es fuerte».

–Los dioses le han dado el palo brillante.

Seguía la enumeración de todo lo que había hecho el niño negro.

–El niño negro ha matado al jaguar. El niño negro ha abatido al gran árbol. Ha matado al buitre, ha comido al buitre. El niño negro ya nunca tendrá hambre...

Y el eco prolongaba cada frase de estas extrañas letanías.

El niño negro llegó a la orilla de un torrente y se tumbó boca abajo para beber el agua sana de la montaña. Cada trago le daba la impresión de que bebía una lámina de metal, de helada que estaba el agua. Dejó su arma y sus pieles sobre la orilla y se bañó en una especie de estanque natural donde el agua se remansaba.

Cuando terminó sus alegres abluciones, empezó a nadar para volver a la orilla. Pero no concluyó su movimiento. Un oso gigantesco, hermano por el tamaño del que había matado Thoz y al que el niño negro no había sentido acercarse a causa del ruido de las aguas, calmaba su sed. El niño negro veía su lengua roja bebiendo en el remanso.

El oso se lamió el morro, resopló y se frotó las narices móviles con sus gruesas patas, echando al niño negro breves miradas distraídas. Luego la bestia dio vueltas alrededor de las pieles y del arma de los dioses y olfateó el rosario de vértebras en toda su longitud. Esto desagradó tanto al niño que olvidó su miedo y lanzó agua al animal gritándole:

–Que el oso deje el rosario y el palo brillante. Los dioses se los han dado al niño negro.

Con la palma de la mano batió la superficie del remanso. El oso recibió en la frente varias gotas y se sacudió gruñendo. Después retrocedió a una distancia conveniente para no ser duchado y se sentó en el suelo. El niño avanzó prudentemente hacia la orilla. Pero en cuanto llegó a unos metros de ésta, el oso se plantó en dos zancadas en el sitio por donde el niño quería salir del agua. El niño se echó hacia atrás y volvió a arrojar agua e invectivas al animal.

Irritada, la bestia se puso a andar de un lado a otro sin apartarse de la ropa del niño. De vez en cuando volvía la cabeza para mirarle y le enseñaba los dientes. O bien hacía como si fuera a meterse en el agua, pero renunciaba a ello tan pronto como sus patas se mojaban.

–Al oso no le gusta el agua fría –dijo el niño riéndose despectivamente–. Y, sin embargo, tiene una piel que le abriga. Cuando el niño negro recupere el palo brillante, matará al oso y le arrancará la piel.

Pero al niño negro le castañeteaban los dientes. Su baño forzado se prolongaba. Decidió salir del agua y, como una de las orillas le estaba prohibida por la presencia de la fiera, se arrojó en medio de la corriente y se dejó llevar por ella hasta que alcanzó la otra orilla unos treinta metros río abajo.

Cuando estuvo en tierra comprobó que el animal le había seguido por la orilla contraria y se encontraba enfrente de él. El niño bordeó el torrente hasta situarse frente al lugar donde había dejado su ropa y sus objetos, de nuevo vigilados por el oso. Allí estaba todo su poder, toda su defensa, a una decena de metros tan sólo, pero inaccesible por el momento.

Se exasperó y tiró piedras al oso, sin pensar que así aumentaba el encono del animal y disminuía las posibilidades de que éste abandonara la guardia. En efecto, el oso incrementó sus demostraciones de hostilidad. Hacía como si fuera a atacar, daba pequeños saltos, se levantaba sobre sus patas traseras y manoteaba en el aire de una forma que en otras circunstancias hubiera resultado cómica.

–Cuando el oso tenga hambre –pensó el niño–, se irá en busca de alimento y se alejará del palo brillante y del rosario de vértebras.

Se tendió en el suelo a esperar pacientemente. El oso se calmó poco a poco e hizo otro tanto. Al cabo de una hora, el niño negro se estiró bostezando. Su enemigo tenía la cabeza reclinada entre las patas y parecía dormir, pero el niño no se fiaba de él. Distinguía muy bien las pequeñas pupilas vigilantes bajo los párpados medio cerrados.

El niño negro miró a su alrededor, sus ojos remontaron el torrente río arriba y su frente se arrugó bajo el esfuerzo de la reflexión. Al cabo de un instante se puso en pie y echó a andar por la orilla en dirección contraria a la corriente. Como había previsto, el oso le dejó sacar alguna ventaja, después se levantó perezosamente y le siguió por la otra orilla.

El niño recorrió aún unos doscientos metros y de repente se zambulló en las aguas tumultuosas. Ayudado por la fuerza de la corriente, nadó lo más deprisa que pudo. El oso, sorprendido en un principio, trotó detrás del niño, pero éste pronto se distanció del animal. El niño negro volvió la cabeza hacia atrás para calcular la velocidad de su perseguidor. Al no mirar por dónde iba nadando, se hirió cruelmente un hombro contra una roca y, paralizado por el dolor, se dejó arrastrar al azar. La suerte favorable le llevó a las aguas tranquilas del remanso, donde se rehízo a tiempo para ver llegar al oso a unos cincuenta metros.

El niño hizo un esfuerzo desmesurado para alcanzar el arma antes de que llegara su enemigo. Entorpecido por el brazo inválido, nadó hacia la orilla y saltó a tierra una fracción de segundo antes de la acometida del oso. El niño agarró el arma y disparó cuando ya sentía en su rostro el aliento de la bestia. Esta hizo una cabriola hacia atrás y rodó sobre un costado por el suelo. Tenía dos patas medio quemadas. Sus aullidos espantosos llenaron los valles.

XIII

La península arenosa quedó completamente cercada por una doble barrera de estacas puntiagudas, reforzada por nudos de sólidas lianas. En la gran hoguera encendida en medio del campamento chisporroteaban trozos de tentáculos gruesos como torsos humanos. La carne, de un gusto nuevo, no desagradó a los cazadores.

Thoz se alegró de ver renacer el buen humor de la tribu. Comprendía que la moral de los suyos dependía de una alimentación suficiente y de una victoria prestigiosa de vez en cuando, sin demasiadas pérdidas de hombres.

Jamás había librado una batalla tan pavorosa como la de la noche anterior. Si los cazadores no se hubieran instalado en la península, ciertamente habrían sido aplastados todos. Pero el combate había concluido con la huida de los monstruos. Esto había infundido en los cazadores una confianza que se había visto reforzada por el descubrimiento del pulpo muerto. Ahora sabían con qué clase de adversario se enfrentaban. El enemigo era poderoso, pero conocían sus recursos y sus medios de combate, así como también algunas de sus debilidades.

Los pulpos podían derribar árboles de un empujón. Eran capaces de tumbar a una decena de hombres con un golpe de tentáculo. Lanzaban a gran distancia puntas de muerte. Pero si su piel blanda absorbía sin daño el choque de las piedras, sus ojos constituían blancos relativamente fáciles gracias a su tamaño y a su luminiscencia. Los terrenos esponjosos aminoraban su carrera.

Thoz rumiaba en silencio todo lo que la horrible noche le había enseñado. En su torpe cerebro trazaba penosamente planes de batalla. Se exaltaba con imágenes gloriosas y veía difundirse en torno suyo el terror del enemigo. Una sola cosa le desconcertaba e inquietaba: el humo negro vomitado por el monstruo que había sido herido de muerte. Contra esto no encontraba defensa alguna. De los hechos dedujo que ese fenómeno había molestado también a los monstruos, puesto que habían desaparecido. Así, pues, en caso de combate, habría que matar con la mayor rapidez posible a un pulpo para hacer huir a los otros. Y un pulpo muerto significaba carne para varios días.

Thoz hizo saltar en su mano las dos jabalinas metálicas lanzadas por los monstruos. Arrojó una contra el suelo, tratando de clavarla en la arena. Probó varias veces antes de lograrlo. Después apuntó a un árbol situado a unos diez metros al otro lado del istmo. El arma fue derecha a hincarse en la dura madera. Entusiasmado, Thoz practicó durante una buena parte del día y después obligó a Bagh y a otros cazadores de entre los mejor dotados a hacer lo mismo. Cuando las primeras estrellas tachonaron el cielo aún pálido, Thoz declaró:

–Guardaremos las puntas de muerte que nos lancen los monstruos y nos serviremos de ellas para atacarlos.

Un débil grito atrajo la atención de todos. Una mujer se señaló con un dedo el vientre, mientras abría desmesuradamente los ojos a causa de la sorpresa. Sé hizo un pesado silencio. Boquiabiertos y estupefactos, todos miraron con fijeza a la mujer, sin proferir sonido alguno. Un halo luminoso nimbaba los contornos del estómago y de los intestinos de la mujer.

Esta se pasó febrilmente las manos, como dos negras sombras, por la piel del abdomen en un intento de apagar el inquietante resplandor. El espanto la hizo sollozar. Sentada en el suelo, dirigió a Thoz, que se había acercado a ella, una mirada suplicante buscando ayuda o explicación.

–¿La carne del monstruo quema el vientre de la mujer? –preguntó Thoz con calma.

La mujer dijo que no con un movimiento de la cabeza y se pasó la lengua por los labios. Después se fijó en el torso del jefe y su estupefacción horrorizada pareció acrecentarse. Thoz bajó la mirada para ver su propio vientre: el extraño fuego lo iluminaba también. Podía apreciar a través de la piel el embrollado dibujo de sus entrañas.

Uno tras otro, los cazadores y las mujeres inclinaron la cabeza para mirarse el vientre y, sobresaltados, no daban crédito a sus ojos. Una mujer que estaba cerca de Thoz iba a chillar, pero Thoz le tapó enérgicamente la boca con su poderosa mano. Se apresuró a decir algo para dominar el pánico que sentía cundir en su gente.

–Los monstruos tienen la fuerza del fuego –dijo convenciéndose a sí mismo a medida que hablaba–. Están llenos de fuego. Escupen humo. Y ahora que los cazadores han comido la carne de un monstruo, también ellos están llenos de fuego. Pero este fuego no les quema. Si les quemara, los cazadores ya estarían muertos. Este fuego les va a hacer más fuertes que antes. Y cuantos más monstruos coman los cazadores, más fuertes serán.

Se señaló el vientre.

–Este fuego vuelve a Thoz más fuerte –afirmó.

Se agachó, tomó un fuerte garrote que estaba tirado en el suelo y lo rompió de un golpe contra su muslo levantado. Arrojó lejos los dos pedazos y cojeó ligeramente, pues se había hecho mucho daño.

–Esa porra era muy gruesa –continuó–. Ayer Thoz no habría podido partirla. Hoy ha podido. ¡Porque ha comido la carne de fuego!

Un hombre se puso en pie e hizo girar su honda; la piedra salió silbando hacia el cielo. Al cabo de un tiempo, que a todos pareció muy largo, se oyó el ruido de la piedra al caer en la laguna.

–Treb ha lanzado una piedra por encima de las estrellas –dijo el hombre–. La piedra ha tardado mucho tiempo en caer. Treb es más fuerte después de haber comido la carne del monstruo.

La atmósfera de catástrofe se trocó en entusiasmo. Todos ensayaban proezas corporales.

Bagh daba saltos más largos que ayer. Era verdad, todo el Mundo podía comprobarlo: saltaba como un jaguar. Gam notaba que sus músculos se habían endurecido y se los dejaba palpar a los demás; los demás no podían negar que Gam tenía los músculos duros como rocas.

Así crecía la fe de la tribu en su fuerza, en su invulnerabilidad. Así renacía la confianza porque Thoz había hallado las palabras precisas para convencer a aquellos espíritus simples, palabras con las que él era el primero en engañarse.

Cuando los cazadores se cansaron de probar sus nuevas fuerzas, su atención volvió a centrarse en la luz azulada que emanaba de sus entrañas, más viva a medida que caía la noche. Se reían al verla, jugaban a ocultarla, a descubrirla después de repente, o bien formaban rejas sombrías y figuras extrañas con los dedos.

El segundo ataque de los monstruos les sorprendió en medio de sus juegos. Una granizada de jabalinas se abatió sobre el campamento. Golpeado en plena frente, un cazador giró sobre sí mismo y fue a caer junto a una mujer que se retorcía en el suelo. Una punta silbante desgarró el muslo a Thoz, que rugió una orden.

Todo el Mundo corrió a refugiarse en el recinto de estacas. Los cazadores acribillaron con sus piedras el bosque en el que se escondía el enemigo invisible. Juzgando inútiles sus esfuerzos, Thoz ordenó a los cazadores que pararan. Con la punta de su lanza, permaneciendo a cubierto, arrastró hacia él las jabalinas que cubrían la arena. Pronto todos le imitaron. En poco tiempo, cada cazador dispuso de unas diez jabalinas. Thoz descubrió junto a él un gran montón de lianas resecas por el Sol ardiente del día. Eran las lianas que habían sobrado después de consolidar la muralla.

–Que todos hagan como Thoz –gritó haciendo señas a Bagh para que prendiera fuego.

Ató alrededor de una jabalina un rodete de liana seca, lo acercó al fuego, y después lanzó la antorcha hacia los árboles. En seguida, una nube de pájaros de fuego arrojados por los cazadores voló en dirección al bosque.

XIV

El oso estaba tendido sobre un costado en la orilla del torrente. El niño negro, en pie delante de él, dijo:

–El oso ha sido vencido por el fuego del palo brillante. Ha sido vencido por el niño negro.

Se echó a reír y añadió:

–El oso no puede andar, el niño negro podría rematarlo si quisiera.

Descargó un chorro de fuego al aire, y el terror hizo dar al oso un penoso salto hacia atrás. La bestia volvió a caer pesadamente y gimió. Se lamió las patas heridas resollando de dolor, con los ojos medio cerrados y el morro babeando.

–El oso tiene sed –dijo el niño–. El niño negro le va a dar agua.

Buscó a su alrededor y en seguida encontró una concha del tamaño de un plato. La llenó de agua en el torrente y prudentemente la empujó con el extremo de su arma hasta colocarla debajo de la nariz del oso. El animal bebió con ruidosas lengüetadas y lamió durante un buen rato el recipiente vacío.

–El oso tiene mucha sed –observó el niño.

Atrajo hacia sí la concha y volvió a llenarla de agua. El oso la vació otras tres veces seguidas y de nuevo se puso a lamerse sus heridas. El niño negro se sentó y habló en tono amistoso a la bestia, que le inspiraba una cierta compasión.

–El niño negro podría rematar al oso –dijo–. Pero le ha dado de beber. Y, sin embargo, el oso ha querido matarle. El oso no sabía que el niño es amigo de los dioses. El niño ha comido el cerebro del Viejo.

Se calló y miró con fijeza al oso. El niño y la bestia permanecieron así un buen rato mirándose a los ojos.

–¿Quizá el oso tiene también hambre? –preguntó dulcemente el niño.

El oso gimió. El niño divisó a cierta distancia un árbol, en una de cuyas ramas zumbaba un enjambre de abejas. Apuntó al árbol con su arma y lo derribó. Después quemó el enjambre desde lejos. Tuvo que repetir la operación varias veces, pues siempre quedaban insectos enloquecidos revoloteando alrededor de la colmena.

Por último, el niño se atrevió a acercarse al árbol y hendió la gruesa rama con un chorro de fuego. Una abeja superviviente le picó en el brazo. Se puso de cuclillas y se apoderó con las manos de los viscosos panales de miel. Los empujó hacia el oso y tuvo la satisfacción de ver que el animal aceptaba su regalo. El oso masticó despacio la cera con sabor a azúcar y a flor que se le pegaba a los dientes.

Sentado frente a él, el niño se atracó también de miel, sin dejar de hablar al oso, que parecía habituarse a su presencia. El niño sintió que poco a poco nacía en él una especie de afecto hacia aquel ser al que había perdonado la vida.

–¿Qué haría el oso si el niño negro no estuviera aquí? –decía–. Con las patas quemadas no podría beber ni cazar.

Se le ocurrió imitar lo que hacía el Viejo cuando curaba las heridas con plantas. Arrancó algunos manojos de menta silvestre y los machacó en la gran concha mezclándolos con un poco de agua. Después, rodeando con circunspección al enorme animal impotente, aplicó con dulzura el emplasto así obtenido sobre la herida de la pata trasera.

Tuvo luego el valor de repetir su gesto en la pata delantera, aunque la bestia habría podido triturarle un miembro de un mordisco. Pero el oso, con los ojos medio cerrados, no se movió. Entonces el niño le acarició levemente la frente. El oso emitió un ligero gruñido. El niño retiró la mano y volvió a empezar. El oso gruñó con menor fuerza que la primera vez. Al cabo de unos momentos suspiró de gusto bajo la caricia, nueva para él, de una mano humana y metió su cabezota bajo la axila del niño, que reía encantado.

Cuando cayó la tarde, el niño y el animal dormían uno al lado del otro junto a una hoguera. El murmullo del viento, el susurro de las aguas y los crujidos de las llamas acunaron su sueño.

XV

A los dos días, el oso podía andar cojeando, animado por el niño, que le daba de comer miel y peces. Al quinto día casi se valía del todo y seguía al niño a todas partes. Este no se decidía a separarse de su amigo. Al fin se decidió y le dijo a la bestia al oído:

–El niño negro tiene que encontrar a la tribu. Va a despedirse del oso. El oso ya está curado y puede cazar solo. Ya no necesita al niño negro.

Y el niño, después de hacer al oso una última caricia, se fue hacia el Norte. La bestia le dejó tomar alguna delantera y luego trotó pesadamente tras los talones de su dueño.

Hacia el mediodía, se detuvieron en la hondonada de un valle seco, comieron un poco de carne de una cabra salvaje que el niño había matado y se echaron a dormir a la sombra de una gran roca. Así dejaron pasar las horas de más calor.

Cuando el niño se despertó, se montó por juego sobre el cuello del oso. Este al principio se sorprendió y sacudió la cabeza. Después se puso en pie y olfateó extrañado las piernecillas musculosas que colgaban a los dos lados de su cuello. Por último dio unos pasos al Sol, con gran alegría del niño, que le acariciaba las orejas. Al final del día, el juego se había repetido muchas veces, la bestia estaba acostumbrada a servir de montura al niño y éste se aprovechaba de ello cada vez que se sentía fatigado o cuando el suelo rocoso le lastimaba los pies.

Siguiendo las huellas de la tribu, penetraron en el gran bosque de suelo fangoso y chapotearon en el lodo nauseabundo de las ciénagas. Asqueado, el oso avanzaba agarrándose con sus garras a las enormes raíces tortuosas y el niño le imitó en seguida. El avance era así más lento, pero menos agotador.

Cuando se hizo de noche, buscaron un lugar relativamente seco y el niño encendió fuego. Durmieron bajo la lluvia tibia y desagradable que caía sin cesar de las hojas formando una bóveda húmeda entre ellos y las estrellas.

A la mañana siguiente reemprendieron su marcha extenuante en medio de la bruma portadora de miasmas y de olor a podrido. Calmaron su sed en una laguna límpida y saltaron de raíz en raíz, deslizándose, arrastrándose, aferrándose a los nudos de madera. De vez en cuando, el niño descubría rastros del paso de los hombres. Allí una huella de pie desnudo se recortaba claramente sobre los líquenes húmedos; más lejos, una mano fangosa, al apoyarse en el tronco de un árbol, había dejado el dibujo nítido de sus cinco dedos.

De pronto, el oso gruñó. El niño le tranquilizó con una caricia y continuó su marcha, pero el animal le seguía con reticencia. Llegaron a la península arenosa en la que los cazadores habían combatido contra los monstruos.

La niebla había levantado. La tranquila laguna reflejaba las formas y los colores del bosque. En medio de la península, un amplio círculo carbonizado indicaba el lugar donde los hombres habían encendido fuego. Pieles abandonadas, así como hondas y mazas, cubrían el suelo aquí y allá.

El niño negro divisó la lanza de Thoz. Su punta de coral estaba rota. Osamentas extrañas, como vértebras de peces enormes, sembraban el campamento devastado. La cerca de estacas estaba derrumbada en varios sitios. En las orillas, algunos árboles habían sido arrancados de raíz por fuerzas desconocidas. Las caricias del niño no conseguían calmar los gruñidos del oso, que husmeaba el suelo de mal humor, mientras su grueso pelaje se estremecía convulsivamente.



El niño se dirigió a la orilla y examinó los árboles derribados. Las gigantescas raíces habían levantado muros de tierra arcillosa donde bullían blandos gusanos, larvas e insectos reptantes. A la izquierda, un zumbido continuo llamó la atención al niño.

Seguido de su compañero, el niño fue en dirección hacia el ruido y le hirió el olfato un espantoso olor a descomposición. Una enorme masa negruzca yacía entre los árboles, rodeada de miles de moscas. Una araña gigantesca de largas y blandas patas se pudría en la humedad del bosque. Tenía algunas patas cortadas, y las restantes se extendían en forma de estrella alrededor del gran cuerpo gelatinoso.

El niño retrocedió y se alejó hacia el Norte, entre arbustos espinosos que substituían poco a poco a los árboles. El suelo era más seco y más sano, la arcilla y el barro cedían lugar progresivamente a la arena y a los restos de conchas. Altas hierbas puntiagudas formaban islas de verdor en medio de las dunas. El niño seguía unas huellas extrañas.

La arena estaba pisoteada por miembros largos y flexibles. Diríase que por allí habían pasado innumerables serpientes. ¡Ni una sola huella humana! El oso no cesaba de gruñir. De repente, al dar la vuelta a una duna, el niño se aplastó contra el suelo y puso una mano sobre la cabeza del oso, que enseñaba los dientes.

Un poco más abajo un monstruo descansaba al Sol: extendía con voluptuosidad sus tentáculos en la arena y se echaba nubecillas de polvo sobre la espalda. Después se levantó, se estiró todo lo alto que era y se sacudió. Su carne fofa se tambaleó. Un ronco suspiro se escapó de su raja respiratoria.

En ese mismo momento vio al oso y a su dueño y se quedó inmóvil como una roca, con sus ojazos amarillos clavados en el enemigo. Su horrible pico rechinó de cólera. Un largo miembro se replegó con suavidad y lanzó un venablo. Ante la amenaza, el niño disparó, barriendo el espacio con su arma. Una lengua de fuego azotó al monstruo, que vomitó un torrente de líquido negro y viscoso por una gran herida. La bestia se desplomó como un balón desinflado, produciendo horribles gorgoteos. Una nube lechosa veló su mirada.

–El niño negro ha matado al monstruo –dijo en voz baja el vencedor.

Pero todavía temblaba de miedo. Inmóvil, el oso no había dejado de gruñir. El niño se acercó al cadáver, tocó con un pie la extremidad de un tentáculo, que se contrajo. Un nuevo chorro de fuego hendió en dos el viscoso cráneo. El niño subió arrastrándose a un hombro del monstruo y le mordió el cerebro helado.

El oso olfateó largamente un tentáculo y al fin se decidió a hincarle los dientes.

XVI

Un sueño horrible torturaba a Thoz. Pájaros de fuego cruzaban la negra bóveda del cielo. Pero esa bóveda inmensa era al mismo tiempo su cráneo. Su dolorida cabeza había adquirido las dimensiones de la vasta noche claveteada de estrellas. El paso de los pájaros de fuego le producía dolores fulgurantes. El combate hacía estragos entre los monstruos. Todo el Mundo, incluido el mismo Thoz, se agitaba dentro de su cráneo, que era a la vez el Mundo. Thoz era al mismo tiempo el hombre actor y la Naturaleza espectadora indiferente.

Los cazadores caían. Los monstruos aullaban sacudiéndose de las espaldas las banderillas inflamadas. La laguna reflejaba siniestros resplandores. Thoz se veía a sí mismo asestando un mazazo sobre un tentáculo que se introducía subrepticiamente entre las estacas de la muralla. Vio a una mujer levantada en vilo y jadeando contra un árbol. Después, una obscura nube le nubló la vista y le irritó la garganta. Arrojó con todas sus fuerzas la lanza contra la fosforescencia del ojo de un monstruo. Un golpe violento en una sien le hizo perder el equilibrio. Su boca se llenó de arena...

Thoz gemía en sueño y sus gemidos le despertaron. Masticó la fina grava, que crujió entre sus dientes, abrió los ojos y quiso incorporarse. Pero sólidas ataduras trababan sus miembros.

Consiguió rodar y quedar tendido de espaldas. Cerró los ojos bajo el ardiente Sol. Después de varios intentos, sus pupilas se acostumbraron a aquella intensa luz. Miró a su alrededor. Tirados en la playa como sacos, sus compañeros yacían en torno a él. Sus ojos se encontraron con los de Bagh.

–¿Dónde está el bosque? ¿Dónde está la muralla? –preguntó Thoz con voz débil.

Bagh se pasó la lengua sobre los labios resecos.

–El bosque está a dos mil pasos de aquí –dijo–. Los monstruos han traído a los cazadores al Norte del gran lago salado.

Con un movimiento de cabeza, Bagh señaló la inmensa superficie de aguas azules. Pequeñas olas lamían dulcemente la arena ardiente de la playa. Thoz logró sentarse y sus ojos brillaron de cólera.

–Thoz cortará sus ligaduras –dijo con voz ronca–. Thoz liberará a los cazadores y matará a los monstruos.

Bagh no respondió. Se tendió en la arena como si fuera a dormir. Y Thoz sintió que Bagh no le creía.

El jefe volvió la cabeza a uno y otro lado. Un centenar de cuerpos atados estaban diseminados por el suelo. Medio sumergidos en el agua, dos grandes pulpos inmóviles parecían dormitar. Las lentas olas se remansaban con suavidad alrededor de sus cinturas como si bordearan islas.

Con rabia impotente Thoz rechinó los dientes. Examinó las sólidas ataduras que le lastimaban los tobillos. No eran lianas.

–Los monstruos me han atado con hierbas de agua –pensó desdeñoso Thoz.

Tensó los músculos no dudando en que conseguiría desatarse con facilidad. Pero las ligaduras le penetraron en la carne. La arena se manchó de rojo alrededor de sus miembros. Gotas de sudor le inundaron el rostro. Descansó un momento. Luego probó de modo brusco a separar los puños de la espalda, tirando hacia atrás con todas sus fuerzas. La piel morena de su torso se rayó de surcos sangrantes.

Este fracaso afectó profundamente a Thoz, que no estaba acostumbrado a que las cosas o los seres se le resistieran. Le invadió una inmensa estupefacción, que poco a poco se convirtió en inquietud. Sacudió la cabeza como para desechar dolorosas reflexiones.

Se puso a contar a los miembros de la tribu. Tuvo que volver a empezar varias veces, haciendo grandes esfuerzos, porque las ataduras le impedían contar con los dedos. Cada vez que llegaba a diez, hacía una marca en el suelo con los talones. Obtuvo la cifra de ocho veces los diez dedos de las manos, más tres dedos. En comparación con el día anterior, faltaban tres niños, una mujer y cinco cazadores.

De repente, una ola más fuerte que las otras le inundó las piernas. De las profundidades del lago emergieron tres monstruos. Los dos pulpos dormidos parecieron despertarse y se estiraron perezosamente hacia lo alto multiplicando su talla por diez. Los cinco monstruos se hicieron señas extrañas, soplaron como sirenas y salieron del agua. Se volvieron visibles los enormes picos de papagayo, aumentando el horror de su aspecto.

Uno de ellos avanzó hasta situarse en medio de los cuerpos atados. Pisaba cuidadosamente entre ellos sin herirlos. A pesar de sus dimensiones tenía gestos de una delicadeza increíble. Palpó y despreció a dos o tres cazadores. Escogió a dos mujeres, que estaban paralizadas por el terror, y las lanzó con facilidad a sus compañeros, que las atraparon como si fueran pelotas.

Un monstruo algo mayor que los otros sostuvo a una mujer ante sus ojos, mirándola con la fijeza que se observa un bocadillo. Después se la llevó delicadamente al pico. Un breve grito fue interrumpido por un chasquido seco: el monstruo degustaba placentero el primer bocado. El tentáculo balanceaba con satisfacción un cuerpo decapitado del que se escapaban a borbotones oleadas de sangre con grandes pompas de aire.

Un pequeño pulpo surgió de improviso del agua y ejecutó alrededor del anterior una danza cómica y cruel, la danza de un niño que quiere catar un manjar. El gran pulpo le tendió con amabilidad a la mujer mutilada. El pequeño pulpo mordió torpemente en medio del cuerpo: las entrañas de éste se desparramaron sobre él. El pulpo niño retrocedió para desprenderse de las visceras, tirando furioso de un intestino elástico. Después se fue acercando de nuevo, a la vez que engullía el largo y tibio tubo. Al dar un tirón más fuerte, las tripas se rompieron y se enrollaron alrededor de su pico. Con la punta de un tentáculo, el gran pulpo le introdujo paternalmente en el pico el trozo que colgaba y él mismo se reservó un segundo bocado.

La segunda mujer era con igual crueldad despedazada por los otros monstruos.

Los cazadores contemplaban la escena con ojos enloquecidos. Las mujeres tenían la cabeza vuelta hacia el suelo para no ver el horrible espectáculo. Un niño temblaba convulsivamente sin un grito.

De pronto, la superficie del lago se estremeció. Diez monstruos salieron despacio del agua y fueron a elegir comida entre las presas atadas. Un tentáculo palpó a Thoz, que había enmudecido de horror; le dio vueltas en todos los sentidos y se enrolló alrededor de su cuerpo. Thoz sintió que le levantaban por los aires y tuvo una especie de vértigo. Luego vio un gran resplandor y cayó en la arena.

No se movió. Con los dientes apretados, alzó la vista y percibió la carne del monstruo que palpitaba encima de él. Alrededor, como grandes columnas torcidas, los tentáculos plantados en el suelo le ocultaban las tres cuartas partes de su campo visual. Entre esos miembros enormes distinguió el rostro de Bagh, que estaba tendido un poco más lejos. Bagh tenía la boca y los ojos abiertos de estupefacción. Thoz oyó cómo el pico del pulpo rechinaba de cólera encima de él.

De repente, una nube de arena le golpeó el rostro. Cuando Thoz volvió a abrir los ojos, el monstruo había desaparecido. Thoz rodó hasta ponerse de lado para ver lo que ocurría. Los monstruos habían abandonado a sus víctimas y se dirigían en dos columnas hacia algo que salía de las dunas y llegaba a la playa. Thoz vio a un extraño oso con algo sobre el lomo. El oso avanzaba sin apresurarse.

Las dos columnas de monstruos, muy separadas una de otra, iniciaron un amplio movimiento envolvente para dar caza al intruso y llevarle hacia el lago.

–¡El niño negro! –gritó un cazador–. ¡Es el niño negro, que viene montado en un oso!

Las dos filas de monstruos se unieron por detrás del singular caballero. La tenaza se cerró alrededor de él. Entonces el niño, con gesto negligente, barrió el espacio con una cinta de llamas silbantes.

El efecto de esa acción fue prodigioso. Cuatro pulpos se desplomaron en el sitio vomitando un líquido negro. Otros tres empezaron a cojear sobre muñones, con los miembros más o menos mutilados. El resto de la escena se perdió en una nube de humo acre.

Alucinada, la tribu impotente no apartaba la mirada de la enorme nube obscura de donde se escapaban relámpagos de fuego y alaridos que revelaban la violencia del combate.

Pronto vieron a un pulpo salir dando brincos de la nube y precipitarse hacia el lago. Agarrando al pasar a dos niños atados y aullantes, se sumergió inundando a los cazadores con una lluvia de agua salada. Otro monstruo huyó del infierno y corrió también hacia el lago, cubriéndose la retirada con una granizada de venablos.

Se restableció el silencio. Poco a poco el humo se deshilachó entre la brisa. Sólo se oía una tos intermitente. La tribu vio al niño negro, que se aproximaba apretándose con una mano el pecho oprimido. El oso marchaba a su lado, estornudando cada diez pasos.

Cuando estuvieron muy cerca de los cazadores, el oso gruñó. Pero el niño le calmó acariciándole detrás de las orejas.

–Que los cazadores no teman nada –dijo–, el oso es amigo del niño negro.

Y permaneció de pie, con una mano apoyada sobre el lomo de la bestia y sujetando con la otra un arma extraña y brillante. Una herida sesgada le sangraba en el muslo. Llevaba enrollado en varias vueltas alrededor del delgado torso el rosario de vértebras del Viejo.

Un acceso de tos le hizo doblarse en dos. Después de carraspear y escupir, recobró el aliento. Entonces habló de un tirón mirando a Thoz.

–El niño negro es a la vez el Viejo –dijo–. Ha comido el cerebro del Viejo, porque le ha encontrado muerto en Santiag, la ciudad de los dioses. Ha comido su cerebro y se ha apoderado del collar de los antepasados. También ha comido el cerebro del jaguar y del buitre, y el de un monstruo al que ha matado en las colinas de arena. Ha hecho del oso su amigo. Ha matado a los monstruos con el palo brillante que le han dado los dioses. El niño negro es amigo de los dioses. El niño negro es el Viejo, pero es también el jaguar y el monstruo. Por eso es más fuerte que el Viejo. Por eso ha hecho más cosas que el Viejo.

El niño se calló. El oso le lamió una mano. Detrás del niño, sobre la playa en la que el humo se había disipado, trece grandes cadáveres confirmaban su poder.

Tercera Parte

I

Recortándose contra un cielo escarlata, una fila de siluetas humanas caminaban sobre la cresta de la colina. El niño negro y el oso marchaban en cabeza.

El niño llamó a Thoz a su lado.

–Las entrañas de los hombres comienzan a brillar con el fuego de los monstruos. En seguida se va a hacer de noche. Thoz debería ordenar el alto.

Thoz dirigió su mirada a los cazadores. Un nudo enorme de fuego azulado se transparentaba a través de la piel de los vientres y una red de venas brillantes empezaba a rayar los miembros. El fenómeno que le había espantado unas semanas antes se repetía todas las tardes y se había acentuado hasta hacer de la tribu una alucinante colección de figuras anatómicas luminosas que se movían en la noche. Lejos de inquietar a los hombres, el hecho les llenaba de orgullo.

Thoz habló.

–El niño negro tiene razón –dijo–. La tribu acampará al pie de la colina.

Señaló con el dedo un pequeño valle en el que se distinguía el reflejo de un arroyo entre el negro follaje.

Rodearon rocas, pasaron bajo la bóveda obscura de un bosquecillo de eucaliptus y llegaron a la orilla del riachuelo.

Todos se tendieron boca abajo para beber, porque la larga marcha bajo el Sol había sido agotadora. Después, los cazadores amontonaron ramas secas. El niño negro les prendió fuego con una descarga de su arma, lo que era mucho más rápido que golpear dos sílex y renovaba todas las noches la admiración de la tribu y el prestigio del niño.

Desde el regreso de éste, la vida de la tribu había cambiado. Los hombres casi no tenían necesidad de cazar, pues el arma de los dioses bastaba para proporcionar comida a todo el Mundo, y hasta las mujeres y los niños tenían derecho a comer carne. El niño negro sólo comía el cerebro de los animales matados. Cuando se había saciado, daba a Thoz el resto de su ración. Así Thoz y el niño se repartían el poder, pero el niño era el verdadero señor de la tribu. Aunque Thoz conservaba su título de jefe, el gigante de la barba rubia no poseía más que un vago poder ejecutivo. En cuanto al Viejo, su muerte había sido casi completamente olvidada.

Mientras la tribu, repleta, se entregaba a una verdadera danza macabra alrededor del fuego, Thoz se acercó al niño negro, que dormitaba al lado del oso, sin importarle la ronda gesticulante de los espectros luminosos.

–¿Cuándo llegará la tribu a la gran ciudad de los dioses? –preguntó el jefe.

El niño negro abrió los ojos y vio cerca de él las grandes pupilas de Thoz que lucían como linternas en medio del rostro sombrío, siniestramente jaspeado de vasos sanguíneos y nervios. El niño respondió:

–Hace tantos días como tres veces los dedos de dos manos que la tribu partió de los montes Bermud. Este arroyo debe de ser un hijo del río Huds. Si mañana el niño negro encuentra el río Huds, Niork, la gran ciudad, sólo estará a cinco días de marcha, si el dios loco ha dicho la verdad.

Y el niño volvió a cerrar los ojos para recordar en los menores detalles su encuentro con el dios loco.

II

Después de haber vencido a los monstruos, el niño negro condujo a los cazadores a través de áridas estepas siempre en dirección hacia el Norte. La tribu le seguía sin rechistar, confiaba en el instinto de su guía.

Un día llegaron a los montes Bermud, cuyas cumbres estaban unidas por arcos gigantescos, reliquias de una civilización desaparecida.

Dejando que la tribu descansara un poco, el niño había efectuado una pequeña exploración en la selva circundante, tratando de descubrir en ella rastros de caza. Entonces se había encontrado con el dios loco.

Este caminaba moviendo la cabeza y golpeándose a cada paso contra los árboles y las rocas. Llevaba una vestimenta que el niño no había visto jamás: una especie de armadura flexible, de color del cobre. Hablaba sin cesar, pronunciando palabras incoherentes, entrecortadas por gemidos. El niño no comprendía la mitad de aquel discurso sin hilación.

Cuando el dios le vio, levantó un palo que tenía en una mano y se rió neciamente.

–He ahí a Otelo –dijo el dios–. Un Otelo pequeñito... No sabía que existiera. ¡Ja, ja! En este maldito planeta puede esperarse cualquier cosa... ¡Je, je! ¡Salud, Otelo!

Creyéndose amenazado, el niño negro disparó contra la sorprendente aparición. Pero esto desencadenó la hilaridad del dios, que dejó que la ardiente cinta le ciñera el torso, sin que al parecer le causara dolor.

–¡Más arriba! ¡Ja, ja! Tienes que disparar más alto, noble señor. ¿No ves que estoy protegido por mi armadura? ¡Apunta a la cabeza! He perdido el casco. Si quieres matarme, apunta a la cabeza, ¡je, je! Me harás un condenado servicio...

Impresionado por la aparente invulnerabilidad del personaje, el niño advirtió que, a pesar de su talla de adulto, aquél mostraba un rostro imberbe y se parecía mucho a las figuras que sonreían en las paredes de Santiag. El niño comenzó a creer que estaba delante de un dios y se arrojó de rodillas.



El hombre pareció entonces recobrar algo de razón.

–Pero ¿qué haces, pequeño?

–¡Perdona, dios! –imploró el niño.

–¿Qué dices? ¡Qué acento tan pintoresco tienes, pequeño salvaje! ¡Por Júpiter, me parece que hablas un dialecto parecido al inglés! ¿Entiendes lo que te digo?

–No todo, gran dios.

–¡Formidable! Es negro y habla inglés. Cap 2 tenía razón. Todavía hay pobres hombres en esta vieja Tierra, ¡ja, ja! No sabía que fueran negros. ¿Tienes compañeros como tú, pequeño?

–El niño negro no comprende, gran dios –dijo el niño con el rostro pegado al suelo–. El niño negro es amigo de los dioses, perdona que haya querido matarte.

–¡Déjame en paz con tus historias de dioses! Te pregunto si hay otros hombres contigo.

–Sí.

–¡Vaya, vaya!

El hombre se agachó para tomar el arma del niño.

–¿Todavía utilizáis estos viejos cacharros?

–El niño negro no sabe, no entiende.

–¡Por todos los resbios! Si tú, terráqueo, no entiendes nada, ¿qué voy a entender yo en este maldito planeta donde todo el mundo está chiflado?

–El niño negro no entiende.

–Me cansas –dijo el hombre tendiendo el arma al niño negro–. ¿Y qué haces tú con esta anticualla?

–No es eso que dice el dios, es el arma de los dioses de Santiag. Los dioses se la han dado al niño negro para matar a los monstruos y para cazar.

–¿Para cazar? ¿Para cazar qué?

–Perros, jaguares, conejos, o ratas cuando no hay otros animales.

–¿Ratas, eh? ¿Tú cazas ratas con esta escopetucha, pequeño? ¡Ja, ja!

El dios se rió. Todo su cuerpo se agitaba con estremecimientos nerviosos.

–El dios tiene fiebre –dijo el niño negro con aire sagaz.

Sin dejar de temblar, el hombre dirigió al niño una mirada irónica.

–¿Cómo? –exclamó lentamente–. Preferiría tener fiebre. Es una fiebre muy especial, créeme. Se apodera de mí cada vez que se habla de... ¡Por Júpiter! ¡Deja de mirarme de ese modo! ¿Qué diablos haces de rodillas en el suelo? Levántate.

El niño obedeció. El dios se calmó. Un temblor le sacudía aún de cuando en cuando.

–Bueno, pequeño –dijo el dios–, si quieres cazar, si quieres ver mucha caza, te aconsejo que vayas a Niork: es un verdadero Paraíso para los cazadores.

–El niño negro no sabe dónde está Niork.

–Es una ciudad.

–¿Una ciudad de dioses? –preguntó el niño con la mirada brillante de excitación.

–Es la ciudad más grande que yo he visto en este planeta podrido, ¡je, je! Y la mejor para encontrar caza. ¡En ella encontrarás caza, pequeño!

–¿El dios quiere guiar al niño negro a Niork?

El hombre experimentó un sobresalto y miró malignamente al niño.

–¡Ah, no, pequeño! Con lo que he visto de Niork tengo bastante. Pero tú darás con ella si vas siempre hacia el Norte y remontas el río Huds. Tardarás un mes y pico en llegar a ella. Yo he tardado treinta y cinco días en llegar aquí. ¡Ja, ja! Pásalo bien, pequeño. Buena suerte, ¡je, je!

El dios se dio media vuelta y se internó en la selva, murmurando frases incomprensibles, entrecortadas por risitas necias.

III

Desde este extraño encuentro, el niño negro sólo pensaba en Niork.

Se imaginaba una ciudad inmensa, mucho más grande que Santiag. Y como la idea de encontrar caza en una ciudad chocaba con su lógica primitiva, soñaba con edificios en forma de árboles, con arbustos florecidos en imágenes de dioses y con calles tapizadas de altas hierbas. En cada esquina, en cada rincón, adivinaba jaurías de perros o de jaguares. El conjunto del cuadro quedaba confuso, pero estimulaba el anhelo del niño.

Llevaba a la tribu a marchas forzadas y lamentaba la llegada de la noche, que retardaba el viaje. Antes de dormirse, contemplaba largamente el horizonte cubierto de nubes de oro y a veces creía descubrir la atrayente silueta de Niork.

Por la mañana era el primero en levantarse y zarandeaba a los cazadores dormidos. Volvía a comenzar la larga marcha, apenas interrumpida por un descanso hacia el mediodía, cuando el Sol estaba en lo más alto del cielo. Cuando se encontraba fatigado saltaba a lomos del oso, sin preocuparse del cansancio de los demás.

Por fin llegaron al rio Huds. Cuando se dio cuenta de ello, el niño negro sintió que el corazón le latía en la garganta. Después corrió hacia la orilla, con los brazos levantados, y fue a parar a una pequeña playa de cieno, resquebrajada por el ardor del Sol. Se metió en el río hasta las rodillas y, extasiado, contempló el agua verde que venía de Niork.

Poco a poco, los cazadores se habían ido reuniendo a cierta distancia detrás de él. Todos le miraban. Tenían la mirada vacía y confiada, y esperaban que el niño les dictara sus órdenes. La increíble superioridad adquirida por el niño negro anulaba en los demás toda iniciativa. Le

obedecían ciegamente, se abandonaban en él para todo. La presencia del niño cubría a la tribu con una protección total. Ni siquiera el Viejo había tenido semejante poder.

El niño observaba el río. Fue entonces cuando experimentó un trastorno bienhechor. Durante un segundo tuvo la impresión de que su cráneo iba a estallar, Después sintió que los engranajes de su espíritu funcionaban, con la segura velocidad de un mecanismo perfecto. Comprendía a la vez multitud de cosas. Veía claramente una relación entre la velocidad de la corriente y la gravedad que actúa sobre todo ser y objeto.

–El agua cae de arriba abajo, como cae todo –pensó–, como la lluvia. Pero la lluvia está formada de pequeñas gotas que se deshacen al chocar contra el suelo, mientras que las diez veces, diez veces, diez veces... hasta el sinfín de gotas que forman el agua del río ruedan juntas por una pendiente que baja de las montañas, las cuales están demasiado lejos para que el niño negro las perciba, hasta llegar a un lago, también muy lejano... Esas gotas caen rodando unas sobre otras, no de arriba abajo, sino de izquierda a derecha: el suelo ligeramente, muy ligeramente inclinado desde la montaña al lago, impide que las gotas caigan en vertical... Al niño negro le duele un poco la cabeza... Sí, pero... Desde luego, la arena no fluiría de ese modo y, sin embargo, está formada de granos pequeñísimos, pero esos granos son puntiagudos y rozan, mientras que el agua se desliza y, además, cada gota de agua es mucho más pequeña que un grano de arena, y las gotas son redondas, por eso resbalan, ¿eh?... Se acabó, el niño negro ya no siente nada, es como si hubiera soñado.

Todas estas ideas, expresadas con torpeza en un lenguaje mental incompleto, le habían pasado al niño por la cabeza como un relámpago. Desde hacía algunos días experimentaba estas crisis de aguda lucidez que le proporcionaban un sentimiento de poder exultante. Estos pensamientos no habrían tenido nada de extraordinario en un niño civilizado de su edad, pero en un cerebro totalmente inculto indicaban un genio asombroso.

El niño negro atribuía este fenómeno al hecho de haber comido el cerebro del Viejo. Pero se equivocaba. Ignoraba que una dosis considerable de radiactividad lubricaba (si se puede expresar así) los complejos engranajes de su espíritu. Durante quince días se había alimentado sólo de cerebro de pulpo que los cazadores habían conservado para él secándolo al Sol.

Un cuerpo químico complejo se había fijado a lo largo de miles de años en la materia gris de los monstruos y había transformado a estos animales estúpidos en seres dotados de una cierta razón. Sobre un ser humano, los efectos de esa substancia química eran pasmosos. El niño negro había descubierto él solo en un mes que la Tierra era redonda y que la Luna era una tierra más pequeña que giraba alrededor de aquélla. Había notado que las constelaciones mantenían siempre poco más o menos la misma disposición, pero no tenían la misma situación cada noche con relación a una estrella fija que él llamaba «la chispa que no se mueve» y que no era otra cosa que la estrella polar. El aprovechaba esta observación para viajar sin desviarse de la dirección elegida.

Presentía que este revoltijo de conocimientos recientes no estaba ordenado en su cabeza y que aún le faltaba colocar muchas piezas en el inmenso rompecabezas de la Naturaleza. Pero cada día le aportaba una nueva pieza que él a veces conseguía poner en su sitio al lado de otra, lo que facilitaba en ocasiones la colocación de una tercera.

Sus crisis de lucidez eran cada vez más frecuentes. El niño se alegraba de ello. Durante sus accesos de clarividencia se sentía vivir con una intensidad embriagadora.

No sabía que esos accesos eran asimismo síntomas de una enfermedad. Ignoraba que el fuego azulado que todas las noches transformaba los jugueteos de los cazadores en danza macabra señalaban la presencia de un veneno tenaz en sus cuerpos. Pero él era el único en experimentar los efectos estimulantes de ese veneno sobre su espíritu, porque sólo él se había alimentado en gran cantidad del cerebro de los monstruos.

IV

Comenzaron a remontar el curso del río. El niño negro marchaba deprisa, empujado por la impaciencia, sin advertir el sufrimiento de algunos cazadores.

De repente, Bagh se detuvo lanzando alaridos y con las manos crispadas sobre el vientre. Los ojos se le salían de las órbitas. Se dobló hacia adelante y se desplomó.

El niño negro miró hacia atrás y volvió sobre sus pasos. Apartó al círculo de atemorizados curiosos que rodeaba a Bagh y se arrodilló junto a él. Bagh estaba muerto. El niño puso la mano sobre el pecho del cadáver y retrocedió como si se hubiera quemado. Una extraña actividad interna animaba y hacía estremecerse a la carne muerta. Burbujas gaseosas corrían bajo la lívida piel, con un ruido de agua que hierve.

Los cazadores se echaron hacia atrás paso a paso ante este espectáculo. La piel del vientre de Bagh se inflaba y se distendía; luego, los miembros sufrieron el mismo fenómeno. El rostro, como si alguien soplara desde dentro, se volvió irreconocible y poco a poco el cadáver, hinchado de helio, se incorporó y se puso lentamente de pie, como tirado por hilos invisibles.

–¿Bagh está muerto? –preguntó el niño con voz sofocada.

El cadáver había duplicado su volumen. La horrible cabeza abotagada se inclinaba hacia atrás, mientras que los pies apenas sobresalían de la hierba. Poco a poco Bagh se despegó del suelo, flotó en el aire y se elevó por encima de las cabezas de los miembros de la tribu y por encima de los árboles. Como un globo, el macabro títere ascendía hacia las nubes.

El niño negro lo perdió de vista y se volvió para mirar a sus compañeros: todos habían huido. Sólo el oso permanecía a su lado, sentado en el suelo, lamiéndose las patas con indiferencia.

–¿Dónde están los cazadores? –voceó el niño.

Le respondió un grito, un grito de agonía. Se precipitó a través de la espesura sin importarle las zarzas que le desgarraban la cara y las manos al pasar. Llegó a un claro con el tiempo justo de ver a otro fantasma hinchado que se elevaba lentamente entre las ramas. Creyó reconocer a Thoz y se sintió muy solo.

Buscó a los demás durante varias horas en la selva, pero sin éxito. Ocultó el rostro en la cálida piel del oso y lloró por primera vez en su vida.

Animosamente, el niño y el oso se pusieron en marcha hacia Niork.

El niño expulsaba de su espíritu apesadumbrado todo pensamiento extraño a su resolución. Se repetía de modo incansable:

–Hay que llegar a Niork, los dioses de Niork explicarán todo al niño negro, ellos lo saben todo. Los dioses harán volver a la tribu y el niño negro será feliz. Hay que llegar a Niork.

Caminó el mayor tiempo posible después de que se hizo de noche, hasta que, vencido por la fatiga, cayó derrumbado en el suelo. La aurora le reservaba una sorpresa.

V

El Sol de la mañana, al darle en el rostro, le despertó. Volvió la cabeza en dirección al Norte y experimentó un sobresalto...

En la altura, sobre el horizonte de las montañas lejanas, Niork se alzaba hacia el cielo. Prodigiosos entablamentos de edificios metálicos en forma de T o de H gigantes reflejaban los tonos rosados del alba. Una ciudad de cobre fundido sobresalía por encima de las nubes, dominando desde lo alto el valle del río Huds.

Este nacía en una magnífica cascada en forma de cola de caballo que se curvaba graciosamente sobre trescientos codos de roca abrupta, base monumental de Niork.

El niño arrastró al oso hacia aquella aparición de ensueño. Los dioses de Niork debían de ser dioses muy grandes para haber construido tal maravilla. A medida que se acercaba, el niño se asombraba de la altura y de la elegancia de líneas de las construcciones. La mayor parte de los edificios, de tejados planos unidos por puentes, presentaban forma de T o de cruz gigantes: un cierto número de ellos, helicoidales, semejaban tornillos enormes introducidos en las nubes.

Pero el tamaño de la ciudad la hacía parecer más cercana de lo que en realidad estaba. El niño tuvo que andar casi todo el día para alcanzar la cascada del Huds. Renunció a la escalada del acantilado porque en seguida se haría de noche. Se instaló al pie de la montaña y se durmió, acunado por la sonora canción del agua sobre las rocas.

Se despertó mucho antes del amanecer, comió rápidamente carne seca y comenzó a escalar tan pronto como hubo suficiente claridad para hacerlo sin peligro. El oso le siguió por una rampa natural que conducía a la cresta del acantilado.

De vez en cuando, el niño se paraba para tomar aliento y contemplaba a sus pies los meandros del río Huds que se perdían en la selva.

Por fin, hacia el mediodía llegó al antiguo puerto y cayó de rodillas, experimentando la mayor impresión estética de su vida.

En medio del puerto, que no era más que un terreno baldío con hierba gris salpicada de manchas de nieve y surcado por varios arroyuelos, en el centro de este espacio triste se levantaba una inmensa estatua de mujer.

Excelsa y majestuosa, bajo la mirada muerta de centenares de edificios gigantes que parecían montar guardia alrededor de ella, esta mujer soberbia, con un brazo extendido hacia el cielo, enarbolaba un espejo concebido para reflejar la luz del Sol durante todo el día. El niño quedó deslumbrado por la imagen y dio con el rostro en tierra murmurando:

–¡La diosa!



De algún modo revivía las emociones de su primer contacto con Santiag, menos el terror sagrado. En cuanto al oso, olfateaba la atmósfera con inquietud. El niño avanzó respetuosamente hacia la colosal estatua.

–Que la diosa devuelva la tribu al niño negro –gritó–. El niño negro se siente solo.

Chapoteando con los pies descalzos en el fango nevado, llegó hasta la base y trepó por ella subiéndose sobre los pies de la estatua. Con la mano tocó un dedo del pie de aquélla, diez veces más grueso que el cuerpo del niño, y permaneció pensativo. El dedo estaba agrietado y en la grieta crecía un joven pino raquítico. Otros detalles disiparon de su espíritu las brumas de una infancia llena de supersticiones.

Visto de cerca, el pie de la diosa no se parecía a nada; era un bloque de piedra, simplemente, con pequeñas inclusiones de mica centelleante. El niño sintió con claridad que la piedra no tenía en sí nada de divino. Una piedra no se mueve, no vive. Sirve para matar con ayuda de una honda. El niño negro se sentía superior a todos los guijarros del Mundo. Sin embargo, aquella piedra era muy grande y tenía forma de mujer.

El niño negro alzó los ojos. Incómodo por la proximidad de la estatua, descendió de la base y, andando por el lodo del puerto, retrocedió lo suficiente para tener una vista de conjunto.



Admiró a la gran mujer. Su aspecto, la nobleza de su actitud, le proporcionaban una sensación agradable, para calificar la cual le faltaban adjetivos. Pero el niño sabía ahora que ante él no tenía a una diosa, sino una imagen inanimada. Un recuerdo fugitivo cruzó por su cerebro: los carteles móviles de los dioses de Santiag. El caso de aquellas imágenes era más inquietante para el niño, pero una certeza le afirmaba retrospectivamente que aquellos rostros abigarrados no escondían más vida que la estatua. Despreció un poco al ser crédulo que él había sido todavía unas semanas antes.

De repente, algo le llamó la atención. Mirando bien la estatua, se podían distinguir las líneas paralelas que la marcaban de modo horizontal. El niño comprendió que la mujer estaba formada por la superposición de bloques de piedra en forma de piernas, de muslo, de torso... y que cada bloque había sido tallado intencionadamente.

Se representó en la mente los trozos de roca virgen y vio con claridad la masa inútil que había hecho falta eliminar para crear formas. Un ligero dolor de nuca le advirtió de que se aproximaba una crisis de lucidez. La imagen de un palo brillante mordiendo con su chorro de fuego la dura piedra pasó por su mente. Su inteligencia se enardeció:

–...Sí, se puede echar por tierra un gran trozo de roca y romperlo. Es posible que un trozo se parezca un poco a una cabeza humana o a un jaguar sin patas. En ocasiones, el niño negro ha visto rocas que tenían el aspecto de osos o de pulpos. Y después, al acercarse, el niño ha visto que no eran más que rocas. Pero con un palo brillante se pueden quitar partes de la piedra para que lo que queda tenga forma de mujer. Un hombre o un dios, o incluso un monstruo, ha hecho a esta mujer, ha querido expresamente hacer a esta mujer... También el niño negro puede hacer una.

Exaltado por su descubrimiento, el niño dirigió el arma de los dioses a un peñasco que sobresalía del fango. Apretó con suavidad la empuñadura y un hilo continuo de llamas cortó la piedra, formó una cabeza redondeada, dos brazos extendidos, un torso y unas toscas piernas.

Entusiasmado, el niño contempló su obra. Restos de roca calcinada humeaban alrededor del imperfecto ídolo. Sin embargo, pasado el primer momento de alegría, se dio cuenta de que faltaban muchas cosas en la rudimentaria estatua para que fuera perfecta. Reemprendió su trabajo y se dedicó a perforar dos agujeros para los ojos y otro para la boca. Este último arreglo lo echó todo a perder. Reguló mal la salida de las llamas y decapitó limpiamente su obra.

Volvió a intentarlo con otro peñasco, y luego con otro. Se pasó horas jugando solo a los pies de la diosa, en medio del vasto puerto. Luego comenzó a pensar en la colosal estatua.

«La diosa no es de verdad –pensó–. Es de piedra. Pero, ¿dónde están los dioses que la han fabricado? Esos dioses son mucho más poderosos que el niño negro.»

VI

Salió entonces de su frenesí creador y miró alrededor suyo. Le asaltó el sentimiento de su soledad y tuvo miedo. Advirtió que tenía frío y hambre. Las palabras del dios loco resonaban aún en su memoria: «Niork es un verdadero Paraíso para los cazadores.»

Pero, ¿dónde estaba la caza?

Llamó al oso y se dirigió hacia el edificio inmenso y monolítico que ocupaba todo el frente de una antigua península (una península llamada en otro tiempo Manhattan). Le costó bastante tiempo llegar hasta él, pues el puerto era muy extenso.

Escaló, por último, algunas rocas y tocó el escurridizo acantilado de metal que se elevaba cortado a pico cincuenta codos por encima de él. Más arriba se abrían ventanas y colgaban balcones con terrazas. El niño dio penosamente la vuelta a esa masa preguntándose cómo se entraba en Niork.

En varios sitios encontró estrechos corredores por donde él habría podido introducirse arrastrándose, pero le repugnaba abandonar fuera a su oso. Al fin descubrió Un plano inclinado que ascendía en suave pendiente por el interior del edificio y subió por él.

Sus pasos le llevaron a una amplia sala redonda, alrededor de la cual se alineaban monstruos metálicos. Su forma recordaba la de los tiburones. El niño pensó, sin conmoverse, que los dioses de Niork habían tallado grandes y extraños peces por capricho, como habían esculpido la diosa de piedra.

Subió a una especie de desembarcadero que rodeaba la sala y se acercó a un pasillo obscuro que se iluminó al llegar él. El niño guiñó los ojos. No se asustó demasiado porque ya había tenido contacto con extraños fenómenos en su visita a Santiag.

El pasillo se internaba un centenar de metros en línea recta dentro de la ciudad. Luego se dividía en dos ramas más pequeñas, a la entrada de las cuales aparecían señales luminosas que el niño no entendía. El niño avanzó seguido del oso.

Cuando pisó una línea blanca que atravesaba el suelo, se asombró de no poder dar un paso más hacia adelante. Una voz anónima le habló con frases entrecortadas, mecánicas.

–Usted es contagioso. ¡Radiactividad demasiado fuerte! No tiene derecho a entrar en Niork antes de someterse a tratamiento... Le recuerdo que está prohibida la entrada de animales privados... Su carné de identidad no está en regla para la entrada en Niork. El control electrónico de la entrada no ha registrado nada. Bloqueo sanitario, más dos infracciones... ¡Quédese donde está! La guardia le acompañará para las formalidades de rigor.

–¿Dónde está el dios que habla? –preguntó el niño.

Su pregunta quedó sin respuesta.

–El niño negro no ha comprendido lo que le ha dicho el dios invisible. ¿Está loco el dios invisible, como el que el niño se encontró en los montes Bermud?

Se oyó un retumbar metálico. El niño volvió la cabeza hacia atrás y vio llegar a dos seres extraños, de silueta vagamente humanoide, montados sobre ruedas.

Los dos seres se situaron a ambos lados del niño. Este se sintió empujado hacia adelante y se dejó llevar. El oso gruñó un poco y después siguió al trío sin alterarse.

–¿A dónde llevan los hombres de hierro al niño? –preguntó el prisionero.

Los guardias siguieron mudos. El niño formuló otra pregunta.

–El dios loco dijo al niño que encontraría caza en Niork. El niño negro tiene hambre y el oso también. ¿Dónde está la caza?

Sin responder, los robots le hicieron entrar con el animal en una pequeña habitación y se retiraron cerrando herméticamente la puerta.

Otra puerta, ésta abierta, se enfrentaba a la primera en el muro opuesto. El niño se dirigía hacia ella cuando la voz metálica le dejó clavado en el sitio.

–Responda a mis preguntas... ¿Tiene carné de identidad?

–¿Quién habla? El niño negro no entiende.

–Responda sí o no. ¿Tiene carné de identidad?

–No.

–¿Dónde lo ha perdido?

–El niño negro no ha perdido nada. Sí, ha perdido a Thoz y a la tribu a orillas del río Huds...

–Su caso es muy especial... Será examinado por el servicio sanitario. Su animal será llevado al depósito.

–El niño negro no entiende.

El niño negro se echó a temblar de forma violenta. Aunque las cosas de los dioses no le asombraban, todas estas impresiones, nuevas para él, quebrantaban su moral. Sufría sobre todo por no saber a quién atribuir aquella voz monótona e inhumana.

Ignoraba que la ciudad estaba desierta, que los hombres la habían abandonado desde hacía siglos. Ignoraba que, en algunos sitios, complicados dispositivos que en otro tiempo habían servido a los hombres permanecían casi en perfecto estado de funcionamiento: tal era el caso del control de entrada a Niork.

Pero ninguna vida animaba a las máquinas de la aduana que habían detectado la presencia del niño, habían hecho intervenir a los robots y le habían formulado preguntas. La llegada del niño había desencadenado tan sólo ciertos mecanismos que ya no tenían ninguna utilidad después de la partida de los hombres.

La ciudad muerta estaba atestada de circuitos que aún funcionaban mejor o peor y que constituían otras tantas trampas y emboscadas para un visitante desprevenido.

Sin embargo, la pila que alimentaba a la máquina de la aduana había gastado sus últimos recursos en capturar al niño negro. La corriente se había agotado. La voz gangosa ya no se oiría más y los dos robots, firmes detrás de la puerta cerrada, se habían vuelto tan inofensivos como armaduras de la Edad Media.

Pero el niño lo desconocía. Permaneció largo rato inmóvil y temblando en la obscuridad, pues la luz, después de parpadear dos o tres veces, se había apagado de modo definitivo.

Al cabo de un cierto tiempo, el niño oyó gruñir de hambre al oso, que seguía a su lado. Lo calmó con una caricia y, sacado de su aterrado estupor, se decidió a hacer algo. Tomó su arma y apretó ligeramente la empuñadura para producir una llama suficiente que le permitiera ver dónde ponía los pies.

Atravesó la puerta abierta y siguió por un corredor, echando una rápida mirada a todas las salas que encontraba a su paso. No vio en ellas nada que le interesara.

El corredor torcía ligeramente hacia la izquierda y acababa en un pasillo sin salida. El niño volvió sobre sus pasos, observó la puerta que los robots habían cerrado y no se atrevió a delatar su presencia. Se dirigió de nuevo al fondo del corredor y apuntó su arma contra el tabique. Las llamas silbaron y rápidamente abrieron un boquete en el muro de un metro de espesor.

El niño salió por el agujero, seguido del oso, y saltó sobre un plano inclinado que se perdía en forma de caracol en las zonas altas de la ciudad.

No bien el niño tocó el suelo, éste se puso en movimiento, transportándole a toda velocidad al rellano superior. Pegado al suelo a cuatro patas, el niño oyó detrás de él los saltos y aullidos de terror del oso. Los dos llegaron hechos un revoltijo al piso de arriba. La escalera mecánica se detuvo. El oso estiró desmesuradamente su grueso cuello para husmearla con precaución.

El niño miró en torno suyo y divisó una puerta doble, con extrañas decoraciones de peces, aves, y raros objetos que él no supo reconocer. Pasándose la lengua por los labios, tocó con un dedo uno de aquellos peces. La puerta se abrió ella sola. Cuando el niño negro entró, se oyó una voz.

–Sean bienvenidos. Sírvanse depositar sus armas en el vestíbulo. Buen apetito.

El niño comprendió vagamente dos palabras: «depositar» y «armas». En cuanto a la palabra «apetito», le recordó confusamente algo. El Viejo había pronunciado en cierta ocasión esa palabra a propósito de comida.

El niño depositó su arma en el suelo y esperó. Transcurrido un momento, volvió a agarrarla y se adelantó. Pasó delante de una lamparita azul en la que no había reparado y se sintió bloqueado por una fuerza invisible. Se oyó de nuevo la voz:

–No puede entrar con un arma. Sírvase depositarla en el vestíbulo.

El niño comprendió el sentido general de la frase. Colocó su arma junto a la pared y avanzó sin dificultad. Pensamientos embrollados se arremolinaron en su cabeza. Se trataba de comer. La puerta mostraba peces y aves. Era, desde luego, la caza anunciada por el dios loco. Pero, ¿cómo iba a poder atraparla sin armas?

Sin embargo, continuó andando. Delante de él se abrió una gran sala donde entraba la luz a raudales por amplios ventanales. Numerosas mesas se alineaban a lo largo de las ventanas. Otras, separadas entré sí por plantas artificiales, estaban menos iluminadas. El niño miró las plantas.

–Elija dónde sentarse –dijo la voz–. Estas mesas de aquí son más íntimas.

El niño volvió su mirada hacia la luz.

–Elija dónde sentarse. Aquellas mesas están más soleadas –articuló la voz.

Avergonzado y confuso, el niño negro abrió unos ojos enormes y habló:

–El niño negro tiene mucha hambre –dijo con tono suplicante–. ¿Dónde está la caza?

–Pedirá lo que desee cuando esté sentado.

El niño entendió las últimas palabras de la frase y se sentó tímidamente a la sombra de una cortina de plantas. Una voz indiferente y más próxima le preguntó:

–¿Qué desea comer?

–¡Peces! –dijo el niño.

La mesa zumbó un momento, se abrió una trampilla con un resorte y apareció un plato humeante, conteniendo un gran pez como el niño no había visto jamás. A los dos lados del plato había pequeñas armas brillantes. Una de ellas tenía cuatro puntas afiladas. El niño la

agarró y asestó un golpe rápido al pez en las agallas. Pensó que los dioses ponían a su disposición aquella arma para, matar al animal. Pero luego se asombró al comprobar que el pez estaba ya muerto y hasta cocido. Empuñó con las dos manos su comida y dio un mordisco a aquella carne deliciosa. El oso se acercó a él gruñendo de hambre.

–Otro pez para el oso –dijo el niño con la boca llena.

Apareció otro plato. El oso comió glotonamente con las garras aferradas al plato.

–Otro pez, otro pez, otro pez –dijo el niño.

Tres platos idénticos hicieron su aparición sobre la mesa. Entonces el niño se sentó con las piernas cruzadas en el suelo y se atracó de pez, codo a codo con el oso, manchando la alfombra de grasa.

Tuvo que dejar de comer antes de haber terminado el primer plato. Repleto, se limpió la boca con el dorso de la mano y dejó que el oso engullera el resto de la comida. Jamás había visto peces tan grandes y tan buenos.

Llevado de la gula, mordió de nuevo una cabeza escamosa que el oso había desdeñado. Pero sus dientes no cortaron la masa elástica. El niño ignoraba que la carne que servía de sostén al pez era por entero sintética. Ignoraba que la cabeza y la espina central habían sido moldeadas en plástico, únicamente a título de accesorios para la presentación, simple refinamiento de seres civilizados que trataban de imitar el alimento natural.

El niño pidió agua y se bebió dos grandes vasos. Después se tumbó en el suelo y acarició la alfombra con las yemas de los dedos.

«Los dioses –pensó– han hecho crecer hierba en sus tiendas».

Una hierba milagrosa, suave y tupida como la piel de un animal.

–Los dioses que han dado de comer al niño y al oso son muy amables –dijo el niño en voz alta–. Pero el otro dios invisible que habla a la entrada de la ciudad es malo. Los hombres de hierro son también malos.

Ninguna voz le respondió. El niño se revolcó sobre la alfombra. Con los ojos medio cerrados, vio una gota de salsa que tenía en el brazo y la lamió. Se encontraba a gusto, tenía calor y el estómago lleno. Sin cambiar de postura, se durmió en seguida.

Cuarta Parte

I

En alguna parte del inmenso bloque de Manhattan, dos hombres se inclinaban sobre un pequeño aparato del que salía una antena. Uno de ellos orientaba la antena hacia el suelo. Los dos esperaron un instante. El otro rompió el silencio:

–Sin duda, usted ha soñado, Ing 3.

–No estoy trastornado, Cap 4. La lámpara ha funcionado dos veces hace un momento. Y ahora, nada.

–Eso no significa gran cosa en esta maldita ciudad donde todo funciona al revés. Mil cosas diferentes han podido influir en la lámpara.

–Vamos, Cap 4, no razone como un subcultivado. Usted sabe muy bien que este detector sólo puede ser accionado por ondas humanas. Hace días que damos vueltas en esta ciudad, pero ésta es la primera vez que el aparato da señales de vida. Yo le digo que es Doc. ¡Le hemos encontrado!

–¡Hum!

–¿Cómo?

–Admitiendo que el aparato haya detectado normalmente una presencia humana, sólo sabemos que Doc se halla en esa dirección aproximadamente a... ¿cuántos fixos decía usted?

–A mil ochocientos fixos de distancia. ¿Y qué?

–Lo que quiero decir es que, aunque usted sepa que un virus se halla exactamente a un fixo y ochenta cientifixos en una dirección determinada en medio de una muela de fibra teóricamente aséptica, hay por lo menos un noventa y nueve por cien de probabilidades de que no pueda echarle mano, ni siquiera con un microdetector.

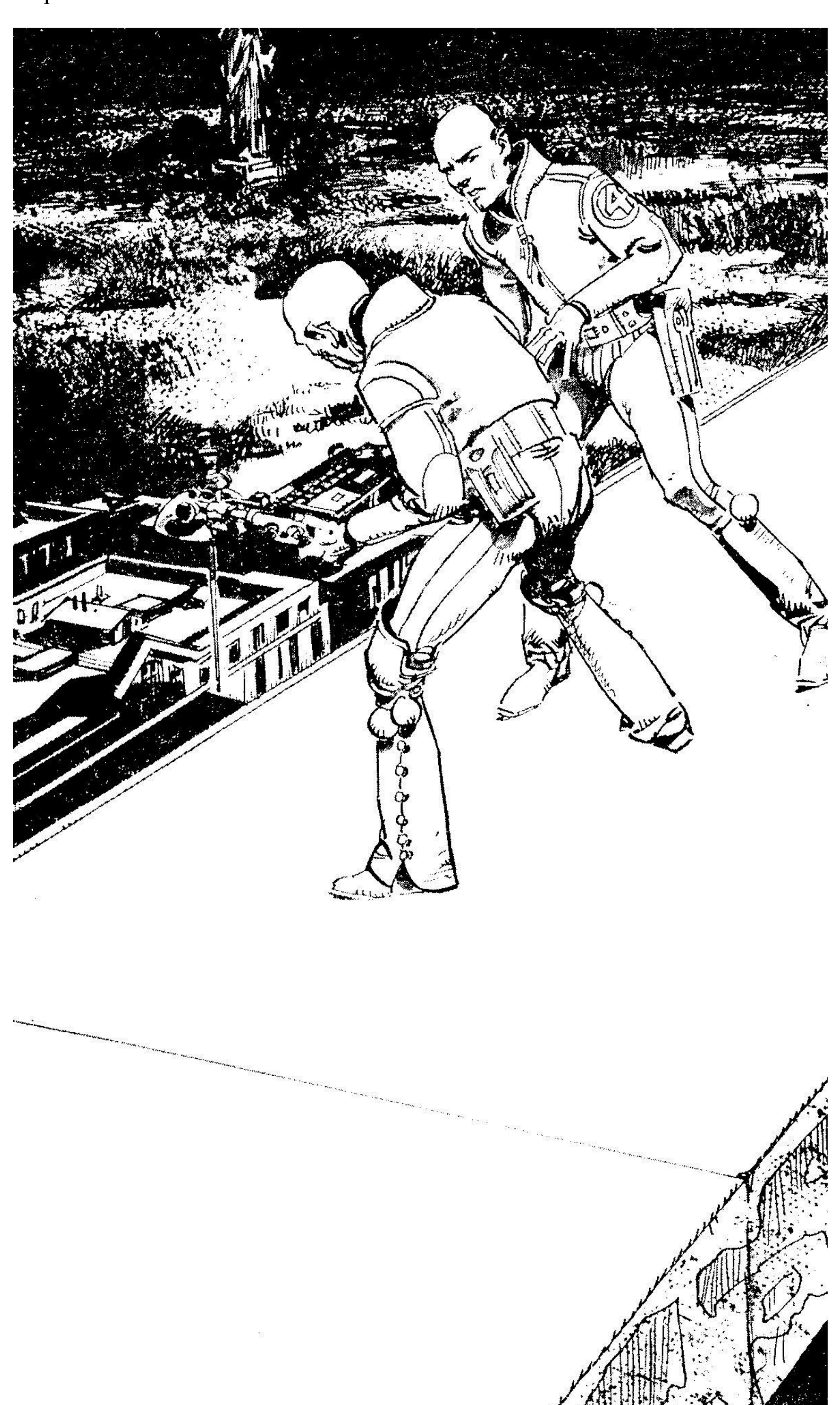
–Pero...

–Reflexione, Ing 3. Yo también quiero a Doc, pero esta ciudad está loca. Me recuerda a aquella antigua atracción de feria que se llamaba la casa de los locos. Ya sabe: el visitante entraba por una puerta roja que daba a una terraza, seguía por un pasillo que torcía y se encontraba delante de una puerta azul que llevaba a una escalera. Y esa puerta era la misma puerta roja de antes, y la terraza se había plegado formando una escalera que conducía al piso superior. Si el visitante se arriesgaba a subir los escalones, no sabía si podría volver a bajar porque la escalera se transformaba de repente en un pasillo que conducía a una puerta verde. Así es esta ciudad, Ing 3. Piense que ayer nos dormimos en esta sala y...

Extendió un dedo hacia la ventana acristalada que dominaba el puerto desierto y señaló la estatua de mujer que tanto había admirado el niño negro.

–... estábamos exactamente a la altura del espejo de esa primitiva estatua. Y esta mañana estamos por lo menos cien fixos más altos que ella. O el edificio ha aumentado de tamaño

durante la noche, o existe un sistema de rodamientos que cambia de lugar los pisos por una razón que yo ignoro. Aunque Doc se encontrase al alcance de nuestra voz, yo no trataría de reunirme con él; trataría de salir de aquí. Estando perdidos en una monstruosidad como ésta, no hay más que un medio de encontrarse: citarse todos fuera de ella.



Se acercó al cristal y lo golpeó con el puño.

–¡Y pensar que no hay manera de romperlo! Si fuera posible, creo que me arriesgaría a saltar sobre ese montón de nieve que veo allí abajo. Y en el peor de los casos, tendría la satisfacción de morir fuera de esta ratonera.

–Ciertamente tendría usted esa satisfacción, créame. Estamos a unos trescientos fixos del suelo.

Cap 4 se volvió súbitamente hacia su compañero. Su rostro estaba rojo de cólera bajo el vendaje blanco que le ceñía la cabeza.

–Su ironía me irrita, Ing 3. Le ruego que guarde silencio y me deje reflexionar.

Ing 3 sonrió ampliamente.

–Usted no está en condiciones de reflexionar.

Cap 4 simuló una calma olímpica para ocultar su irritación.

–¡Ing 3! Desde hace varios días observo en usted señales de insubordinación. Pero me parece que hoy se ha pasado de la raya. Tenga cuidado, no sea que a nuestro regreso le haga degradar.

–Usted no es más que un capitán de cuarto grado y yo soy ingeniero de tercer grado. Tengo la impresión de que no soy yo el insubordinado, puesto que toca usted el tema.

–Los militares tienen siempre preeminencia sobre los técnicos, como usted sabe muy bien.

–Cuando hay que combatir, sí, pero no en nuestra situación. Aquí se trata de resolver problemas técnicos para salir de esta ciudad en la que usted se empeñó en entrar sin material suficiente a pesar de mis consejos...

Interrumpiéndose de pronto, Ing 3 alzó la mano en gesto apaciguador.

–Perdóneme, Cap 4 –siguió–, creo que nos estamos comportando como incivilizados.

Cap 4 enrojeció intensamente.

–Tiene usted razón –dijo–. La pérdida de la nave, la muerte de los tripulantes, mi herida en la cabeza y ahora esta increíble aventura, todo esto me ha trastornado por completo. Temo haberle dicho cosas desagradables.

–Yo también, Cap 4. Pero no éramos nosotros mismos.

–No me llame Cap 4. Mi grado no significa nada en este momento. En la vida civil mi nombre es Jax. Y el suyo es Brig, ¿no es así?

Ing 3 le tendió la mano.

–Exacto. Supongo que echó una ojeada a la lista de la tripulación –dijo riéndose.

II

El oso dormido hizo un movimiento que despertó al niño. Este se puso con brusquedad de pie, espantado de encontrarse en un lugar desconocido. El alba coloreaba las ventanas y formaba en el suelo barrocas sombras de contornos precisos. Los recuerdos le volvieron a la mente. Seguido del oso, salió al vestíbulo para recoger su arma.

Empujó tímidamente la puerta decorada con motivos alimentarios y se arriesgó a salir al rellano. Miró con temor la escalera rodante. Al fin, impulsado por la curiosidad, se atrevió a saltar encima de ella con los pies juntos y revivió las emociones de la ascensión de la víspera.

Una vez llegado al piso superior, llamó al oso para que le siguiera. Pero el oso, desconfiado, se limitó a sentarse en el suelo. El niño quiso bajar a buscarlo, pero en todas sus tentativas fue rechazado hacia atrás por la escalera mecánica, que se ponía en marcha al menor contacto. Se montó a horcajadas sobre la barandilla paralela a la escalera y se dejó deslizar hacia abajo.

Después trató de convencer al oso para que le acompañara, pero éste no quería ni ver la escalera. Negándose a separarse del animal, el niño puso a mal tiempo buena cara y se introdujo por una de las diez puertas que daban al rellano.

Un largo pasillo de paredes luminosas le condujo a un cruce en estrella. Dio la vuelta a la izquierda y subió durante largos minutos por un plano inclinado en forma de caracol. Una voz resonó de repente en sus oídos.

–Le recordamos que está prohibido entrar aquí sin carné de técnico. Retírese, por favor.

La voz tenía la misma entonación fría que la que le había recibido en la entrada de la ciudad. Asustado, el niño retrocedió.

Se internó en las entrañas de la ciudad y vagó por ellas durante horas, viendo multitud de objetos que para él no tenían ninguna significación. Fue a parar a una gran sala enteramente tapizada de carteles: los rostros de esos anuncios pronunciaban eslóganes mudos con sus risueños labios, como los dioses de Santiag.

El niño sonrió ante aquel recuerdo tranquilizador. Se extrañó de haber tenido miedo al ver esos carteles por primera vez. Uno de ellos representaba a una mujer joven y bella, que se disponía a morder un plátano. El niño se acercó. A medida que el niño avanzaba, la mujer le guiñaba el ojo derecho de vez en cuando, mientras sus labios articulaban: ¡Coma plátanos!

El niño reculó y avanzó de nuevo lentamente hacia el cartel, observando la boca móvil de la mujer. Comprendió lo que ella decía y sonrió de contento. Después atrajeron su atención los extraños signos que había en la parte inferior del anuncio. Signos que ya había visto en las paredes de Santiag. Tuvo la impresión de que entre las palabras pronunciadas por la imagen y los signos misteriosos había una cierta correspondencia. Los signos tenían este aspecto:

COMA PLATANOS

El niño sintió que se avecinaba una crisis de lucidez y que su cerebro se ponía dolorosamente en marcha, aceleraba su ritmo y desarrollaba ideas a toda velocidad...

–La joven dice dos palabras: coma plátanos. Hay dos pequeñas filas de signos debajo de la imagen y... Al niño le duele la cabeza, pero va a saber algo... Dos palabras, dos filas de signos. La primera palabra tiene dos sonidos: coma. La primera fila tiene cuatro signos... Al

niño le duele la cabeza... Coma: dos sonidos, cuatro signos. Dos signos para un sonido. Eso demuestra que es verdad, que el niño negro va a saber... Dos palabras: una más pequeña que otra. Dos filas de signos: una más corta que otra. Los signos se parecen a las palabras, excepto en que las palabras “son sonidos y los signos no pueden oírse. Quizá los signos CO quieren decir co y los signos MA, ma... Sí, sí, así es. El signo N es el ruido que se hace con la lengua sobre los dientes. El signo A es el ruido que se hace con la boca abierta, como ¡ah, ah!... y como en plátano. Y el signo M representa el ruido que se hace al cerrar los labios y... el niño negro sabe, ahora ya sabe...

Por el rostro le corrían gotas de sudor. Recorrió con la mirada los otros carteles y se fijó en uno de ellos que reproducía algunos de los caracteres que acababa de entender y representaba un árbol. Vio los signos ARBOL y luchó contra su profunda ignorancia deletreando AR-BOL.

–¡Arbol! –gritó en el colmo de la alegría, comprendiendo que el signo R correspondía al ruido de carraspeo de la garganta.

Se sentó en el suelo, presa de vértigo, y se sujetó la cabeza con las dos manos, esforzándose en no pensar más para no sufrir. Más tranquilo al cabo de un momento, reanudó la tarea de descifrar los carteles uno a uno.

Los hombres que siglos antes habían impuesto la ortografía fonética en todo el territorio USA habían prestado un inmenso servicio al niño negro.

III

Ing 3 lanzó un pequeño grito de alegría. Cap 4 le puso una mano sobre el hombro.

–Esta vez creo que le tenemos –dijo–. Pero como le decía ayer, eso no nos ayuda gran cosa. Creo que es una satisfacción puramente moral.

La lámpara del detector parpadeaba a toda velocidad. De repente se volvió amarilla, disminuyó el ritmo de sus parpadeos y se apagó.

–Doc ha cambiado de lugar –dijo Cap 4.

Ing 3 estaba pálido.

–No, Jax –dijo–. El compás está desbloqueado, mire. Doc no se ha movido.

–Pero, ¿cómo...?

–¡Exactamente como ayer! Sólo hay una razón para que el aparato se conduzca así. Es preciso afrontar la realidad.

–¿Radiactividad superior a 17?

–Sí, ha debido de intoxicarse. ¿Dónde se habrá metido?

Jax hizo un gesto de preocupación.

–Espero que se haya dado cuenta –dijo lentamente–. Quizá todavía esté a tiempo de curarse. Después de todo, es médico.

–¿Curarse con qué? –gimió Brig–. Su ciencia sin material le es completamente inútil.

–¡Háblele! –dijo Jax.

–Pero ¡si su célula está destruida! No ha establecido comunicación con nosotros desde que le perdimos.

–Quizá aún funcione receptivamente, sin poder emitir, como la mía –dijo Jax acariciándose con la mano el cráneo vendado.

–En ese caso, habrá sido testigo mudo de nuestra conversación. Es inútil que yo le dirija la palabra.

–Comprenda el bien moral que le hará si usted se dirige de modo directo a él.

–Tiene usted razón, Jax.

Brig miró instintivamente en la dirección indicada por el detector.

–Doc 1 –dijo en voz alta–, usted ha oído lo que le he dicho a Cap 4. Sin duda usted es radiactivo por encima de 17. No intente salir de Niork. Necesita con urgencia encontrar un servicio sanitario para curarse.

Brig se enjugó la frente.

–¡Ojalá que usted me oiga, Doc 1! –añadió en voz más baja.

IV

Agotado por los esfuerzos de la lectura, el niño negro se había quedado dormido en el mismo suelo de la sala empapelada de anuncios. Después de dormir durante una hora entera, se estiró y se levantó. Contempló los carteles esbozando una sonrisa de triunfo. Los había leído todos, aunque bien es verdad que sin entender muchos de ellos. Palabras como «máquina de afeitar», «sintético» o «ciudadano» no significaban nada para él.

Mejor armado con la ciencia recién adquirida, prosiguió su interminable y apasionante exploración. Recorrió un obscuro corredor y tuvo que accionar levemente su arma para ver con un poco de claridad. Un esqueleto luminoso de niño y un esqueleto de oso caminaron en silencio hacia el extremo del corredor. Chocaron con una puerta cerrada, encima de la cual el niño descifró las palabras:

«Corazón de Niork. Prohibida la entrada a los no técnicos»

El niño no comprendió el sentido de la inscripción y se preguntó cómo Niork podía tener corazón.

Se encontró ante monstruos extraños cuyos grandes ojos de cristal mostraban signos aislados: A, X, Z... y otros signos incomprensibles, que eran cifras. Aquellos monstruos eran de metal y tenían numerosas patas muy raras que se parecían al mango del arma de los dioses.

–Estos monstruos no son de verdad –pensó el niño–. Han sido tallados en hierro como la diosa lo ha sido en piedra.

Puso una mano sobre uno de los ojos de un monstruo y apretó: el ojo se hundió con un ruido de resorte. El niño retrocedió aterrado, mientras los cuernos del monstruo empezaban a girar a toda velocidad sobre sí mismos despidiendo intensos destellos azules. El monstruo emitió un gemido continuo que fue subiendo de tono hasta alcanzar un agudo insoportable. El niño se alejó al otro extremo de la sala tapándose los oídos.

–El monstruo es de verdad –dijo–. Como los hombres de hierro de la puerta.

Salió corriendo de la sala y fue detenido en su carrera por un muro invisible. Las puertas de la pequeña cámara en la que se hallaba se cerraron tras él como las de una trampa. Una voz habló:

–¡Técnicos, atención! Dentro de un minuto, desinfección automática. Respiren lo más lentamente posible.

El niño sacudió las puertas sin conseguir moverlas. Se oyó un silbido y una nube rosa invadió la cámara. El niño y el oso tosieron hasta más no poder. El suplicio duró sus buenos cinco minutos. Después, el gas desapareció, aspirado por algún sitio, y las puertas se abrieron ellas solas.

El niño y el animal huyeron por el obscuro corredor. La luminosidad de su esqueleto había quedado reducida a la mitad. Sofocados, se detuvieron cuando el zumbido de la máquina se perdió en la lejanía, sin sospechar que esta aventura había sido beneficiosa para ellos, pero que habría hecho falta repetir la operación cien veces para curar su solapada enfermedad. El niño no había establecido ninguna relación entre el trágico fin de Thoz y de la tribu y la inquietante fosforescencia.

Era una lástima para él que los controles del obscuro corredor no funcionaran, pues los robots le habrían obligado a volver a la cámara de desinfección hasta que se hubiera curado del todo. También es verdad que, si los controles hubieran funcionado, le habría sido imposible penetrar en la sala de máquinas.

Sin embargo, al concederle la suerte una prórroga, su agonía se aplazaba algunas horas.

–Hay dioses escondidos por todas partes –pensó el niño–. Los que han dado de comer al niño negro son muy amables. Los demás son malos. Pero, ¿por qué no se les ve?

La reconfortante luz del día le atrajo hacia la derecha. Se encontró ante una gran avenida cubierta. A través del techo acristalado en ojiva, el cielo aparecía de un azul radiante. El Sol mantenía en la avenida una temperatura de estufa. Plantas de una altura increíble bordeaban la calzada de metal. Algunos árboles llegaban hasta la bóveda y sus troncos torcidos reptaban a lo largo de la pared transparente que no habían podido reventar. En algunos lugares, el espesor del follaje era tal que sólo dejaba filtrarse una luz verdosa. Encantado, el niño se creyó en un bosque. Pero el calor incomodaba al oso.

Continuando su marcha, llegaron a un cruce adornado con un inmenso estanque. Al mirar a su alrededor, vieron cinco avenidas semejantes a la primera que convergían en aquel sitio. El niño no pudo resistir el deseo de bañarse y se tiró de cabeza al agua tibia del estanque. Retozó durante unos minutos antes de percatarse de que había una gran abundancia de peces rojos. Salió del agua y barrió la superficie con un chorro de llamas del arma de los dioses. Fue un juego capturar los peces muertos que flotaban con el vientre al aire.



El oso se mostró satisfecho con la iniciativa de su señor. Sentados uno al lado del otro, devoraron cruda su pesca inesperada. Frutos desconocidos que tomaron de las ramas de los árboles completaron su comida. El niño abandonó a disgusto el inmenso jardín, pero la curiosidad era en él más fuerte y le empujaba a seguir explorando aquella ciudad sorprendente y gigantesca que reservaba una nueva sorpresa en cada recodo.

Después de pasear un rato, llegó delante de un pórtico en el que brillaban las letras luminosas de un rótulo:

«Facultad de Medicina»

El niño leyó sin dificultad, pero no comprendió absolutamente nada. Franqueó el pórtico preguntándose si esas palabras significarían algo bueno o malo para él.

Atravesó varias salas inmensas repletas de sillas, vio muchas máquinas extrañas que no se atrevió a tocar y empujó una puerta que daba a una cámara obscura. Estupefacto, se quedó clavado en el umbral. Alineada en un orden impecable, allí estaba su tribu, inmóvil delante de él.

En la obscuridad se distinguía con claridad la luminiscencia de los nervios, de los vasos sanguíneos y del esqueleto de cada individuo.

–El niño negro ha encontrado a la tribu –dijo con voz apagada–. La tribu ha estado muy enferma del mal que hincha y se ha elevado a mucha altura por el aire. Pero el niño ha subido hasta Niork y ha encontrado a la tribu. ¿Quién es Thoz? ¿Dónde está Bagh? El niño no les reconoce. ¿Por qué los cazadores se han cortado la barba y el pelo?

Se acercó a una de las estatuas transparentes y la tocó con la mano. Estaba dura y helada. Le pareció reconocer a Thoz.

–¿Por qué no hablan los cazadores? ¿Está muerto Thoz? Thoz está frío como el Viejo de Santiag.

Apoyó la oreja en el pecho de plástico y sacudió la cabeza con tristeza.

–¡Thoz está muerto!

Recorrió con la mirada la extraña fila y distinguió a los pies de cada personaje una pequeña etiqueta.

–Sistema linfático –leyó en la base de la primera estatua–. No, no es Thoz, es sistema linfático. El niño no le conoce. No es su tribu, pero se le parece. También esta tribu ha comido carne de los monstruos, pues brilla con su fuego.

Descifró uno tras otro los raros nombres de la tribu desconocida: sistema linfático, aparato circulatorio, sistema nervioso. El que más le llamó la atención era muy complicado y casi imposible de retener: sistema muscular del torso humano. El individuo afligido con ese nombre horrible estaba inmovilizado en una postura derrengada y forzada y tenía las cuatro extremidades cortadas.

El niño, incómodo, se apresuró a alejarse hacia lugares más agradables. Divisó una puerta en la que ponía: «Vivisección III. Animales de laboratorio». Dio un salto de alegría. La palabra «laboratorio» no le decía nada, pero los animales le interesaban mucho.

–El dios loco dijo la verdad: Niork es un verdadero Paraíso para los cazadores. Aquí es donde está la caza.

Entró. Un penetrante olor le hirió el olfato. Con el arma preparada para disparar y todo él al acecho, cruzó varias salas desiertas. El oso daba señales de inquietud. Husmeaba el suelo y gruñía malhumorado.

El niño tropezó finalmente con una puerta cerrada. Detrás de ella se oían chillidos agudos e intermitentes, seguidos de minúsculos trotecillos. El niño empujó la puerta muy despacio. El olor se hizo inaguantable. Un cuadro de luz más intensa se recortó sobre el suelo y en él apareció un extraño animal que, sin ningún temor, se quedó mirando al niño con fijeza.

El animal se parecía mucho a una rata, pero ciertas particularidades lo diferenciaban. Su morro terminaba en una diminuta trompa afilada y el extremo de su larga cola se bifurcaba formando una horquilla.

–¡Lárgate, rata! –dijo el niño–. El niño negro busca caza y las ratas no son una buena comida.

El niño avanzó hacia el animalejo que, de mala gana, le cedió el paso lentamente, dejando escapar un chillido estridente. Unos diez roedores salieron de sus jaulas destripadas y acudieron a esa llamada. Después aparecieron otros veinte, que salieron de debajo de los muebles, descendieron por las paredes y llegaron a través de los agujeros del aire acondicionado.

En unos segundos, la sala se llenó de ratas. El niño sintió un vivo dolor en una pierna. Lanzó un grito y se agachó para espantar al bicho que le mordía cruelmente. Pero ya otros tres le hincaban en la carne sus agudos dientes. Retrocedió e hizo escupir fuego al arma de los dioses. Los pequeños cadáveres se arrugaban al arder, pero no por eso disminuía la furia de las ratas supervivientes. Una auténtica marea de pieles grises avanzaba hacia el niño. El oso se revolcaba por el suelo aullando de cólera y aplastando a sus enemigos por veintenas. El niño disparaba a la vez que reculaba hacia la puerta. El oso sacudió con rabia su gruesa piel y escapó.

–¡Oso! –gritó el niño–. ¡Espera!

El niño salió corriendo tras su compañero y los dos subieron por una escalera. AI llegar al piso superior, se pararon para recuperar el aliento. El niño se asomó a la barandilla y vio ondular sobre los escalones la oleada ascendente de los roedores. El aire se estremecía con el ruido de miles de patitas que arañaban el suelo con sus garras.

V

Ing 3 contó las pastillas que tenía en una cajita.

–Sólo quedan once –dijo–. Aun disminuyendo las raciones a la mitad, no tendremos más que para cinco días.

Cap 4 frunció los labios.

–Me pregunto qué comía esta gente –dijo–. En todo el tiempo que llevamos dando vueltas por esta ciudad, no hemos encontrado un solo distribuidor ni una sola estación metabólica. ¿Qué vamos a hacer, Brig?

–¡Salir de aquí! Luchar hasta el fin. En el fondo me alegro de no haber visto ninguna ventana en las últimas horas. Mirar hacia fuera, sentir que nuestro objetivo está detrás de un cristal irrompible, me parece un verdadero suplicio de Tántalo. ¡Salir de aquí, rayos, salir! Estoy harto de alimentarme de pastillas. ¡Si le dijera que es la primera vez en mi vida que las tomo!

–Yo no. Yo tuve necesidad de tomarlas hace diez años, cuando estuve perdido durante trece días en el desierto de Edom.

–¿Fue usted a Marte?

–Sí. Allí pasé momentos angustiosos. Pero no tuve una sed tan espantosa como aquí.

–¿También se siente usted deshidratado? Creo que estas pastillas están mal dosificadas.

–No, son demasiado viejas. Tengo la garganta rasposa. Me gustaría volver a encontrar el laboratorio en el que había una cañería de agua rota.

–Si nos hubiéramos quedado allí, no lo contaríamos. ¡El agua llegaba ya hasta la barbilla!

–Ha llegado un momento en el que la muerte por inmersión me parece dulce. Desde que...

Brig interrumpió a su compañero.

–¡Jax! –gritó.

–¿Qué le ocurre?

Brig agarró por los hombros a Cap 4, que se había quedado estupefacto.

–Amigo mío, tranquilícese. Está usted pálido. ¿Qué le sucede?

Brig rompió a reír.

–¡Una idea! ¡Acabo de tener una idea!

–¿Y eso le produce tal efecto? ¡No sea usted sub-cultivado!

–No bromeo, Jax. Usted ha hablado de esa cañería de agua. Eso me hace pensar en las conducciones de aire.

–No veo a dónde quiere usted ir a parar.

–Reflexione. Esas conducciones de aire llevan al exterior. ¿De dónde cree usted que toman el aire?

–Pero en el sintetizador de atmós... ¡Por Júpiter! –juró Cap 4.

–Ya veo que me ha entendido, amigo mío. ¿Para qué les serviría a los terráqueos un sintetizador? Estamos en la Tierra, no en Venus. Esas conducciones toman el aire del exterior, así de sencillo.

Jax señaló con el dedo una boca de ventilación.

–He ahí nuestra puerta de escape –dijo–. No tenemos más que seguir la conducción hasta encontrar otra lo suficientemente amplia para deslizamos por ella y bajar lo más que podamos.

Los dos hombres se precipitaron hacia la sala contigua, mirando al techo.

–¿Dónde está...?-

–Allí, ya lo veo: ese tubo verde.

Corrieron hasta el pasillo sin apartar la mirada del tubo verde.

–Lo he perdido –dijo Jax.

–Ustedes los militares no tienen ni idea de arquitectura. Espere. Este muro es muy grueso... Ahí tenemos otro tubo verde, aunque no es el mismo. Mire, todos confluyen en este muro. Subamos al piso superior: sin duda encontraremos en él una conducción más importante.

En su apresuramiento, Brig tropezó con un rodillo que atravesaba la escalera mecánica estropeada, se cayó de bruces, maldijo y se reunió con Jax cojeando.

Cap 4 se afanaba ya en arrancar la reja que obstruía una boca de ventilación. La reja era poco sólida. Cap 4 arrojó los trozos rotos a un lado y metió la cabeza por aquella boca.

–Esto está obscuro como la noche espacial. ¿Funciona su lámpara, Brig?

Brig le tendió la lámpara.

–Creo que cabemos, esto tiene unos setenta y cinco centifixos de anchura. ¿Quiere usted pasar delante?

–No, es mejor que vaya usted primero. Me he torcido un pie y podría retrasarle.

–No se preocupe, amigo mío. Yo iré primero, si así lo desea, pero no piense que le voy a dejar en la estacada.

Jax se introdujo por la conducción, una especie de pozo liso y vertical, con la lámpara de Brig entre los dientes. Brig esperó a que Jax hubiera descendido unos metros y después le siguió.

El descenso era fácil. Bastaba con dejarse deslizar y frenar la caída apoyando las rodillas y la espalda contra la pared circular. Todo fue bien durante unos cien metros. Entonces Jax se animó y se dejó caer más deprisa. Brig vio como disminuía la escasa luz de la lámpara. Aflojó la presión de las rodillas y la espalda para alcanzar a su compañero y, antes de poder frenar, chocó contra él brutalmente.

Oyó un grito sofocado y vio cómo Cap 4 desaparecía a una velocidad vertiginosa. Enloquecido, se dejó caer detrás de él lo más deprisa posible y de nuevo chocó con Jax más violentamente de lo que habría deseado. La lámpara se había apagado. Sintió bajo sus pies el cuerpo de Jax.

–¿Está bien, Jax? –preguntó inclinando la cabeza todo lo que le permitía la estrechez del conducto.

Cap 4 no respondió.

–¡Jax! –llamó Brig.

Inquieto, tanteó con la mano libre y sintió la cabeza de Jax inundada de un líquido pegajoso. A punto de perder la razón, llamó a Jax otra vez. El pie herido le dolía mucho y tuvo que descansar apoyando el otro pie sobre un hombro de Jax. Haciendo penosas contorsiones logró encontrar la lámpara que yacía sobre el pecho de su compañero. Por fortuna, aún funcionaba. La encendió y pudo ver que la mitad del cuerpo de Cap 4 había quedado retenida en una curvatura horizontal del conducto, lo que explicaba que no hubiera caído más abajo. Su vendaje estaba empapado de sangre.

Brig puso suavamente un dedo sobre el cuello de fax. Al sentir las pulsaciones de éste, respiró aliviado. Había temido lo peor. Al cabo de un rato oyó a Jax murmurar algo.

–¿Se encuentra mejor, Jax?

–Sí... ¡Qué golpe! Yo...

–¿Le duele?

–¿Qué...? Sí, me duele.

–¿Mucho?

Jax suspiró ruidosamente y su voz se aclaró.

–Me encuentro un poco mejor... Su talón ha debido de golpearme en el cráneo, ¿no es así?

–Sí, lo siento muchísimo, Jax.

–Ha sido culpa mía, por querer ir demasiado deprisa. Bueno, ya estoy casi bien. Déjeme recobrar un poco el aliento y en seguida reanudaremos el descenso, apoyándonos con la espalda en la pared, hasta donde sea. El conducto hace un codo en horizontal.

Páseme la lámpara, por favor.

–¿Quiere que vaya yo delante?

–No. No hay sitio suficiente para cruzarnos. Pero no se inquiete, todo irá bien.

Avanzaron despacio durante unos diez metros y llegaron a un segundo codo.

–No es propiamente un codo –dijo Jax después de haber enfocado la lámpara hacia adelante–. Entramos en un conducto más ancho.

–¿Cuánto mide?

–Bueno, yo diría que un fixo veinticinco.

–¡Por Júpiter! Esto se pone difícil.

–Vayamos con prudencia.

Jax adelantó las piernas poco a poco por el conducto. Tanteó con un pie y, de repente, desapareció.

–¡Jax! –se inquietó Brig.

–Estoy aquí. He metido un pie en una abertura secundaria un poco más abajo. Puede seguirme. Ahora no tenemos un resbaladero, sino una escalera. En el fondo, lo prefiero.

Pero Jax no estaba del todo en lo cierto. De hecho tuvieron que deslizarse de piso en piso, aprovechando para descansar los conductos secundarios que comunicaban con cada planta. Por prudencia dejaron entre ellos una distancia de un piso. Después de una media hora de practicar esta agotadora acrobacia, Jax dio señales de cansancio.

–Me gustaría tenderme un rato en un conducto secundario –dijo.

Brig, cuyo tobillo se estaba hinchando, se apresuró a asentir. Se reunieron en un tubo más estrecho y reposaron en silencio. Un poco después, Jax levantó ligeramente la cabeza.

–¿No oye, Brig? –preguntó.

–No.

–¡Escuche!

Brig aguzó el oído. Efectivamente, algo hacía ruido: parecían pequeños chillidos agudos, mezclados con gruñidos.

Los dos hombres se dirigieron al orificio opuesto al conducto y después de pasar un codo subieron casi en vertical. Llegaron a una reja que les separaba de una amplia sala.

Jax reprimió un grito de pasmo. Miles de ratas bullían al otro lado de la reja. Después, un vivo resplandor barrió al tropel de roedores, dos sombras cruzaron a toda velocidad por el reducido campo visual de Jax y Brig y se oyó un violento portazo.

Las ratas advirtieron en seguida la presencia de los dos hombres y algunas de ellas treparon por la reja mordiendo el metal con sus dientecillos rabiosos.

–¿Ratas? –se asombró Brig.

–Sí, o al menos algo que se le aproxima. Quizá una raza de mutantes. Mire sus colas.

–Este sitio es peligroso –dijo Brig–. ¿Qué tal si nos vamos?

Volvieron al gran conducto intercambiando sus impresiones.

–He visto un pie descalzo y negro –afirmó Jax.

–¿Un pie de hombre?

–En efecto, y una especie de animal velludo. Luego, una llamarada.

–No entiendo nada.

–Ni falta que hace. Contentémonos con salir de aquí. No quiero servir de pasto a esas ratas hambrientas. Afortunadamente parece que la reja ha podido detenerlas.

Reemprendieron el interminable descenso. Por último, el conducto formaba un codo y pudieron avanzar a cuatro patas. Pronto llegaron al borde de un auténtico precipicio. El conducto desembocaba en un enorme pozo de ventilación de tres metros de anchura, perforado cada tres metros por una corona de orificios secundarios. Jax se asomó al vacío con cuidado. La luz de la lámpara se perdía en la profundidad del pozo.

–Esta vez no sé qué vamos a hacer –dijo Brig.

–Yo sí lo sé –dijo Jax–. Voy a colgarme del borde del pozo con las manos y usted se deslizará abrazado a mí hasta el orificio inferior. Entonces intentará hacer pie en el orificio para poder soportar mi peso cuando yo me suelte. Después le tocará a usted hacer lo mismo.

–Nos vamos a estrellar –gimió Brig.

–Lo prefiero a morir de sed en este laberinto.

Jax se descolgó en el vacío. Su compañero le puso las manos en los hombros, apoyó el pie en su cintura y, abrazándose a su cuerpo, se deslizó suavemente hacia abajo.

–Dese prisa –dijo Jax–. Siento que se me aflojan los dedos.

Brig apretó los dientes, afianzó los pies en el orificio inferior y, con los brazos levantados, sujetó fuertemente a Jax por las rodillas.

–Ya puede soltarse –dijo Brig.

Jax obedeció. Con los músculos tensos, Brig intentó desesperadamente afianzarse para evitar la caída. Pero el tobillo lesionado le traicionó y sus rodillas se doblaron. Tuvo la impresión de que el cuerpo de Jax pasaba delante de él con una lentitud terrorífica. Trató de atraparlo en un enloquecido gesto, pero fue arrastrado por el paso de aquél.

Los dos cayeron. Jax lanzó un grito aterrador. La caída no acababa nunca... De repente, una corriente de aire de una violencia inaudita les hizo ascender a gran velocidad igual que si fueran moscas en el tubo de un aspirador. Girando con los miembros como aspas, fueron impulsados hasta lo más alto del pozo donde chocaron rudamente con una superficie dura, unos quinientos metros más arriba.

Pegados al techo como insectos, ensordecidos por una tempestad de roncos silbidos, tardaron un buen rato en recuperarse. Al fin, Jax sintió el contacto de la mano de Ing 3 que le apretaba la suya y se dejó arrastrar hacia un lado. Asi se deslizaron penosamente por el techo contra el que el viento les mantenía adheridos.

–Cuando el ventilador aminore su velocidad –gritó Brig al oído de Jax–, nos dejaremos caer con suavidad hacia él. Quizá podamos pasar entre las paletas.

VI

El niño negro corrió precedido del oso e iba cerrando detrás de sí el mayor número posible de puertas. Llegaron a una cámara formada enteramente por una cúpula transparente. El niño se tumbó en el suelo y así estuvo un buen rato, jadeando, mientras el oso recorría el refugio

tratando de derribar a patadas la pared translúcida. Lo único que consiguió fue hacerse daño y, de mal humor, terminó echándose en el suelo junto a su dueño.

Cuando éste estuvo más calmado, miró a su alrededor y reprimió un grito de asombro. Se aproximó a la cúpula y, dirigiendo la mirada hacia el suelo, creyó al principio que una gran cantidad de nieve había recubierto las partes bajas de Niork. Pronto comprendió que lo que veía no era el suelo, sino un mar de nubes, de una blancura deslumbrante, por encima del cual sobresalían aquí y allá inmensos edificios en forma de S, de L invertida o de T mayúscula. En lo alto, el cielo aparecía de un azul obscuro, casi negro.

El niño permaneció varias horas contemplando aquel espectáculo. Fue arrancado de su ensueño por el oso, que gemía cada vez más lastimeramente y daba vueltas con aire inquieto. El niño quiso acariciarle la cabeza, pero el oso retrocedió enseñándole los dientes. Después el animal rodó por el suelo, aullando y, súbitamente, tras dos o tres espasmos, se quedó inmóvil.

–¡Oso! ¡Oso! –gritó el niño en el colmo de la desesperación.

Ocultó la cara llorando en la tibia piel del oso y sintió que algo se movía debajo de ella. Alzó el rostro bañado en lágrimas.

–¿El oso está muerto? –preguntó al cadáver.

Y de repente comprendió. Vio ondularse la piel del animal y oyó un ruido de agua hirviendo. Con los ojos desorbitados vio cómo el oso se hinchaba más y más... Primero el vientre, luego los miembros. En pocos minutos, el volumen del animal muerto se duplicó y se triplico, mientras sus articulaciones crujían con ruidos secos.

El oso, enorme globo de piel hirsuta, se elevó unos diez centímetros y rebotó dos o tres veces en el suelo. La fuerza ascensional del gas no bastaba para vencer el peso de la bestia.

–El oso está muerto –gritó el niño negro arañándose el rostro.

Después permaneció postrado en un rincón durante horas: sus ojos estaban secos y sentía un extraño dolor en el pecho.

Un roce apenas perceptible le sacó de su apatía. El ruido procedía de la habitación vecina. Se levantó y se puso de puntillas para mirar al otro lado de la puerta a través de una ventanilla minúscula. Divisó dos ratas que estaban jugando y se dio cuenta de que odiaba a esos animales como nunca había odiado a ningún otro adversario. No había odiado al jaguar, su primer vencido, ni a los grandes pulpos... Y odiaba sobre todo a las ratas por su número, ahora que ya no tenía al oso como ayuda para defenderse.

Decidió escapar de allí y, como tenía cortada la retirada por el interior del edificio, rompió con un chorro de fuego la cúpula transparente. Salió por la abertura así practicada y empezó a realizar peligrosos ejercicios gimnásticos, saltando de cornisa en cornisa sobre los vertiginosos tejados de Niork.

VII

–¡El viento disminuye! –gritó Jax.

Se pasó una mano por la cara y comunicó por señas a Brig que había llegado el momento de confiar en la suerte. Se lanzaron en medio de la pavorosa corriente de aire y descendieron un poco. Después subieron de nuevo a sacudidas y volvieron a bajar, como pelotas de ping-pong sobre un chorro de agua que se debilita a ratos. De vez en cuando caían libremente durante unos cincuenta metros antes de ser frenados por el viento.



–¡Nos vamos a matar! –gritó Brig.

No sabía si su compañero le oía. Bamboleado por el remolino, inmerso en una obscuridad total, vivía una verdadera pesadilla. El viento le aplastó por un momento contra el orificio de un conducto secundario. El instinto de conservación fue más fuerte. Brig se agarró a los bordes del conducto, se introdujo unos metros en su interior y aguardó.

Poco a poco, la fuerza del viento disminuyó y cesó el ronroneo que venía de las profundidades. Brig estuvo unos instantes aturdido. Le ardían las orejas. Le pareció que el silencio le ensordecía. Por último asomó la cabeza por el pozo principal.

–¡Jax! –llamó, intentando ver en las tinieblas.

La voz que le respondió no era la de Cap 4. Impersonal y monocorde, resonó como si estuvieran en una catedral.

–Los obreros encargados de la verificación de las juntas deben poner en hora sus relojes. Al sonar el gong, serán exactamente las 16 horas... ¡Dong!... Son exactamente las 16 horas. Pongan en hora sus relojes, por favor. Dentro de una hora exactamente deberán encontrarse junto a los orificios de salida. A las 17 horas el trabajo tendrá que estar terminado y los obreros serán evacuados. El ventilador aerodinámico se pondrá de nuevo en marcha a las 17 horas y 5 minutos.

De repente, toda la red de ventilación se iluminó. La luz parecía brotar de las mismas paredes. Brig entornó los párpados y miró hacia abajo. Estaba tan sólo a unos treinta metros encima del ventilador. Llamó a voz en cuello a su compañero sin recibir respuesta. Cuando sus ojos se acostumbraron a la intensa luz, comprendió: Jax yacía inerte sobre las paletas de una hélice del ventilador.

Brig observó que Jax inclinaba levemente la cabeza hacia un lado y tuvo un resquicio de esperanza. Pronto se desengañó. El movimiento había sido producido por una barra metálica que, saliendo muy despacio del tabique, apartaba del muro la cabeza de Jax.

Una segunda barra brillante salió del muro encima de la primera, después una tercera y otra, cada vez más deprisa. Los escalones se multiplicaron, surgiendo unos tras otros, y estriaron el pozo de ventilación en toda su altura. Su sucesión se perdió hacia arriba con un ruido de cierre de cremallera.

Brig se aprovechó de la escalera así formada para descender hasta donde estaba Cap 4. Jax estaba muerto. Con afectuosa tristeza, Ing 3 puso una mano sobre la cabeza vendada de Jax, originando bajo el húmedo vendaje un ruido de huesos triturados.

Había que salir de allí a toda costa. Brig empezó a deslizarse entre dos paletas del ventilador. Metió las piernas por el espacio intermedio, hizo fuerza, pero no pudo pasar las rodillas. Probó a apartar, a retorcer el metal, pero sus esfuerzos fueron vanos.

Fuera de sí, miró a su alrededor y advirtió que una de las paletas se encontraba abollada debido a un choque, sin duda el mismo choque que había causado la muerte de Cap 4. Rindiendo mentalmente homenaje a la memoria del muerto que quizá le iba a salvar, Brig consiguió, con grandes esfuerzos, introducirse hasta la cintura bajo la paleta deformada, pero no pudo pasar de allí.

Trató de salir. No lo consiguió a pesar de todos sus esfuerzos. Atrapado en la trampa, se echó a llorar como un niño, agotado y aterrado. Había perdido un buen cuarto de hora y la hélice volvería a girar dentro de unos cuarenta y cinco minutos.

Con la energía que presta la desesperación, desgarró con manos y dientes su traje espacial. Así pudo meter entre las paletas el torso desnudo y chorreante de sudor en una angustiosa carrera contra el tiempo.

Los minutos pasaban. Consiguió descender unos diez centímetros más. Espiró con fuerza para deshinchar los pulmones y ganó otro poco de terreno... Reanudó la lucha: el metal le arrancaba cruelmente tiras de piel de los costados.

–¡Dong! Son las 17 horas. Se avisa a los obreros que sólo tienen cinco minutos para evacuar la red. Este aviso no será repetido.

Brig se afanó con todas sus fuerzas. Veía ya en su imaginación a la hélice despedazándole. Un hombro y la cabeza se negaban a pasar. Todo el peso de su cuerpo, que pendía del ventilador, era sostenido por el hueso del pómulo izquierdo, cuya carne había sido rebanada por el borde de la paleta. Había perdido la noción del tiempo, sólo se daba cuenta confusamente de que los segundos transcurrían muy deprisa. Por fin, con una tremenda sacudida terminó de desgarrarse la mejilla y cayó sobre las manos y las rodillas, gimiendo de dolor.

Alzó los ojos hacia las paletas y vio cómo se ponían con lentitud en marcha. Dio un salto y corrió lo más rápido que pudo hacia la reja que cerraba la entrada de un corredor de unos cincuenta metros de largo.

El movimiento del ventilador se acentuó. Un viento violento contrariaba sus esfuerzos y le obligaba a avanzar encorvado. Por último, alcanzó la reja y tiró de ella con todas sus fuerzas, ayudándose de la poderosa corriente de aire que le aspiraba hacia el interior del edificio. La potencia del viento era tal que Brig, aferrado a la reja con las manos, flotaba horizontalmente como una bandera.

Con grandes esfuerzos logró introducir una pierna y luego otra entre los barrotes de la reja. Sujeto por las cuatro extremidades a la reja, permaneció así quizá una media hora, expuesto a la corriente de aire helado que venía del exterior.

Cuando el ventilador se paró, Brig se tumbó en el suelo. Le dolía el pecho cada vez que inspiraba. Se sentía medio muerto de fatiga y de frío. A duras penas se puso en pie, tropezó y se desplomó contra la reja, que se abrió sola. Cayó en un montón de nieve diez metros más abajo y se desmayó, habiendo agotado sus fuerzas al tratar de abrir la reja en sentido contrario.

VIII

Doc 1 escalaba los últimos metros del acantilado en el que se encaramaba Niork. Un último esfuerzo sobre la pendiente rocosa le condujo a la cumbre. El vasto puerto desierto se extendía ante él. Hierática, la colosal mujer de piedra levantaba su brazo al cielo. Su espejo reflejaba las últimas luces de la puesta del Sol. Las sombras de los edificios gigantescos se alargaban sobre el suelo.

Doc 1 chapoteó en los bordes del río Huds, que surcaba con sus múltiples brazos la hierba gris y las capas de nieve. El hombre atravesó el puerto en diagonal, torció hacia el Este, dejó el bloque de Manhattan a su izquierda y se introdujo en el inmenso túnel por donde en otro tiempo había corrido el East River.

Avanzó prudentemente guiándose por la débil luz del día que penetraba por el otro extremo del túnel. Trozos de rocas se derrumbaban a sus pies. Apoyándose con una mano en la pared, se echaba atrás cada vez que algo reptante y frío le tocaba. Chapoteos, resplandores fugitivos y fétidos olores a moho alertaban sus sentidos. De vez en cuando, un grito semejante a un estertor respondía, delante o detrás de él, a otros gritos, repetidos hasta el infinito por ecos bajo bóvedas.

Por fin salió de nuevo a la luz y, después de recorrer unos quinientos metros, vio la astronave. Esta tenía el aspecto de un huevo monumental, adornado por un intrincado conjunto de viguetas metálicas que se erguían hacia el cielo. Al divisar la nave, Doc sacudió la cabeza con lástima.

–Una araña con las patas al aire –murmuró–. Sí, realmente parece una araña muerta. Y no puede estar más muerta. ¡Eh! –gritó–. Cap 4, ¿está usted ahí?

Corrió tropezando en las rocas. Al acercarse al aparato, pudo apreciar la magnitud de los daños que había sufrido. Alrededor de él, el suelo estaba sembrado de trozos de viguetas rotas.

–¡Eh! –gritó de nuevo Doc–. ¿No hay nadie ahí?

Trepó por las márgenes del antiguo East River y de un salto se plantó entre las viguetas de la nave. Por una rotura del casco se introdujo en el interior del huevo gigante.

En la obscuridad sus pies pisaron restos de toda clase. Buscó a tientas por las paredes hasta que tocó algo que produjo un sonido de interruptor.

–Aquí no hay luz –observó.

Avanzó con dificultad por un piso tan oblicuo que tenía que apoyar alternativamente el pie derecho sobre el tabique y el izquierdo sobre el suelo. Su frente chocó con algo y juró en voz baja. Sus manos exploraban los alrededores y reconocieron los contornos de una puerta redonda. Buscó el picaporte sin éxito y se rió irónicamente.

–¡Seré tonto!

El picaporte se encontraba arriba a la izquierda y no abajo a la derecha, puesto que la nave estaba del revés y el piso era el antiguo techo de aquel pasillo obscuro. Se empinó sobre las puntas de los pies y logró agarrar lo que buscaba. La puerta se abrió y apareció una sala iluminada con una azulada luz.

–¡Por fin en casa! –dijo Doc–. Estaba harto de vivir en la luz amarilla de ese horrible Sol tibio.

Cruzó la cabina de mandos, llena de instrumentos de medida rotos y de pantallas opacas para siempre. Apoyándose en una barandilla que había en la pared logró ascender por un pasadizo.

–Nunca había creído que este lugar sería tan incómodo con la gravedad terrestre –rezongó entre dientes Doc.

Fue a dar a un espacio circular donde se amontonaban literas desbaratadas.

–¡Cap 4, Ing 3! –llamó–. ¿Dónde están?

Empujó otra puerta y gimió al ver el estado lamentable de su laboratorio personal. Tuvo que apilar unos objetos sobre otros para poder pasar a la cámara contigua, cuyo acceso se encontraba en el techo. Asomó la cabeza por la trampilla y sus ojos se encontraron con otra mirada. En el suelo estaba tendido un hombre, sangrando y con el rostro bañado de sudor.

–Pero, ¿es usted, Ing 3?

Doc saltó junto al enfermo y le tomó la muñeca. Hizo un gesto de impaciencia y miró a su alrededor.

–¡Ni el más mínimo instrumento! ¿Qué le ha sucedido, Ing 3? ¿No puede hablar? ¿Me oye? ¿Se ha arrastrado demasiado tiempo por la nieve? ¿Tiene frío? ¿No?

Ing asintió con la cabeza.

–No se mueva –le ordenó Doc.

Descendió a la pieza inferior y buscó algo entre los trozos de chatarra. Por fin tocó una caja alargada, la agarró y subió al lado de Brig. Abrió la caja, le descubrió el pecho a Brig y le hincó con movimiento rápido entre dos costillas una extraña ampolla alargada.

–Si hubiera llegado unas horas más tarde, no habría podido hacer nada por usted.

IX

Al día siguiente, Brig surgió de una extraña somnolencia. Una intensa luz le hería los ojos. Cuando quiso incorporarse, Doc le mantuvo con mano firme en la posición tumbada.

–Permanezca así un cuarto de hora más, Ing 3. Está usted bajo la acción de la lámpara ultra-K, que he conseguido reparar.

Brig se llevó la mano al rostro. Sintió sobre la mejilla una película suave como la seda.

–¿Le escuece un poco? –preguntó Doc.

–¿Me ha vendado?

–Le he cuidado con una dedicación admirable –ironizó el médico–. ¿Qué le ha pasado a Cap 4?

–Ha muerto –dijo Brig–, destrozado por uno de los ventiladores que renuevan el aire respirable de Niork... Pero, ¿qué ha sido de usted?

Esta vez, Brig se enderezó sin tener en cuenta la oposición del médico.

–¡Doc 1, su radiactividad está por encima de 17! ¡Tiene usted que someterse en seguida a tratamiento!

El doctor palideció un poco, pero al instante sonrió tranquilamente.

–No diga tonterías, Ing 3. ¿Quién le ha metido esa idea en la cabeza?

–Fue... espere... fue anteayer... El detector le descubrió a usted y parpadeó antes de apagarse...

–¿Dónde ocurrió eso?

–En Niork. ¡Doc 1, sométase a tratamiento!

–Un momento, amigo mío –dijo Doc levantando una mano–, no tan deprisa. Anteayer yo no estaba en Niork, sino que caminaba penosamente en plena selva.

–Pero ¿entonces?

–Entonces, simplemente, usted ha detectado a otra persona.

–Pero no hay nadie en esta ciudad, excepto ratas mutantes y... Ahora que lo pienso, Cap 4 vio pasar a un ser humano. A decir verdad, no vio más que un pie, un pie humano. Estábamos atascados detrás de una reja que nos impedía ver otra cosa.

–Cuéntemelo todo.

Brig no omitió detalle de las penosas semanas que había pasado en las entrañas de Niork. Relató la muerte de su compañero, las dificultades que él mismo había tenido que superar para no correr idéntica suerte.

–Me arrastré hasta aquí –terminó Brig–, quería curarme. No me pregunte cómo llegué a su laboratorio, sólo conservo recuerdos confusos. Me acuerdo únicamente de haber escalado montones de...

–Y todo por buscarme a mí –le interrumpió el médico–. La muerte de Cap 4 pesa sobre mi conciencia.

–Usted habría hecho lo mismo que nosotros, Doc 1. No diga tonterías. ¿Cómo se extravió usted en la selva?

–También yo tengo sólo recuerdos confusos. En el bloque Manhattan fui atacado por las ratas de las que usted hablaba hace un momento. Fue horrible. Me persiguieron durante un día entero. No he podido dormir en no sé cuánto tiempo. Me acuerdo de que salí de Niork, dando alaridos, a través de una alcantarilla que va a parar al puerto. Anduve sin rumbo fijo en medio de la Naturaleza, alimentándome de tabletas. Hace un mes me encontré en un monte bajo sin recordar nada de lo que me había ocurrido después de abandonar Niork. He llegado a la ciudad gracias a mi sentido de orientación.

Explicó que primero había marchado hacia el Este hasta topar con las alturas de USA. Después había subido hacia el Norte, siguiendo las antiguas orillas del océano.

–Y aquí estamos juntos usted y yo, sin Cap 4. Jax era un poco irascible, pero un excelente compañero, ¿no le parece?

–Como todos los que hemos encerrado en el depósito de cadáveres –dijo Brig señalando una puerta–. Todos eran estupendos camaradas. Sólo faltan los restos mortales de Cap. 4. Pero confieso que sería una locura ir a buscarlos sin haber detenido antes el aire acondicionado del bloque Manhattan.

–Ya puede usted vestirse, Ing 3 –dijo Doc–. Está curado. ¿Cree que fuera será de día?

Brig se acercó a una pantalla que todavía funcionaba. Apretó un botón. La pantalla mostró las copas de unos abetos y detrás el perfil altivo de los edificios de Niork recortándose contra un cielo azul pálido.

–Es casi de día –comprobó Doc–. He pasado la noche levantado. Estoy agotado.

–Mire, Doc –dijo Ing 3.

El médico se reunió con el ingeniero delante de la pantalla.

–¿Qué es eso?

–No sé. Una especie de animal.

–Un animal trepador que desciende por aquel edificio... Ahora lo tapa el edificio de al lado y no lo veo.

–Mire, allí está, camina sobre aquel tejado metálico, a la izquierda de aquella hilera de ventanas:

–¿Dónde? ¡Ah, sí, ya lo veo! Pero, ¡si es un ser humano, a fe mía! Vamos, hay que verlo más de cerca.

Los dos hombres salieron de la nave y buscaron la pequeña silueta obscura. Pero mientras se desembarazaban laboriosamente de los restos del accidente, la figura había cambiado de lugar. Recorrieron con la mirada las superficies geométricas de los imponentes edificios de plástico, cuyas numerosas ventanas reflejaban la luz rosada del alba.

–¡Por los resbios! –juró Brig apuntando con el dedo–. Allí está. Es un ser humano y está colgado por las manos de esa cornisa. Se va a romper la crisma.

–¡Se cae! ¡Vamos deprisa!

Doc tiró de Brig y, tropezando con las rocas, se dirigieron lo más rápidamente posible al lecho del East River, hasta el lugar donde había caído el misterioso ser. Este había rodado por la ladera de un montículo de nieve formado por un capricho del viento y resbalado hasta el fondo de una hondonada que estaba muy obscura.

–Ya le veo –dijo Doc y descendió al fondo del hoyo–. Afortunadamente, la nieve ha amortiguado la caída.

Casi se echó por encima del niño negro en su intento de aproximarse a él cuanto antes. Se sentó a su lado con una expresión de temor en el rostro. El niño abrió los ojos.

–¡El dios loco! –dijo con voz débil reconociendo al doctor.

–¡No se acerque, Ing 3! –gritó el médico–. La radiactividad del niño es máxima.



En la sombra, las pupilas del niño parecían lámparas. Y a través de la piel se distinguían los detalles luminosos de toda su anatomía interna.

Quinta Parte

I

Pasaron los días, días de sufrimiento para el niño negro. Durante seis semanas vivió en un Infierno de alucinaciones: soñaba que los monstruos le trituraban con sus picos y que las ratas le devoraban vivo. Noches enteras se creyó perseguido por jaurías de perros salvajes, mientras la tribu se burlaba de él y le apedreaba.

Sentía realmente en su carne las heridas producidas por los monstruos, las mordeduras de las ratas y de los perros, los golpes de las piedras agudas.

Cuando emergía a un estado de semiconsciencia, una luz atroz le quemaba los ojos y voces deformadas le barrenaban los tímpanos. Esbozaba gestos de huida, pero gimiendo se sentía demasiado débil para llevarlos a cabo.

Un buen día, Doc pudo anunciar:

–Creo que está a salvo.

–Un bello espécimen para el vivero de la ciudad –dijo Brig–. Va a echar abajo las teorías de Stef sobre la inexistencia de razas de color en los tiempos prevenusianos.

–Lo sorprendente –dijo Doc– es que sea sexuado. Ese detalle animal en una figura humana tiene algo de horrible, es monstruoso.

–Es bastante repugnante, en efecto. ¿Cree usted que realmente ha nacido de una madre como una bestia?

–Sin duda alguna. Es un ser humano natural, absolutamente natural. Estoy impaciente por verle restablecido del todo para juzgar su grado de inteligencia.

–Mire, se ha vuelto a dormir.

–Dejémosle tranquilo. Creo que a partir de mañana podrá alimentarse de modo normal. Es joven, en seguida recuperará las fuerzas. Hagamos como él, vámonos a dormir.

El niño oyó cómo se alejaban las voces de los dioses. Luego una puerta resonó al cerrarse. El niño abrió lentamente un ojo. Por primera vez desde hacía mucho tiempo pudo hacerlo sin dolor. Ninguna luz violenta le hería la retina. Por el contrario, justo encima de él, un techo de color verde pálido difundía una luz de una suavidad deliciosa.

–El niño negro ha hecho como que dormía –dijo en voz baja–. Los dioses han creído que el niño negro estaba durmiendo.

Desde hacía tres días, manteniendo los ojos cerrados, escuchaba las palabras de los dioses. Sin comprender con exactitud lo que hablaban, discernía a la vez algo acogedor y algo hostil, o más bien una especie de afecto despectivo. De ahí su desconfianza.

Un profundo suspiro de satisfacción se escapó de su pecho. Miró con interés cómo subía su sangre por un tubo transparente a una caja y luego descendía por otro tubo. Los dioses llamaban a esa caja «organismo anexo» o, simplemente, «anexo».

El niño dirigió la mirada a su brazo derecho. El primer tubo estaba sujeto a la articulación del codo mediante una especie de ventosa. El segundo tubo se adhería del mismo modo a la corva de su rodilla izquierda. A través de los párpados entornados, el niño había visto cómo el dios llamado Doc retiraba los tubos. Sin dudar, tiró suavemente de las ventosas, que se despegaron con un ruido sordo. Se examinó el brazo y la pierna. No se veía ninguna herida.

El niño se incorporó y salió del confortable lecho. Miró a su alrededor.

–No es bonito este sitio –dijo.

La habitación tenía un aspecto extraño y estaba un poco inclinada. Multitud de objetos rotos se amontonaban en los rincones. Después de buscar a tientas el modo de abrir la puerta, el niño consiguió salir.

El cuarto contiguo estaba lleno de libros esparcidos en desorden por el suelo. El niño tomó uno, lo examinó por todos los lados y sonrió.

–Es una caja que habla con los signos de los dioses –concluyó.

Leyó un poco y no entendió gran cosa. Tiró el libro y agarró otro, grueso y pesado. Lo abrió, pasó la primera hoja y leyó: Diccionario universal enciclopédico, edición 900 P-R. Luego se encontró con una página en blanco. La página siguiente representaba una A enorme.

–A –dijo el niño encantado, acariciando con un dedo la letra.

Después, más abajo, pudo leer:

«A, a: Primera letra y primera vocal del alfabeto humano. La A nos viene de nuestro antepasado el *homo sapiens* terrestre, el animal más evolucionado de su planeta en los tiempos prevenusianos.»

El niño pasó unas cuantas hojas y llegó a la palabra alfabeto. Leyó atentamente varias veces el alfabeto, produciéndole una gran satisfacción reconocer reunidos los caracteres que tanto amaba. Después examinó el libro completo y rio muy contento.

–El niño negro ha comprendido. Todas las cosas están ordenadas como los signos del alfabeto: primero la A, luego la B y la C, hasta el final. Después, entre A y B, primero Aa, luego Ab, Ac... Y después: Aca, Acb, Acc... El niño negro ha comprendido y va a buscar el grupo de signos que quiere decir *dios*.

«*Dios*: En sentido propio, grosera superstición del animal *homo sapiens* que llenaba cómodamente todas las lagunas de su saber con la existencia de un ser invisible y perfecto, omniscente, omnipotente, eterno, creador y señor de todas las cosas. Ciertos animales de Marte creen aún en un dios. Los resbios de Venus creían en varios dioses (ver *Resbio*). En sentido figurado (familiar), se llama dios a una persona ridícula e ignorante que se da aires de hombre competente.»

El niño sacudió la cabeza.

–¡Estos signos mienten!

Se quedó pensando largo tiempo en lo que acababa de leer y despreció profundamente el saber de aquellos hombres.

–Doc 1 e Ing 3 no son dioses. Pero el niño negro sabe muy bien que hay dioses. El dios señor de todas las cosas es su jefe, el jefe de todos los dioses. Él lo puede todo.

El niño leyó ávidamente todo lo que encontró. Iba poniendo aparte en un rincón de su mente la masa enorme de las cosas que no entendía. Pero no olvidaba nada y terminaba repescando las palabras que en un principio había desdeñado: el sentido de un adjetivo o de un verbo próximo las volvía de pronto comprensibles.

Al cabo de una hora ya no necesitó leer línea por línea: de un solo golpe de vista retenía cincuenta líneas a la vez. Muy pronto, una simple mirada a una página le bastaba para aprendérsela de memoria.

Su cerebro absorbía y asimilaba cantidades prodigiosas de conocimientos, estimulado por una verdadera ansia de saber.

Después de un cierto tiempo agotó el gran diccionario y lo desechó, con la convicción de que no necesitaría volver a abrirlo jamás y de que no olvidaría nada de lo que en él había leído. Se tumbó en el suelo y leyó todos los libros que tenía a mano.

Predominaban los tratados científicos: matemáticas, medicina, física, astronomía... Al niño no le costó mucho trabajo prescindir de las obras elementales. Le fue suficiente un poco de reflexión para recrearlas mentalmente.

II

Un rayo de luz se deslizó entre los párpados de Doc, que abrió los ojos y bostezó.

–Buenos días, Ing 3 –dijo levantándose–. ¿Ya trabajando?

Brig escribía ecuaciones sobre una hoja de papel.

–Es casi imposible regresar a Venus –dijo–. Nos faltan instrumentos y especialistas... Pero estoy tratando al menos de hallar una solución. Pretendo construir una nave más pequeña. Eso exige aproximadamente diez años de trabajo, en el supuesto de que encuentre los materiales necesarios. Habría que desmontar ésta.

–Yo que usted confiaría más en la suerte.

–¿Qué quiere usted decir?

–De aquí a diez años habrán venido a buscarnos.

–No lo creo, Doc. Nos darán por desaparecidos, eso es todo. Nadie se detiene jamás en la Tierra. Este planeta no ofrece ningún interés. Haría falta una casualidad extraordinaria para que unos náufragos como nosotros aterrizaran exactamente donde estamos: ¡en Niork! Y usted sabe que los accidentes son demasiado raros.

Doc se frotó los ojos. Tenía la impresión de que una nube se interponía entre él y su compañero.

–No sé qué me pasa –dijo Brig–, no le distingo con claridad. Debo de tener la vista cansada.

–Usted también...

Doc se interrumpió. Esta vez estaba seguro de que delante de él se estaba formando una nube blanca. Oyó el grito de asombro de Ing 3, sin verle a él mismo. La nube adquirió una tonalidad más obscura, se condensó, tomó la forma de una silueta humana y se disipó. En su lugar apareció el niño negro.

Doc se levantó de un salto y se quedó petrificado. Brig abrió unos ojos como platos. El niño negro cerró el libro que tenía en las manos.

–No se asusten –les dijo–, es una simple experiencia de levitación. Su interés reside en que la he provocado científicamente.

Tiró el libro al suelo.

–Esta obra sólo refiere hechos sin explicarlos. Se mantiene en el plano del empirismo. Me complace comprobar que mi teoría estaba bien fundada.

El niño se volvió hacia Doc.

–Había olvidado darle las gracias por lo que ha hecho por mí, Doc 1.

Hizo una pausa.

–He estudiado mi caso –continuó ante el pasmo de los dos hombres–. Usted habría ganado tiempo dosificando las sesiones de desintoxicación según la siguiente progresión: tres minutos, seis horas de reposo; doce minutos, veinticuatro horas; cuarenta y ocho minutos, noventa y seis horas, y así sucesivamente.

–¡Por todos los planetas! –bramó Doc.

El niño le miró a los ojos. Doc se sentó en la litera situada detrás de él.

–No aparte su mirada de mis ojos –dijo el niño–. Eso se le va a pasar, Doc. Cálmese, estos últimos días ha estado sometido a un gran esfuerzo y se encuentra fatigado.

Había algo cómico en la seriedad de aquella carita negra.

–Así –prosiguió el niño–, estoy seguro de que ahora se siente usted mejor. Tengo la sensación de haberle causado un choque.

Se rio alegremente, con una risa infantil.

–La habitación que hay al lado de la mía está abarrotada de libros, una verdadera mina de conocimientos. He aprendido mucho esta noche.


RIE

Se volvió hacia el ingeniero, que parecía una estatua en posición de firmes, y se acercó a él. Tomó la hoja de papel en la que Ing 3 había escrito sus cálculos, la leyó rápidamente y movió la cabeza.

–Perdóneme, pero creo que así no lo conseguirá, Ing 3. No se preocupen. Yo les diré lo que tienen que hacer para regresar a su planeta.

–¿Quién eres tú? –balbució Brig.

El niño negro se mostró francamente asombrado.

–¿Qué? Yo soy el niño negro. El niño al que ustedes han salvado. Ya les he dicho que esta noche he leído casi todos sus libros. Eso lo explica todo. ¿Ustedes no leen nunca?

Ing 3 se sentó y se enjugó la frente. Doc se levantó y le puso una mano sobre el hombro al niño negro.

–¿Cómo te llamas, pequeño?

–Figúrense que no tengo nombre. En mi tribu me llamaban el niño negro. Me gustaría llamarme Alfabeto. Sí, de verdad, me parece un nombre muy bonito, el nombre de algo que me ha proporcionado un gran placer al aprenderlo. ¿Se puede uno llamar Alfabeto?

Doc sonrió tranquilizado: volvía a encontrar al niño debajo de aquel genio monstruoso.

–Quizá sea un poco largo. Te llamaremos Alf, si tú quieres.

–¿Alf? Sí, es mejor, más corto. Me gusta el nombre de Alf.

El médico se sentó y sentó al niño sobre sus rodillas.

–Alf, quiero hacerte algunas preguntas. Primera, ¿cómo has aprendido a leer?

El niño sonrió al evocar sus recuerdos.

–Con los carteles publicitarios de Niork. Yo ya había visto anuncios en Santiag, un puerto de Cuba, pero entonces no entendía nada. Creí que las imágenes eran dioses. Escuchen, porque esto les interesa. Les voy a contar mi vida desde el principio. Mi relato se parecerá a los de esos libros que ustedes llaman «novelas». En general, sus novelas son estúpidas y no sirven más que para perder el tiempo, excepto en mi caso, que tengo tanto que aprender. En ellas yo encuentro muchos detalles útiles. Pero, en fin, he aquí mi historia... Mi tribu estaba formada por hombres bárbaros. Habíamos construido nuestro poblado en el antiguo golfo de México, entre Jamaica y Cuba...

III

Doc 1 e Ing 3 estaban tendidos, uno al lado del otro, en la suave hierba que alfombraba una terraza cubierta por una cúpula de cristal.

–Nunca he sido tan feliz como ahora –dijo Brig–, Pero estoy impaciente por volver a nuestro planeta. ¿No tiene usted la impresión de que todo va a terminar en una catástrofe, Doc?

–¿Le da miedo Alf?

–Francamente, sí. Sólo se ocupa de su mente: demasiada ciencia para una inteligencia de niño.

–Por ahora yo no me quejo –dijo Doc.

Tumbado sobre el césped, con una margarita entre los dientes, Doc 1 respiraba felicidad.

–¡Las bebidas! –ordenó Brig.

Una mesa robot dobló la esquina de un muro y rodó silenciosamente por la terraza hasta donde permanecían los dos hombres.

–Doping 13 –pidió el ingeniero.

Un brazo metálico le ofreció un vaso con un líquido rojo.

–¿Usted no toma nada, Doc?

La mesa robot vaciló.

–No, gracias –dijo el médico.

La mesa se alejó sin hacer ruido.

–Confiese que no tenía sed –dijo Doc riéndose–, pero usted no se cansa de jugar con todos estos mecanismos. Sin embargo, los tenemos mejores en Venus.

–Sí, pero nunca nos queda tiempo para disfrutar de ellos. Además, hay que entretenerse con algo mientras esperamos a que ese pequeño demonio esté dispuesto a construirnos una nueva nave.

–No es más que un niño, créame, y Niork sólo es para él un magnífico juguete. Un juguete que él ha sabido hacer funcionar de nuevo.

Posó su mirada sobre la ciudad. A lo lejos, en el bloque Guard, los cohetes de transporte, brillantes como cabezas de alfileres en el cielo azul, llegaban a razón de uno por segundo. El edificio abría su redonda boca de metal y se los tragaba uno tras otro como si fueran moscas. Después los escupía por la boca del Oeste y parecía como si lanzara hacia África un punteado de balas que trazaban una gran curva por encima del sombrío horizonte de las selvas atlánticas. Los cohetes traían a Niork materiales fisionables arrancados de las minas del Cong.

Más cerca, un inmenso bloque en forma de T giraba sobre sí mismo lentamente. Como una colmena, estaba rodeado de una nube de robots voladores que entraban y salían zumbando por las miles de aberturas del edificio.

–Sí, es un niño, como usted dice, Doc. De momento, Alf se divierte. Pero, ¿no se volverá peligroso para nosotros cuando busque otros juguetes? Acabará por querer hacer juegos malabares con los planetas. Creo que...

–¡Brig!

–Déjeme hablar, Doc. Sé que usted le ha tomado cariño a Alf. Yo también. Pero hay que ver las cosas como son. Físicamente, Alf no es más que un pequeño animal; mentalmente, es un monstruo. El monstruo más peligroso que yo he conocido jamás...

Brig puso una mano sobre el brazo del médico y concluyó con voz apagada.

–Doc, creo que sería menester... En fin, una vez que haya construido la nave, habrá que suprimirle. Es un deber para con el sistema solar, quizá para con el Universo entero.

–Abriga usted pensamientos muy lúgubres, Brig –dijo una voz clara detrás del ingeniero.

Los dos hombres se sobresaltaron. El niño negro se encontraba a sus espaldas, sonriendo. Brig se había quedado de un aire. Su rostro palideció.

–Y ahora tiene usted miedo –dijo Alf.

El niño se sentó sobre el césped y se enrolló negligentemente una brizna de hierba alrededor del dedo meñique con gesto abstraído.

–Lo que me enfada de ustedes es que se creen superiores porque han nacido en una probeta, de un óvulo fecundado por una chispa. Y porque yo soy sexuado, porque he nacido de una madre, me consideran un animal. Ustedes se dan a sí mismos el título de *homo superior*, pero de hecho ustedes no son hombres, son robots...

Alf alzó la mano para impedir a Doc hablar.

–Sí, ya sé que exagero. Lo que quiero decir es que ustedes se encaminan hacia una civilización de robots. Han abolido la concepción natural; de siglo en siglo irán aboliendo otra cosa y otra, hasta que dejen de ser hombres. Ustedes quieren subir demasiado alto en la escala del poder y no han conservado ningún punto de apoyo. Han hecho mal en cortar sus raíces. Miren: yo ya he conseguido ascender más que ustedes, pero mi personalidad se extiende desde el animal hasta el *homo multipotens*. La suya sólo se extiende desde el *homo artificialis* hasta el *homo superior*. Yo sería el que tendría que despreciarles a ustedes, si fuera aún capaz de despreciar a alguien.

Doc habló con voz reposada.

–Alf –dijo–, tú has oído nuestra conversación.

–Por supuesto –dijo el niño.

–Mi pequeño Alf, créeme. Sean cuales fueren nuestros pensamientos, una cosa es cierta, y es que te queremos. Te lo juro, es la pura verdad.

–Lo sé, Doc. Esa es una de las cosas que su civilización todavía no ha logrado suprimir: el amor. Por eso yo también les amo a ustedes a pesar de mis locuras pasajeras... ¡Ah, Doc! Recuerdo haber leído en su diccionario la definición de la palabra *dios*: grosera superstición del *homo sapiens*. ¿Eso es lo que ustedes piensan? Es un signo indudable de su incapacidad. Ustedes han sido capaces de pisotear los viejos ídolos y también la idea un poco simple que el *homo sapiens* se hacía de *dios*. Pero si no han puesto nada en su lugar, les falta algo muy importante.

–¿Te crees un dios, Alf?

–Creo en Dios. Pero temo no poder explicárselo. Ustedes son demasiado superiores, o no lo bastante para comprenderlo. Eso es lo que se gana con nacer en una probeta... No tienen suficiente inteligencia y han perdido la ingenuidad. ¡Pobres, pobres seres «superiores»!

Alf contempló Niork a través de la cúpula transparente. Hombres metálicos se apresuraban por las calles.

–Muy pronto, todos esos robots serán refundidos. Ya no tendré necesidad de ellos. Un robot es algo estúpido.

Una sonrisa infantil le iluminó el rostro.

–Vengan conmigo. Quiero mostrarles una cosa.

Les agarró de la mano. Los dos hombres vieron cómo todo se enturbiaba alrededor de ellos, tuvieron una sensación de caída vertiginosa en la nada y después se encontraron en una pequeña sala en la que diez niños negros hojeaban libros a toda velocidad, echando apenas una mirada a cada página.

Alf tenía aún agarrados de la mano a sus amigos.

–¿Qué me dicen de esto? –preguntó.

–¿Quiénes son esos...?

Alf estalló en una carcajada y señaló a uno de los niños.

–Ese soy yo –afirmó–. Y ese otro, también. Y todos los demás, igualmente

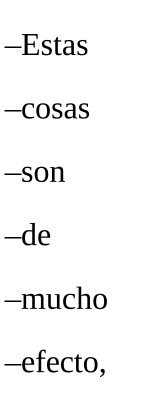
Y añadió con aire serio.

–Estoy instruyéndome. Así es más rápido. Leo todo, la biblioteca entera de Niork, incluso las obras sin valor. Siempre se puede encontrar algo interesante.

Doc y Brig, aterrados, guardaban silencio.

–Levitación, desdoblamiento –balbució por último Doc–. ¿Hasta dónde vas a llegar?

–Escuchen lo que les voy a decir –saltó alegremente Alf–. Escuchen con atención.



–Estas

–cosas

–son

–de

–mucho

–efecto,

–pero

–no

–son

–difíciles.

Cada uno de los diez niños había pronunciado una palabra y, sin embargo, la frase había fluido sin tropiezos, como enunciada normalmente por una sola persona. Una vaga sonrisa de connivencia se dibujaba en las diez bocas infantiles, mientras los diez niños continuaban hojeando sus libros a toda velocidad.

–Quiero decirles otra cosa –añadió Alf.

Se acercó a uno de los niños sin dejar de hablar y ocupó su lugar mientras el otro se levantaba.

–El que se sienta y el que se levanta también son yo mismo –prosiguió el segundo niño rompiendo a reír.

El otro hojeaba su libro.

–Pero, ¿quién es el que nosotros hemos salvado, el primero? –preguntó Doc mirando alternativamente a los dos niños.

–En la actualidad está ocupado en construir una nueva central para el bloque Manhattan, ayudado por doscientos hermanos gemelos. Pero esta información sólo se la doy a título de curiosidad –continuó el niño después de haber desaparecido por completo durante una fracción de segundo–. Soy yo, absolutamente yo mismo. No abra esos ojos, Brig. Yo soy el original, si eso es lo que les interesa saber. La fracción de segundo durante la cual he desaparecido me ha servido para invertir los sujetos. La boca que ha pronunciado la primera parte de mi frase está dando órdenes a un robot del bloque Manhattan.

IV

En una sala amplia y luminosa, un centenar de hombres y mujeres se alineaban, inmóviles, unos al lado de otros. El primer individuo de la hilera mostraba una elevada estatura y poderosos músculos sobresalían bajo su bronceada piel. Una barba dorada se desplegaba abundante sobre su pecho. Como él, todos los demás estaban descalzos. La mayoría, en especial las mujeres, portaban las huellas de una tremenda miseria fisiológica. Viejas cicatrices estriaban sus miembros. Sus pies, sus codos y sus rodillas tenían callosidades debidas a la marcha o a caminar arrastrándose por parajes agrestes. A los niños de vientres abombados se les marcaban las costillas en el torso.

Tres personajes aparecieron de improviso ante ellos: Alf y los dos venusianos, a los que llevaba de la mano,

–Les presento a mi tribu –dijo el niño negro.

Señaló al hércules rubio, que estaba tieso como una estatua.

–Este es Thoz –dijo–, A continuación está Bagh. Y luego Gam. No les presento a los demás, porque sería inútil y demasiado largo.

Llevó a sus amigos al otro extremo de la fila.

–He aquí al oso –anunció–. Mi oso,

–Parecen vivos –dijo Doc.

–Están vivos –protestó el niño–. Simplemente se ha disminuido el ritmo de sus funciones.

Brig meneó la cabeza.

–Alf –dijo Brig–, puedo imaginar que hayas encontrado sus cadáveres; pero me resulta imposible admitir que les hayas devuelto su aspecto normal. Deberían mostrar las huellas de la radiactividad gaseosa.

–No son cadáveres –dijo Alf–. Les he vuelto a hacer del todo. Estos hombres son artificiales, aunque normales.

Pellizcó la piel del brazo de Thoz.

–Esta piel proviene de un laboratorio que me fabricaba tres metros de ella a la hora. Ese laboratorio ha sido desmontado después, una vez que ya no lo necesitaba. Epitelio, tejido conjuntivo, muscular, óseo, he podido poner a punto la producción de cualquier tejido viviente por aceleración mitosica. Lo más difícil fue obtener las células iniciales.

Acarició el brazo de Bagh.

–El resto ha sido fácil. Casi tan fácil como el montaje de una máquina. He comenzado por el esqueleto. Luego, progresivamente, he montado los músculos y ciertos órganos. Cubrirlo todo con la piel fue luego una simple labor de revestimiento. Lo más molesto era operar bajo una corriente de plasma. También me ha planteado algunos problemas la colocación del sistema nervioso. Yo lo he teledirigido en el interior de cada persona. ¿Qué dice usted de todo ello, Doc?

Doc se frotó la nariz.

–¿Qué quieres que diga, pequeño? Estoy aterrado. Sí, eso es, horrorizado. No sé si podré soportar otra de tus espantosas fantasías sin volverme loco.

–No se volverá loco –dijo Alf riéndose–. Aquí estoy yo para velar por su salud. Los mecanismos mentales no tienen secretos para mí, créame. Sepa que, cuando mi tribu vuelva a vivir, a vivir normalmente se entiende, cada individuo recobrará intactos sus recuerdos, todos sus instintos tales como estaban inherentes en los músculos desaparecidos.

–¿En los músculos?

–Sí, en los músculos. No crea que el cerebro comprende cualquier cosa: el sistema nervioso no es más que un relé. Enlaza la función sensitiva con la función motriz, y eso no siempre. El estómago «comprende», «sabe» que tiene hambre y envía al criado cerebro la orden de transmitir esa información a los músculos «inteligentes», que deben actuar en consecuencia. El gran error de su fisiología fue ver las cosas de otra forma. El pensamiento no es más que un conjunto complejo de microcontracciones o microsensaciones musculares. Y hasta cuando pensamos en una palabra abstracta, es siempre la microformación rápida e inconsciente de esa palabra por los músculos linguales la que constituye el pensamiento mismo. Los hombres prevenusianos (el *homo sapiens*, claro está) ya habían entrevisto la verdad. Pero los textos de estos precursores se perdieron en el gran éxodo hacia Venus.

–Pero eso es imposible –se sublevó Doc–, el cerebro es un órgano sin el cual...

–Sí, Doc. Conozco de antemano todos los imposibles que usted me va a echar en cara. Mi pequeña exposición ha sido demasiado breve para convencerle: no le he dado detalles concluyentes. Pero se lo explicaré todo en otra ocasión, ahora tengo aún otras cosas que enseñarles.

El niño apuntó al techo. Encima de cada miembro de la tribu colgaba de un hilo una lámpara en forma de embudo.

–Cada lámpara –explicó Alf– hace desfilar dentro de cada organismo la película de sus propios recuerdos.

Fue a consultar un reloj que había detrás de Thoz. Después, señalando a éste, continuó:

–Thoz, este Thoz inmóvil que ven ahí, está soñando que combate con un oso. Pero su sueño tiene la nitidez de lo real. Cuando yo devuelva a Thoz a la vida, él será exactamente el mismo que antes. Desde luego, he efectuado algunos retoques; por ejemplo, he suprimido el recuerdo de su agonía... Se imaginará que ha regresado al poblado poco después de haber sido liberado de los pulpos gigantes.

Alf se sentó en el suelo.

–Perdónenme –dijo–. Estoy cansado. Me recuperaré en un minuto.

Su cuerpo pareció animarse con un temblor convulsivo. El niño se puso de nuevo en pie.

–Bien –dijo–, he reincorporado a todo el Mundo.

Sonrió a sus amigos.

–He llamado a todos mis hermanos gemelos y los he reinsertado en mí. Tienen ante ustedes a un solo y único ejemplar de niño negro. Ya no trabajo en ninguna otra parte por ahora. Me limito a conversar con ustedes.

–¡Impensable! –dijo lentamente Brig, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

El niño rompió a reír.

–¡Bueno, Brig! ¿Sigue teniendo usted deseos de matarme?

Brig le miró a los ojos.

–Si, como supongo, puedes leer mis pensamientos, debes saber que no.

El niño se rio otra vez.

–Le quiero, Brig. Les amo a los dos, mis queridos «seres superiores asexuados».

Les tomó de la mano.

–¡Adelante! –dijo–. Todavía tengo que hacerles más revelaciones.

V

Siguiendo a su guía, se dejaron llevar a un piso más alto por una escalera mecánica.

–Y la levitación, ¿ya no la practicas? –bromeó Doc.

–Resulta fatigosa –respondió Alf–. Desplacémonos por una vez de manera normal.

A medida que subían, iban oyendo con mayor claridad el crescendo cristalino, aéreo, de una música lejana.

–¿Es bonito, no? –preguntó el niño.

Les condujo por un corredor que terminaba en una pasarela. Esta desembocaba en una sala inmensa, que se hallaba casi en penumbra. La claridad irreal que nimbaba de azul la pasarela y los rostros de los tres amigos venía de una multitud de bolas de fuego que flotaban alrededor de ellos en el espacio.

Las había más grandes y más pequeñas, desde el tamaño de una cabeza de alfiler hasta el de una manzana. Unas brillantes con un vivo resplandor azul; otras tiraban a color naranja. De ellas procedía igualmente la música celeste que había asombrado a los dos venusianos. Cada bola emitía un leve sonido y cada sonido se fundía en la inmensa armonía del conjunto.

Los dos amigos del niño mostraban en sus rostros una expresión serena y encantada.

–¡Es magnífico! –exclamó finalmente Doc–. ¿Para qué sirve?

Habló en voz baja, como si estuviera en un templo.

–Da la impresión de que estamos en el espacio, en medio de los astros –observó Brig.

–Muy bien expresado, Brig –admitió el niño.

Con un gesto abarcó el enorme anillo que formaban los miles de millones de esferas que se conglomeraban alrededor de ellos. La pasarela avanzaba casi hasta el centro de ese anillo que pasaba a un centenar de metros por encima y por debajo.

–Tienen delante de ustedes una reproducción exacta de nuestra galaxia –dijo Alf–. Les informo que esta reproducción está animada.

Señaló una pequeña esfera brillante, no lejos de ellos.

–He ahí el Sol y su cortejo de planetas. Cada planeta realiza los mismos movimientos que efectúa en la realidad. Este sincronismo es perfecto porque Marte, por ejemplo, influye directamente en la posición de la maqueta. Lo mismo ocurre con los demás planetas.

Brig y Doc se inclinaron hacia adelante, devorando con los ojos el pequeño Sol.

–No veo ningún planeta –dijo Doc.

El niño hizo castañetear los dedos.

–¡La pantalla! –ordenó.

Un robot se acercó por la pasarela, empujando un carrito metálico que estaba coronado por un marco circular. Los pesados pasos del robot resonaron con ecos siniestros en la sala.

–Gracias –dijo el niño.

El robot se alejó.

El niño enfocó el sistema solar con el extraño cerco que llevaba el carrito.

–Llámenlo una lupa, si quieren –dijo Alf–. Los planetas son demasiado pequeños para que se les pueda distinguir a simple vista.

Apretó un botón. Todo el sistema solar aumentó de tamaño a la vista de los dos hombres.

–¡Maravilloso! –exclamó Brig–. Vea, Doc. Ahí están Venus y Mercurio... y Marte... Pero...

Se rio ligeramente y dirigió una mirada de complicidad a Doc.

–Alf, es la primera vez que te cojo en falta –continuó Brig–. Te has olvidado de la Tierra. Sin embargo, en este momento es el planeta que más nos interesa.

–No me he olvidado de la Tierra –dijo el niño.

–Pues, ¿dónde está? –preguntó Doc, con los ojos desencajados a fuerza de escudriñar el sistema solar.

Con aire indiferente, como un niño que confiesa una enormidad con naturalidad, esperando así que nadie le regañe, Alf declaró:

–La Tierra se ha salido del sistema solar. Está en otra parte.

Los dos venusianos mantuvieron una tremenda calma durante un minuto. Luego Brig se precipitó sobre el niño y le zarandeó por los hombros.

–¿No querrás decir que tienes la intención de hacer eso? ¡Alf, te estás volviendo loco!

–Te burlas de nosotros –reprochó Doc–. Impedir que una bola gire alrededor de una lámpara es fácil, pero ¡jugar con verdaderos planetas...!

El niño se soltó suavemente de las manos del ingeniero.

–... es posible –acabó el niño la frase–. Incluso está hecho.

Se dio la vuelta, se dirigió hacia el otro extremo de la pasarela y tiró de una palanca: la pasarela ascendió una veintena de metros.

El niño tomó un puntero y señaló con precaución un punto en el centro del anillo galáctico.

–¡Ahí está la Tierra! –dijo–. No trato de impresionarles, es la verdad. Así como esa minúscula partícula...

Centró el punto invisible en la pantalla y pulsó un botón para obtener un gran aumento visual. La Tierra apareció con sus relieves en un perfil reconocible y con sus depresiones desecadas.

–Así como esa partícula, estaba yo diciendo, se encuentra en el centro de la sala, su hermana mayor, la verdadera Tierra, con sus selvas, sus ciudades muertas, sus monstruos, con Niork y nosotros mismos, que discutimos en este momento, nos encontramos a una distancia considerable del Sol, en pleno centro de la galaxia. La Tierra es ahora el más aislado de los planetas y está al abrigo de todos los peligros que podrían acecharle desde el exterior. Porque dudo que se pueda llegar hasta nosotros: además he tomado las precauciones requeridas.

Doc suspiró temblando, Brig se enjugó la frente con gesto frenético. Los dos guardaron un silencio mortal. El niño negro habló otra vez:

–Y su posición es totalmente segura, a igual distancia de todas las fuerzas de atracción de las demás estrellas. Esas fuerzas se anulan y mantienen a la Tierra en un punto casi fijo.

Doc fue el primero en reaccionar.

–Es idiota –se dijo–, el niño se ha vuelto loco. Se entretiene con bolitas y confunde sus deseos con realidades. Tomemos esta discusión con indiferencia, como un juego de ingenio.

Discretamente guiñó un ojo mirando a Brig. Pero el ingeniero estaba demasiado aterrado para percibirlo.

Doc se aproximó a la pantalla de aumento.

–¿Y me puedes explicar cómo has podido hacer viajar a la Tierra? –le preguntó con tono paternal.

–Imagínese –contestó el niño– que yo quiero desplazar una bola sin hacerla bascular sobre su eje. ¿Qué haría yo? Comenzaría por sujetar firmemente sus dos polos con dos agujas, por ejemplo, y llevaría las agujas adonde quisiera.

Se quedó pensativo un instante y después continuó:

–Un día les llevaré a los polos. Allí verán rastros de mis instalaciones. Para hablar como los poetas de antaño, he trasladado la Tierra a través del espacio poniéndole un bocado de plata, como a un caballo, y atando mis riendas a los dos polos. El bocado del que les hablo estaba formado por un campo de fuerzas que atravesaba la Tierra de Norte a Sur como una larga aguja que traspasa una naranja.

–¡No! –estalló Brig–. ¡No pretenderás que me crea semejante cosa! Sueñas despierto, pequeño. Estás demasiado fatigado con tus tontas y peligrosas experiencias. .

Se llevó a la frente una mano temblorosa y prosiguió:

–¿Y el Sol? La sucesión de los días y las noches se ha producido normalmente; por tanto, seguimos cerca del Sol. Y... todas las perturbaciones que eso hubiera acarreado... ¿Y la Luna?

–¡Ah, la Luna! –admitió el niño–. La he perdido por el camino, he dejado que la captara una constelación. Pero me he dado cuenta a tiempo y he robado otra al pasar un poco más lejos. En las noches claras hará soñar como siempre a los habitantes de la Tierra. No tiene el mismo aspecto que la otra, pero ¡qué importa! Miren, esa es.

Doc escrutó el satélite de la pequeña Tierra.

–¡Por Júpiter! –juró–. ¡Es verdad! Nuestra Luna era un poco más pequeña.

–En cuanto a las perturbaciones de las que usted, Brig, hablaba hace un momento, no las han notado porque a usted y a Doc les he hecho dormir durante seis meses sin que ustedes se dieran cuenta, mientras yo conducía la Tierra en zigzag a través de las constelaciones, como un buen capitán dirige su navío entre los arrecifes.

Primero escandalizado, Doc se encogió de hombros.

–Vamos –dijo Doc–, la broma ya ha durado bastante. Esta mañana ha amanecido como de costumbre. ¿Qué Sol nos ha iluminado?

El niño sonrió y señaló cerca de la Tierra un pequeño resplandor que desaparecía poco a poco detrás de USA.

–He ahí el Sol que usted ha visto nacer esta mañana, Doc. Lo he creado por completo. Es una diminuta estrella satélite de la Tierra. Da tanta luz y tanto calor como el Sol, porque se encuentra más cerca. Vista desde donde nosotros estamos, tiene el mismo aspecto y la misma utilidad que el Sol. En adelante será el Sol el que gire alrededor de la Tierra y no la Tierra alrededor del Sol. Pero le repito que nosotros no notaremos ninguna diferencia ni cambiará nuestro ritmo de vida.

Alf hizo señas a los dos hombres para que le siguieran.

–¡Vengan deprisa! –les dijo.

VI

Se encontraban en la terraza del edificio más alto de Niork, bajo una cúpula transparente.

–Miren –dijo el niño señalando la puesta de Sol–. He ahí el resplandor que les acabo de mostrar en la maqueta.

Brig se echó a reír.

–¡Por todos los...! Casi me habías engañado, Alf. Tienes unas dotes de comediante excepcionales.

El niño levantó una mano.

–Espere un poco –dijo–. Va a hacerse de noche rápidamente. Veremos si tengo dotes de comediante cuando no reconozca las constelaciones habituales. En seguida serán visibles las estrellas.

En la hora que siguió, Doc y Brig debieron rendirse a la evidencia. Les fue imposible identificar el mapa del cielo como lo conocían desde siempre. El niño tuvo que llevarlos con urgencia a un laboratorio para curarlos. El choque había sido demasiado duro para ellos...

–Y ahora –dijo Alf cuando les hubo reanimado– me veo obligado a hacer notar que existe una pregunta que ninguno de ustedes dos me ha formulado. Una pregunta que, no obstante, debería ser la que más le importara...

Doc reflexionó.

–¿Cómo vamos a volver a Venus? –preguntó al fin.

–¡Esa es la pregunta que yo esperaba! –dijo Alf aplaudiendo puerilmente–. Les responderé en seguida. ¿Cómo es que no me han hecho esa pregunta antes, Doc?

–A fe mía, yo...

–Nos has trastornado por completo con tus revelaciones –le interrumpió Brig.

El niño negro adoptó un aire travieso.

–No es eso –dijo–. Voy a decirles por qué no me han preguntado antes cómo iban a regresar a su planeta... La razón está en que no desean hacerlo.

–Pero... –protestó débilmente Doc.

–Es verdad –confesó Brig– que mi deseo de regresar se vuelve cada vez más platónico. Querría estar ya en Venus, o al menos así me lo dice la razón, pero me siento apegado a... a la Tierra, aunque se haya convertido en el planeta más aislado que jamás haya existido.

–Ha expresado usted con precisión mis sentimientos –dijo Doc–. En el fondo no deseo marcharme de aquí. ¿Y por qué, según usted...?

El ingeniero miró de soslayo al niño negro.

–Yo sospecho que Alf nos ha dado a beber alguna poción. O más bien...

–¿Sí? –preguntó el niño–. Termine la frase.

–O más bien ha influido en nosotros mediante no sé qué rayo.

Alf alzó un dedo solemnemente.

–Escúchenme bien –dijo el niño–. Yo no podría hacer tal cosa a Doc y a Brig, que son mis amigos. Yo les había prometido construirles una nave de socorro y lo he hecho.

–¿Cuándo vas a enseñárnosla? –preguntó Doc con tono apenado.

–No sé lo que le pasa, Doc. No tiene ganas de regresar a Venus, pero su lealtad hacia su gobierno va a abligarle a embarcar, si yo he cumplido mi palabra y la nave está dispuesta. Es usted un hombre de honor.

Doc se pasó la lengua por los labios y no respondió.

–Tranquilícense, amigos míos –dijo Alf–. La nave ha partido sin ustedes.

–¿Qué? –se atragantó Brig.

Alf se rio de buena gana.

–No sea hipócrita, Brig. Confiese que esa revelación le ha quitado un peso de encima. Usted está tan contento como Doc, reconózcalo...

Los dos hombres tenían los ojos húmedos. El niño les asió afectuosamente del brazo.

–Por mi parte, yo tenía que resolver un problema. Moralmente obligado a guardar mi promesa, me dolía separarme de ustedes. Así que he cumplido mi palabra y he entregado la nave a Doc y a Brig. Hace tiempo que han llegado a Venus.

–¿Has enviado a Venus copias de mí y de Doc? –estalló Brig.

–No –dijo Alf–. No hubiera cumplido mi palabra conservando los originales. Son ustedes... los que son copias.

–Pero entonces estamos viviendo un sueño, nosotros..., nosotros... –balbució Doc.

–Les he fabricado por completo –declaró el niño–. Les repito que el verdadero Doc y el verdadero Brig se han marchado. Ustedes son copias perfectas, excepto en que, queriendo yo retenerlas conmigo, las he hecho de tal suerte que deseen quedarse en la Tierra.

–¡Pero eso es imposible! Yo «soy» Brig. Me «siento» el mismo. ¡Esto es cosa de locos!

Brig vaciló.

–Usted se «siente» el mismo –dijo el niño imitando el tono del ingeniero–. No podía hacerme un cumplido mejor. Eso me demuestra hasta qué punto me han salido ustedes bien. ¡Y pensar que ustedes expresaban dudas acerca de la perfección del nuevo Thoz y de la nueva tribu. Para mí, que «sabía», esas dudas tenían en su boca un cierto valor.

Pensó un momento y después continuó:

–La fatalidad me había privado de mi tribu y yo me he fabricado otra idéntica. La palabra dada me había obligado a mandar a su casa a Brig y a Doc y yo me he fabricado otros.

Se volvió a sus amigos.

–Les doy Niork –dijo–. Estoy seguro de que aquí van a pasarlo muy bien. Han comenzado sus vacaciones. Yo les voy a dejar, voy a vivir la única vida que merece la pena vivirse.

–¿Quieres irte, mi pequeño Alf? –se inquietó Doc.

El niño sonrió.

–Resulta divertido oírse llamar «mi pequeño Alf» por alguien al que uno ha fabricado... Sí, me voy. Pero vendré a verles con bastante frecuencia.



VII

En la selva resonaba el zumbido de las cigarras, apenas interrumpido de vez en cuando por el lejano arrullo de una paloma torcaz.

El sudor corría por la frente de los cazadores. Thoz se inclinó hacia el suelo para examinar las huellas. Desenrolló con lentitud su honda y dijo en voz baja:

–Los perros salvajes no están lejos. Thoz, con Bagh y Gam, los va a rodear por el Sur. El niño negro los esperará aquí con los demás cazadores.

El niño hizo un gesto de asentimiento. Los tres hombres se internaron en la espesura. El niño hizo señas a los otros para que le imitaran y se tumbó entre las altas hierbas.

Se sentía mal. Las piedras le lastimaban las rodillas, un mosquito le picaba en la espalda y tenía muchísimo calor. Se lamió la herida que se había hecho con una espina en la muñeca, se secó el sudor que le irritaba los ojos y empuñó el palo brillante.

–Que los cazadores permanezcan en silencio –dijo–, los perros salvajes van a llegar por este lado. Los cazadores los matarán a pedradas. El niño negro les ayudará con el arma de los dioses. Esta noche habrá mucha carne en la hoguera del poblado.

Indicó con gestos al oso que se echara a su lado y le acarició la cabeza. Después apoyó una oreja contra el suelo, acechando el galope de los perros. Una sonrisa indefinible vagaba en sus labios sangrantes, agrietados por el frío de la noche precedente.

–La única vida que merece la pena vivirse –murmuró pensando en la pálida copia de Alf que Brig y Doc (los verdaderos) se habían llevado a Venus sin sospechar la substitución.